Clásicos de la Literatura

Honoré de Balzac

La duquesa de Langeais



En el París de la Restauración francesa, el general Armand de Montriveau, se enamora de la duquesa de Langeais, quien seduce al caballero para luego rechazarlo en varias ocasiones, provocando el rencor y el deseo de venganza en él. La humillación que ha sentido y su despecho empujan a Montriveau a burlarse de su amada, pero el juego terminará con el ingreso de esta en un convento español.

Honoré de Balzac

La duquesa de Langeais

La Comedia Humana - Estudio de los modales - Los trece - 0

Título original: *La duchesse de Langeais*
Honoré de Balzac, 1834
Traducción: Anna Casablancas Cervantes & Joan Curbet Soler

Motivo de cubierta: *Retrato de Juliette Récamier sentada,*
por François Gérard (1802), París, Museo Carnavalet

La duquesa de Langeais (1834) ocupa un lugar singular entre la vasta producción de Honoré de Balzac, dentro de la trilogía Historia de los Trece, insertada después en *La comedia humana.* Representa un acercamiento sereno y riguroso al mundo de la pasión amorosa, en el cual la expresión de lo sentimental está sometida a un control narrativo absoluto y a una alta exigencia formal; la claridad y originalidad de su estructura, además, le conceden una posición única en el Romanticismo tardío, y en los umbrales de la gran narrativa balzaquiana. Enmarcada en el ambiente decadente de la aristocracia del faubourg Saint-Germain, el narrador nos conduce al salón y al tocador de Antoinette, la duquesa de Langeais, donde nos ofrece una detallada descripción de la danza de seducción entre los protagonistas de la novela, ella una joven coqueta que triunfa en los salones aristocráticos, él, Armand de Montriveau, un general con una carrera militar exitosa. En esta trama, el lector se convierte en un *voyeur* que contempla de cerca escenas de la intimidad de otros, siguiéndolas con una mezcla de mórbido interés y de incomodidad, pero sin posibilidad de abandonar su lectura.

Honoré de Balzac (1799-1851), novelista, dramaturgo, crítico literario y de arte, ensayista, periodista e impresor francés, está considerado como uno de los grandes escritores del realismo. Nacido en Tours, en 1814 se trasladó a París, donde estudió derecho y empezó a trabajar en un bufete, pero su afición a la literatura le movió a abandonar su carrera y a dedicarse a escribir. Emprendió varios negocios, que acabaron en fracaso y le cargaron de deudas. Con *Los chuanes* (1829), obtuvo un gran éxito. A partir de entonces inició una febril actividad, escribiendo, entre otras, *La fisiología del matrimonio* (1829) y *La piel de zapa* (1831), con las que empezó a consolidar su prestigio. En 1834, Balzac, trabajador infatigable, concibió la idea de hacer un retrato exhaustivo de la sociedad francesa de su tiempo haciendo aparecer los mismos personajes en distintos relatos, lo que empezó a dar a su obra un sentido unitario bajo el título de *La comedia*

humana, a la que pertenecen títulos como *Eugenia Grandet* (1833), *Papá Goriot* (1835), *Ilusiones perdidas* (1837-1843), *Esplendores y miserias de las cortesanas* (1838-1847) o *La prima Bette* (1846), aunque de las 137 novelas que debían integrarla, cincuenta quedaron incompletas. Extraordinario escritor, capaz de desplegar en sus obras reflexiones e ideas sublimes, crear una historia interesante con fuerte crítica social a través una exquisita prosa de gran nivel poético y profundidad filosófica, Balzac es considerado el fundador de la novela moderna.



Retrato de Honoré de Balzac.

Introducción

Los amores difíciles: historia y voluntad en *La duquesa de Langeais* (1834) de Honoré de Balzac

Cada historia de amor tiene su propio desarrollo, que interesa sólo a sus protagonistas; pero, a su vez, cada historia de amor se implica en la marcha general de la Historia. Parafraseando a Walter Benjamin cuando se refería a las obras de la barbarie[1], podríamos decir que no hay documento sobre la cultura humana que no sea también, a su modo, un documento de amor. Ambos aspectos se manifiestan y se imbrican mutuamente, sin que sea posible pensarlos o imaginarlos por separado, en *La duquesa de Langeais* (1834).

La novelita que presentamos ocupa un lugar singular en la vasta producción de Honoré de Balzac. No representa un paso de gigante en la literatura, como lo fueron *Eugenia Grandet* (1833) o *Papá Goriot* (1835), no nos impresiona en su vastedad como *Ilusiones perdidas* (1836-1843), ni nos admira como *La prima Bette* (1846) o *El primo Pons* (1846-1847), o nos intriga como *Un asunto tenebroso* (1840). Pero, en cambio, es una pieza absolutamente única, que puede hacerse un espacio de privilegio en nuestra experiencia lectora. Representa un acercamiento sereno y riguroso al mundo de la pasión amorosa, en el cual la expresión de lo sentimental está sometida a un control narrativo absoluto y a una alta exigencia formal; la claridad y originalidad de su estructura, además, le conceden una posición única en el Romanticismo tardío, y en los umbrales de la gran narrativa balzaquiana. Pero para gustar de ella en su conjunto, nos conviene conocer las circunstancias de su gestación; sólo así podremos comprender plenamente el trabajo de decantación literaria que obró el autor para transformar lo anecdótico en categoría de investigación histórica y psicológica.

En 1832, Honoré de Balzac era ya un autor notablemente consolidado; hoy sabemos que estaba en ciernes de su época de mayor creatividad, en el

umbral de la casi inagotable mole novelística de *La comedia humana,* dentro de la cual serían reabsorbidas casi todas sus creaciones anteriores y en la cual trabajaría hasta poco antes de su muerte, sin llegarla a completar o a fijar en una forma cerrada y definitiva. Para el público lector, él era el autor de *Le Bal de Sceaux*, de *La Maison du Chat-qui-Pelotte*, del fresco histórico *Los chuanes* (todavía bajo la sombra de Walter Scott), y, sobre todo, del gran éxito de ventas *La piel de zapa,* una enérgica novela a medio camino entre el realismo y la literatura fantástica, que con el tiempo serviría de precedente a la inferior *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde. Balzac había empezado a frecuentar los círculos aristocráticos parisinos, llevado por una fascinación muy real por las exhibiciones del poder y su juego de apariencias, por más que advirtiera en sus ensayos y novelas sobre la falta de energías de ese enclave político, falto de un proyecto que fuera más allá del restablecimiento de la monarquía. En aquel espacio conoce a una dama ya mayor y experimentada, la marquesa (y posteriormente duquesa) de Castries, examante de Metternich, hijo del reputado político austriaco. Balzac cae fascinado ante esa dama pelirroja de mediana edad (para los estándares de entonces: tenía treinta y seis años), culta, sugerente y aparentemente seductora. Ella, por su parte, se deja cortejar de un modo platónico, mientras Honoré la describe apasionadamente a su hermana Laure: «Es una duquesa *par excellence [sic],* desdeñosa, amorosa, aguda, ingeniosa, dada a la coquetería, ¡como nada que yo haya visto antes! Uno de esos fenómenos de los que apenas quedan unos pocos ejemplares. Y dice que me quiere, y que quiere tenerme encerrado en un palacio veneciano […], y desea que escriba sólo para ella en el futuro. Una de esas mujeres que deben adorarse de rodillas cuando lo desean así, y de las que da tanto placer la conquista»[2].

Su buena amiga Zulma Carraud advierte a Balzac sobre los peligros de una proximidad excesiva a madame de Castries; el círculo legitimista del bulevar Saint-Germain, al que la marquesa pertenece, puede muy bien utilizarlo como peón en los ambientes culturales: «Hay un partido que quiere comprarle a usted, y el precio que le ofrecen es una mujer…»[3]. En éste y en muchos otros casos, la señora Carraud muestra una capacidad de penetración que a Balzac, siempre tan preciso y lúcido en su estudio de la

sociedad, le falta cuando se trata de sus lides amorosas. El escritor, completamente enamorado de la señora de Castries, actúa de modo imprudente: acepta una invitación para acompañarla a Aix-les-Bains, y desde allí hasta Ginebra. Se siente optimista, repleto de fuerzas, y anuncia por carta a su madre que ha completado una nueva novela, *El médico rural,* de la cual no ha escrito aún ni una sola página. Este tipo de bravatas serán habituales en Balzac durante los próximos años, a pesar de su productividad casi milagrosa; los anuncios de obras inexistentes o incompletas pasarán con el tiempo a ser parte habitual del repertorio con el que intentará aplacar a sus muchísimos acreedores. De momento, se trata sólo de un efecto de la excitación que produce en él el viaje hacia Aix y, más allá, la proximidad de Ginebra, donde se encuentra la villa Diodati en la que había residido Lord Byron, donde aquel poeta había recibido a Percy y Mary Shelley, y donde el novelista planea completar (en octubre de 1832) la seducción de la señora de Castries.

La decepción de Balzac en Ginebra es proporcional a sus desmesuradas esperanzas: la señora de Castries le rechaza sin contemplaciones y le acusa de haber malinterpretado completamente el sentido de su amistad. Para alguien tan orgulloso y ambicioso en amores como el novelista se trata de una humillación extrema, teniendo en cuenta además los gastos que había hecho en camisas, guantes, botas y perfumes que se había hecho enviar para completar su supuesta seducción. Evocando el personaje de la coqueta sofisticada que había descrito en *La piel de zapa,* escribe: «Efectivamente, he encontrado a una Fedora, aunque no la describiré nunca en mis novelas…»[4]. Pero, inevitablemente, la decepción del escritor se filtra en su obra y empieza a adquirir una forma narrativa; a ella, aunque muy transfigurada literariamente, le debemos la propia *Duquesa de Langeais,* parte de la estructura y contenido de la aplazada *El médico rural* y, en versión más malignamente vengativa, el cuento grotesco (o «drôlatique», como los clasificaba para distinguirlos de los más serios en narrativa breve) *Désesperance D´Amour,* en el que un amante despechado llega a cortar la mejilla de una coqueta. Más interés tiene el ya aludido *Médico,* posteriormente recogido en la serie *Estudios de la vida de provincias,* texto en el cual el desengaño amoroso se convierte en la base de una vida

virtuosa y dedicada a la filantropía; aquí se cuelan frases aún reminiscentes de la reciente decepción del novelista: «¡Un día yo lo era todo para ella, el próximo ya no era nada! Durante la noche, una mujer había desaparecido, era la mujer que amaba. ¿Cómo sucedió? Lo ignoro…»[5]. Pero la consecuencia más importante de este episodio, que quedó notablemente ennoblecido por la escritura, es el propio texto de *La duquesa de Langeais*, redactado muchos meses después para su publicación en 1834.

Antoinette de Navarreins, duquesa de Langeais por matrimonio y protagonista de la novela, hereda de su referente madame de Castries una frivolidad inicial (o, al menos, así percibió Balzac sus juegos de seducción), una cabellera rojiza, una expresión inteligente y retadora y, muy especialmente, toda la cultura aristocrática del faubourg Saint-Germain, ocupado en la Restauración monárquica por las antiguas familias nobles, que veían llegada su ocasión de ocupar el centro de la vida política francesa. Ahora bien, Balzac concede a su personaje una profundidad de sentimiento y una sensibilidad artística notables, que no había tenido tiempo de apreciar en madame de Castries: por ahí se ha producido una transformación artística que ha alejado al personaje literario de su referente real. La presentación del personaje en la novela la sitúa muy firmemente como heredera y representante de un momento histórico, incluso de una educación concreta, pero la intuición artística y la capacidad de pasión que va descubriendo en sí misma, a su pesar y a despecho de su entorno social le conceden una fuerza muy notable, especialmente en lo que se refiere a la entereza con que se enfrenta a sus contradicciones. Antoinette protagoniza un proceso de transformación interior que la llega a situar entre el desbordamiento romántico y la pasión mística: dos extremos que asume como constitutivos de su personalidad y que implican y conllevan su exilio de un espacio aristocrático que la ha formado en su juventud, pero que no puede ofrecerle ningún valor aprovechable. La duquesa de Langeais, en la versión completa de la novela, poco tiene que ver ya con la señora de Castries (a quien, por otra parte, Balzac volvió a frecuentar tranquilamente pasados ya unos meses). La transmutación literaria se ha cumplido con éxito, y la obra adquiere autonomía plena respecto de la materia biográfica.

Algo parecido sucede con el personaje de Armand de Montriveau, uno de los más memorables de la trilogía *Historia de los Trece,* y que en su energía y concentración de propósito puede parecernos más cercano a un hombre firme o «de carácter» de los que hallamos en Stendhal o en Dumas. Existen algunas proyecciones evidentes de Balzac en él: es un hombre de porte fuerte aunque nada atlético, de cuello corto, de facciones rudas, poseído por una viva inteligencia que le conduce hacia la historia natural y a las expediciones de propósito científico (y no debemos olvidar aquí el valor pseudocientífico que el propio Balzac atribuyó más de una vez a la vasta perspectiva sociológica de *La comedia humana*). Montriveau creció como huérfano y, a pesar de la influencia de unos buenos protectores, es esencialmente un hombre hecho a sí mismo; también Balzac se veía como tal, por más que sus padres hubieran empleado sus notables recursos en su educación en un internado, que él vivió como un doloroso alejamiento del hogar. Pero aquí acaban las semejanzas entre ambos. Montriveau es un militar, un hombre de acción que vive sus aventuras con una voluntad de hierro, tras la que se esconde una vulnerabilidad extrema. Su falta de habilidad social le deja sin recursos en los bailes de la aristocracia, en los que intenta vanamente integrarse, más por falta de estímulos militares que por voluntad propia o deseos de ostentación. Su honradez esencial y su torpeza le convierten en una curiosidad entre los *salonniers,* y es a causa de ello que la duquesa de Langeais empieza a fijarse en él; le acompaña, además, la mitología del orientalismo y del exotismo, el prestigio del aventurero que ha hecho frente a los elementos y que muestra la firmeza de quien se ha enfrentado a lo salvaje. Es ante todo un hombre fuera de lugar, pero con un poder oculto, que le viene tanto de su voluntad sin límites como de su implicación en la sociedad secreta de los Trece.

Aclaremos un momento el significado de la pertenencia de nuestra novela al ciclo *Historia de los Trece,* y la importancia del mismo en el desarrollo de Balzac como autor. La idea de narrar las aventuras de una sociedad de aventureros y conquistadores que operaran al margen de las leyes establecidas debe situarse en el culto posromántico del heroísmo byroniano, por una parte, y por otra en las leyendas relacionadas con la masonería, los *compérages* y demás sociedades secretas, representadas a

nivel novelístico, desde el siglo XVIII, en un halo de misterio que las hacía especialmente atractivas para la imaginación creativa. En Balzac, ello se inserta en una fantasía personal que tiene que ver con un ideal de poder cuasiabsoluto, que emergería de la actitud individual ante la vida y de la puesta en marcha de la energía y la voluntad, más allá de cualquier condicionante de clase, edad o condición. Los Trece son un grupo de amigos que empiezan su andadura a finales del Imperio y la prolongan, al menos, hasta la muerte de Napoleón; unidos entre ellos por una fidelidad sin límites, esconden la existencia de su hermandad ante la sociedad parisina, sobre la cual (supuestamente) ejercen un secreto dominio. Balzac jugó con la idea de dedicarles un ciclo a principios de la década de 1830; ello quedó reducido, entre la pléyade de proyectos que le ocupaban de manera simultánea, a tres brillantes novelas breves, de temáticas distintas y bastante diferentes entre sí: *Ferragus* (1833), *La duquesa de Langeais* (1834) y *La muchacha de los ojos de oro* (1835). Más importante desde el punto de vista novelístico es el hecho de que ese sentido de ciclo narrativo implica necesariamente la reaparición de algunos personajes de uno a otro texto, por más que ello sea en papeles menores. Así, el marqués de Ronquerolles y el *dandy* Henri de Marsay aparecen en los tres textos; el exconvicto Ferragus tiene su papel en la parte final de *La muchacha de los ojos de oro,* y la propia duquesa es mencionada en *Ferragus,* donde aparecen también el duque de Grandlieu y el vídamo de Pamiers, secundarios notables de nuestra obra. Ello no pasaría de la simple anécdota de no ser porque Balzac, al descubrir las posibilidades de este juego de las reapariciones, decidió ampliarlo a todo el conjunto de su obra narrativa desde *Papá Goriot,* tanto de modo retrospectivo como en adelante, y hasta el final de su carrera. Es gracias a ello que el novelista logró dar unidad de fondo a una mole tan inmensa y variopinta como *La comedia humana,* a pesar de su incapacidad para completar el proyecto (y es dudoso que no ya Balzac, sino cualquier otro, hubiera podido dar fin a ese plan titánico, sometido a constantes reorganizaciones y reescrituras). Tampoco podemos saber con certeza quienes son los integrantes de los Trece, más allá de los tres protagonistas de las novelas del ciclo (Ferragus, Armand de Montriveau y Henri de Marsay) y del perpetuo conspirador de la *Comédie,* el marqués

de Ronquerolles. Menos clara está la pertenencia al grupo de protagonistas de novelas balzaquianas posteriores, como el político Maxime de Trailles y el bonifacio aristócrata Paul de Manerville. Pero esa ambigüedad era, al menos en un principio, deliberada, parte de la atmósfera de misterio que el novelista jugaba a proyectar sobre su grupo de hombres de acción.

Podemos hacer un esbozo de comprensión de *La duquesa de Langeais* a partir de sus dos personajes principales. No nos encontramos sólo ante una historia de amores contrariados, sino más bien ante una historia de dos concepciones enfrentadas del amor, de la sociedad y de la vida. En rigor, se trata de dos perspectivas políticas (dando a esta palabra su connotación más elevada e inclusiva) que se observan con desconfianza y con cierto tono de desafío, cada una de ellas buscando absorber y dominar a la otra. Es significativo que Montriveau se halle tan desorientado en el faubourg Saint-Germain: ese ambiente de ostentación extrema y de disimulo es el reverso de su personalidad austera y honesta; y, por otra parte, es lógico que el faubourg le tome a él como un objecto de curiosidad fascinada, casi de juego, pues él representa una excepción en un mundo completamente ritualizado y dominado por las apariencias. Y es que Montriveau es, en su esencia, un hombre del Imperio, alguien que ha construido su carrera y su personalidad en el fervor de las campañas napoleónicas, y cuyas credenciales de carácter corresponden al mundo militar creado por Bonaparte. Balzac traza aquí un buen retrato del hombre enérgico y de fuerza que ha sido dejado atrás por la sociedad, y cuyo rigor moral le conlleva un lastre más que una ventaja; existe, en el fondo de este retrato, un deje de añoranza por una época que se recuerda como gloriosa, pero que está irrevocablemente perdida. Recordemos que Balzac había evolucionado desde un difuso bonapartismo hacia una idea de renovación política a través del legitimismo borbónico: la figura de Montriveau se dibuja así, en buena parte, contra los ideales que el autor había abrazado hace unos dos o tres años antes, de modo un tanto oportunista. La novela nos ofrece el encuentro y el mutuo descubrimiento entre dos personajes que pueden verse como antagónicos, y cuyo desarrollo, trazado en detalle minucioso, resulta sorpresivo para ellos mismos, mientras se va abriendo hacia nuevos niveles de profundidad. No se trata sólo de un proceso de seducción sino, para

ambos, de la puesta a prueba de su voluntad ante un desafío que parece, una y otra vez, rebasar sus capacidades de adaptación y de resistencia emocional. Antoinette encarna en un principio las tendencias más frívolas del bulevar Saint-Germain, moviéndose en un seducir irresponsable y sin consecuencias; Montriveau se siente atraído por la sensibilidad que cree descubrir en ella, más allá de las engañosas superficies de la sociedad. Antoinette encuentra mil modos de incitar a Armand y, al mismo tiempo, de tenerle a raya; él debe extenuarse continuamente ante el objecto de su deseo, al que respeta cortésmente, pero que parece alejarse al tiempo que él va avanzando. Hacia la mitad de la novela sabemos ya que nos encontramos ante una auténtica guerra, que puede tener consecuencias desastrosas para ambos una vez que Montriveau se ha percatado de que está siendo utilizado y engañado en un mundillo en el que la apariencia lo es todo y el sentimiento no es nada. El clímax de esta batalla sentimental llega con el siniestro episodio en que los Trece secuestran momentáneamente a la duquesa, cuyo entrecejo Armand pretende marcar a fuego antes de abandonarla. El hecho de que ese acto no se produzca y de que la compasión impida a Montriveau ejecutarlo no reduce su intensidad ni su truculencia: por un momento, la atmósfera de la novela parece entrar en un ambiente mórbido propio de la ficción gótica, o incluso sadeana.

Sin entrar a desvelar los pormenores de la trama, conviene señalar que ése es un momento de inflexión para Antoinette: tanto el impulso de pasión como la inteligencia de Montriveau despiertan en ella una capacidad amorosa que desconocía, pero de la cual el lector ha tenido ya pruebas en su forma de autoexpresión a través de la música, que en ella no es mero ornamento, sino un lenguaje complejo y vivo. El hecho de que Antoinette pueda alcanzar esos extremos de pasión, y de que esté dispuesta a sacrificar sus intereses familiares y de clase por un fervor que en ocasiones raya lo místico revela que el novelista no percibe al mundo aristocrático como enteramente desprovisto de vida, ni de voluntad regeneradora. El desarrollo ulterior de la novela prueba, sin embargo, que esos restos de voluntad no disponen ya de un espacio propicio, ni pueden articularse en una alternativa viable. Si Armand y Antoinette están condenados a no encontrarse ni a prosperar juntos, ello no se debe tanto a su respectiva capacidad para el

deseo, sino a un *placement* erróneo y fatal del amor (usamos la palabra empleada por el marqués de Ronquerolles en la última frase de la novela): los mundos a los que pertenecen ambos están demasiado distantes el uno del otro, y el tiempo de ambos ha pasado; la nobleza de la Restauración y los restos del Imperio pueden quedar como fases valiosas en el devenir histórico, pero en la nueva sociedad burguesa que va emergiendo no pueden tener ya perspectivas de futuro.

Ahondemos un poco más en las connotaciones políticas de la novela antes de pasar a sus otros atractivos, pues la sutil imbricación entre lo personal y lo histórico es uno de sus grandes logros. Hemos hablado de fascinación reciproca entre dos espacios sociales que corresponden también a dos épocas en la historia francesa; se trataba de historia reciente en 1834, y más reciente aún en los años en que está situada la ficción, a fines de la década de 1810. Pero ya en ese momento no hay lugar para demasiados engaños: la Restauración borbónica busca recuperar el esplendor de épocas pasadas, pero su influencia y su capacidad cultural están definitivamente mermadas. Montriveau, hombre de acción y de pensamiento claro, es capaz de ofrecer un serio diagnóstico de la situación en uno de sus combates de esgrima dialéctica con la duquesa: «Señora, la Restauración debe decirse, como hizo Catalina de Medicis, cuando creyó perdida la batalla de Dreux: "Bien, iremos a predicar!". Ahora bien, 1815 es su batalla de Dreux. Como el trono de aquel tiempo, ustedes han ganado en hecho pero perdido en derecho. El protestantismo político es victorioso en las almas… Los hombres se dejan matar, pero no los intereses». Los intereses: ése es el tema básico, quizá el más recurrente en toda la obra de Balzac, y que aquí se percibe de pasada, en la captura de un momento político particular en el cual la aristocracia busca preservarse en las apariencias, por encima de las formas del «protestantismo» (léase: el impulso burgués) que se ha instalado en el grueso de la población.

No es por casualidad que Antoinette se refugie, después de esta conversación, en la práctica y la observación de la religión, usada al principio como una cortina desde la cual continuará resistiendo los avances de Montriveau; el uso de la fe cristiana como un complejo sistema de apariencias fue, en la vida real, una de las señas de identidad del faubourg

Saint-Germain. La princesa de Blamont-Chauvry, una de las consejeras de la duquesa, que ha preservado su prestigio a través de la Revolución francesa y durante el bonapartismo, le recomienda un comportamiento hipócrita, que le permita conservar el amor de Armand mientras mantiene la capacidad de «hacer duques de Langeais»: el rompimiento total con su marido sería una opción heroica, pero la conduciría a un aislamiento definitivo. Pero, para cuando llegan esos consejos, Antoinette ha evolucionado lo bastante como para arriesgarlo todo por amor, y por sinceridad hacia sí misma: de ahí su movimiento final, y su renuncia al mundo en favor de un impulso religioso. En la profundidad de sentimiento a la que ha llegado, la duquesa llega a encarnar lo mejor de su ambiente social y a redimirlo en parte, en su camino hacia una definitiva soledad espiritual, que sólo puede darse en el aislamiento del convento. La figura de la protagonista atenúa así, aunque sólo en parte, el severo juicio contra la nobleza legitimista que emerge del conjunto de la obra.

Esta obra queda como una pequeña pieza de orfebrería dentro de la vasta producción balzaquiana. Nos sentimos aquí muy lejos de las tragedias domésticas del mundo pequeñoburgués como *Papá Goriot* o *César Birotteau,* donde el amor es comprado y vendido sin contemplaciones, y donde los nobles de espíritu deben inclinarse, a veces de modo humillante, ante los depredadores sociales. *La duquesa de Langeais* es un precioso texto que podríamos encuadrar más bien en un Romanticismo tardío, atravesado de punta a punta por una poderosa melancolía de final de época, que se desata enteramente al principio y al final de la obra. Aparte de algunos momentos cercanos a la acción épica, y vinculados a las aventuras de Montriveau, el narrador nos conduce al salón y al tocador de Antoinette y nos permite una detallada concentración en sus debates con su amante potencial; cada movimiento de esa danza de seducción se nos ofrece en minucioso detenimiento. Por un lado, esos momentos nos acercan a las novelas amorosas del siglo XVIII y a su cuidadosa precisión psicológica; por otro, anticipan la morosidad en el análisis de la pasión, sus manías y sus infinitos matices propios de un Marcel Proust, quien, por cierto, fue uno de los más rendidos admiradores de Balzac en el siglo XX. La posición del lector en *La duquesa de Langeais* es, en sus capítulos centrales, casi la de

un *voyeur* que contemplara de cerca escenas de la intimidad de otros, siguiéndolas con una mezcla de mórbido interés y de incomodidad, pero sin posibilidad de abandonar la lectura. Balzac llega aquí a una de sus cimas como antecesor de lo que más tarde se conocerá como novela psicológica, y a una extrema focalización en las voces y las mentes de sus dos personajes centrales, apenas rota por las intervenciones puntuales de la princesa de Blamont-Chavry, el duque de Grandlieu y el anciano vídamo de Pamiers, representantes de la nobleza prerrevolucionaria.

La precisión y elegancia de la estructura novelesca son del todo deliberadas. El primer capítulo nos sitúa en una isla mediterránea, muy posiblemente Mallorca, a la cual Montriveau acude en busca de una monja llamada Therèse, recluida en un convento desde años atrás; el breve encuentro entre ambos tiene el efecto de una *anagnórisis* o reconocimiento, que revela al lector la existencia de un complejo y turbulento pasado. Ese pasado, situado en el París de la Restauración, es evocado y descrito en todo detalle en los capítulos II y III, que se constituyen así en un largo *flashback,* meollo del cuerpo narrativo. El capítulo final nos devuelve al punto de partida: el ambiente mediterráneo y el tono de novela de aventuras se adueñan del texto de nuevo, en su épica conclusión. Queda constituido así un delicado tríptico (I, II + III, IV) que se cierra sobre sí mismo sólo en la última página. Esa construcción retrospectiva no es típica de Balzac, que en esta ocasión la diseñó así desde el principio, como lo atestigua la publicación de sus primeras páginas en 1833, en *L´Écho de la Jeune France;* se trataba, muy irónicamente, de un medio proborbónico, que quizá no prestó suficiente atención al contenido del texto. La interrupción de la publicación del texto en 1833, después de su segundo capítulo, no se debió a discrepancias políticas, sino a la insistencia de Balzac en corregir una y otra vez las pruebas de imprenta, que le llevó a un conflicto con el editor. La novela aparecería en formato de libro en 1834, bajo el título ominoso con el que se había empezado a publicar, *Ne touchez pas à la hache,* y estaría acompañada en el mismo volumen por *Ferragus*, en que aparecía también la sociedad secreta de los Trece. La frase *Ne touchez pas à la hache* sería supuestamente el consejo que dan los vigilantes de Westminster al mostrar el arma con la que se decapitó a Carlos I de Inglaterra; un siniestro

double entendre, pues, nada desprovisto de connotaciones antimonárquicas. En la edición posterior de 1839, el título del volumen que incluía a las dos novelas era ya *Historia de los Trece*, aludiendo a los personajes recurrentes en ambas, y nuestro texto en concreto había pasado a llamarse *La duquesa de Langeais*, título mucho más neutro que el anterior, pero también más balzaquiano. Las posteriores ediciones conservarían ese título, mientras que la novela quedaba inserida, con unos ligeros cambios, en el inmenso *corpus* de *La comedia humana:* en ella figura a la vez como parte del breve ciclo de los Trece y como una de las muchas *Escenas de la vida parisina*.

La obra contiene algunos *tours-de-force* notables, fragmentos de nivel extraordinario que podrían desgajarse del conjunto sin dificultad, y que coinciden con algunos de sus momentos más exaltadamente románticos. Ante todo está la aventura africana de Montriveau, su búsqueda de un poblado perdido en el desierto, que es evocada en el capítulo II: nos adentramos por ahí, por unas páginas, en la literatura de tono colonial, orientalista, de la que tanto se gustaba al principio del siglo XIX. La tensión concentrada de esas páginas y su dibujo del esfuerzo humano contra una naturaleza despiadada pueden recordarnos momentos posteriores de la literatura francesa de corte africanista, como las contenidas en las libros más autobiográficos de Antonie de Saint-Exupéry, aunque existe también una narración de Balzac que trabaja, en direcciones sorprendentes, sobre esa misma orientación: la poco conocida *Une Passion dans le Désert* (1830), que merece una reevaluación crítica en nuestros días, incluso desde una posición ecologista o animalista. También destaca como fragmento de privilegio la interpretación al órgano de la hermana Thérèse (Antoinette), en su convento en Mallorca: ese momento es el que provoca la *anagnórisis* en Montriveau y conduce al reencuentro de los amantes. El virtuosismo de Balzac permite el movimiento de ese fragmento a través de diferentes modulaciones y pasajes, siguiendo la expresión de los sentimientos del personaje (al que no podemos ver en ese momento), y que llega a incluir, transformados en un himno religioso, algunos pasajes del romance *Fleuve du Tage,* evocativo de la etapa parisina de la exduquesa. La novela de los siglos XIX y XX intentará aproximarse en muchas ocasiones a la expresión verbal de una interpretación musical, y reflejar en el texto el fluir de la

música (pensemos en los logros alcanzados, de modos muy distintos, por Proust en *Un amor de Swann* o por Joyce en el capítulo 11 de *Ulises*). En el caso de *La duquesa de Langeais,* el intento es lógicamente más naturalista y nada vanguardista, pero constituye una pequeña cima dentro de esta novelita, y justifica sobradamente la dedicatoria de la misma a Franz Liszt.

La gran ausente de la novela, de la cual casi no nos damos cuenta durante su ajustado desarrollo, es precisamente la fuerza que está socavando el mundo social y político y que se está convirtiendo rápidamente en el principal agente de cambio cultural en la sociedad francesa: la burguesía, tanto la más adinerada como la pequeña y humilde, armada con una fuerza y una ambición extraordinarias, y poseedora de la claridad de propósito de que están faltos los estratos representados en el texto. En este sentido, ésta es una obra nada típica del Balzac de los años 1830-1835: los ambientes sofocantes que describe (cerrados en la parte parisina de la obra, abiertos al Mediterráneo en sus capítulos inicial y final) son propicios para la pasión amorosa, pero ésta está poseída por un sentimiento trágico que algo tiene de aviso o de diagnóstico sobre el acabamiento no de uno, sino de dos mundos. Conviene recordar que la sociedad de los Trece que secunda a Montriveau no está compuesta sólo de nobles, sino también de algún poderoso exconvicto sin *pedigree* (pensemos en el ejemplo de Ferragus, presente aquí en las últimas páginas): este grupo se mueve en círculos selectos, pero para ellos la ambición y el deseo de dominio son mucho más importantes que el origen social. Los Trece son en su mayoría un grupo al margen de los desarrollos políticos, convencidos de la fatuidad de los cambios sociales. No es casualidad que las últimas palabras de la novela estén puestas en boca del cínico marqués de Ronquerolles, que ve el amor como una distracción peligrosa que un hombre de carácter debe colocar adecuadamente entre sus varios asuntos. Los amantes puros como Montriveau deben madurar y evolucionar: la frialdad y la falta de escrúpulos ganarán siempre la partida, en cualquier estrato social, al sentimiento sincero.

Pero el valor que concedamos a las palabras del marqués dependerá, inevitablemente, de nuestra perspectiva como lectores de la novela. Cada amor es único, según decíamos al principio, y a la vez cada amor se inscribe, de modo irrevocable, en la Historia. En pocas obras esa

interrelación está trazada de un modo tan elegante, tan bien dispuesto para nuestro disfrute, como en *La duquesa de Langeais*.

Joan Curbet Soler

Bibliografía

Acquaviva, Battista, «Mystique, musique et féminité dans *La Duchesse de Langeais», L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 2013, pp. 167-179.

Barbéris, Pierre, *Balzac et le mal du siècle,* París, Gallimard, 1970.

—*Le monde de Balzac,* París, Arthaud, 1973.

Bodin, Thierry, «Du côté de chez Sand: de *La Duchesse de Langeais* à *La Muse du département,* musique, couvent et destinée», *L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 1972, pp. 239-356.

Brooks, Peter, «Balzac: Epistemophilia and the Collapse of the Restoration», *Yale, French Studies,* 2001, n.° 101, pp. 119-131.

Brown, Calvin S., «Balzac as a Source of George Moore's Sister Teresa», *Comparative Literature,* primavera 1959, n.° 11 (2), pp. 124-130.

Buchet Rogers, Nathalie, «De *93* à l'*Histoire des Treize:* la terreur de Marie-Antoinette de Langeais», *Revue d'histoire littéraire de la France,* enero-febrero 2001, n.º 101, vol. 1, pp. 51-69.

Carofiglio, Vito, «Un Amour di Balzac: *La Duchesse de Langeais», La Duchesse de Langeais,* Pisa, Pacini, 1987, pp. 5-14.

Chollet, Rolland, «De Dezesperance d'amour a la Duchesse de Langeais», *L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 1965, pp. 93-120.

Delecole, Daniele, «Le Rocher de Calpe et le couvent de la Duchesse de Langeais», *L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 1967, pp. 349-351.

Finas, Lucette, «La Duchesse de Langeais: un dénouement à décrochements ou du bon usage de la corde», *La Duchesse de Langeais,* Pisa, Pacini, 1987, pp. 35-49.

Fiorentino, Francesco, «L'amore minaccioso: Passione e inibizione nella *Duchesse de Langeais», La Duchesse de Langeais,* Pisa, Pacini, 1987,

pp. 15-24.
—«*La Duchesse de Langeais* et la critique de la passion romantique», *L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 2000, pp. 223-229.
Heathcote, Owen y Andrew Watts (eds.), *The Cambridge companion to Balzac,* Cambridge, Cambridge University Press, 2017.
Laguérenne, Lise de, «Des variations religieuses pour orgue de *La Duchesse de Langeais* à la sonate de Vinteuil», *L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 1995, pp. 83-97.
Lentengre, Marie-Louise, «Les Scandales de la duchesse», *La Duchesse de Langeais,* Pisa, Pacini, 1987, pp. 51-62.
Marceau, Félicien, *Balzac et son monde,* París, Gallimard, 1986.
Michel, Arlette, «La Duchesse de Langeais et le romanesque balzacien», *Figures féminines et roman,* París, PUF, 1982, pp. 89-108.
Mileham, James W., «Desert, Desire, Dezesperance: Space and Play in Balzac's *La Duchesse de Langeais», Nineteenth-Century French Studies,* primavera-verano 2003, n.º 31, vol. 3-4, pp. 210-225.
Nesci, Catherine, *La Femme mode d'emploi. Balzac de la «Physiologie du mariage» à «La Comédie humaine»*, Nashville, French Forum Publishers, 1992.
Pierrot, Roger, *Honoré de Balzac,* París, Fayard, 1994 (reimpr. 1999).
Pitteloud, Isabelle, "Romanesque, pudeur et sublime dans "La Duchesse de Langeais", *L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 2007, pp. 389-407.
Pujol, Carlos, *Balzac y la comedia humana,* Barcelona, Planeta, 1974.
Richer, Jean-François, «Un lieu balzacien: le boudoir: *Illusions perdues* et *La Duchesse de Langeais», Itinéraires du XIXe siècle,* Toronto, Centre d'études du XIX^{e} siècle Joseph Sablé, 1996, pp. 217-229.
Robb, Graham*, Balzac: A Life,* Nueva York, Norton, 1994.
Rosi, Ivanna, «L'Âme de la religieuse vola vers lui sur les ailes de ses notes: Lettura della prima scena della Duchesse de Langeais», *La Duchesse de Langeais,* Pisa, Pacini, 1987, pp. 25-34.
Roy-Reverzy, Eléonore, «*La Duchesse de Langeais*: un romanesque de la séparation?», *L'Année balzacienne,* París, Garnier Frères, 1995, n.° 16, pp. 63-81.

Stary, Sonja G., «Balzac's Cold-Hearted Coquettes: The Link between Foedora, Antoinette and Valérie», *Degré Second,* 1982, n.° 6, pp. 101-120.

Vanoncini, André, «*La Duchesse de Langeais* ou la mise à mort de l'objet textuel», *Travaux de littérature,* 1991, n.º 4, pp. 209-215.

Cronología

1799: Napoleón es nombrado cónsul. Se descubre la piedra Rosetta durante la campaña francesa en Egipto. Nace Honoré de Balzac en Tours. Es confiado a una nodriza.

1802: El tratado de Amiens parece dar fin a las guerras napoleónicas entre Gran Bretaña e Irlanda por una parte, y Francia y sus aliados por otra. Inglaterra rompe la tregua y declara la guerra a Francia. Madame de Staël, *Delphine.* François-René de Chateaubriand, *El genio del cristianismo*.

1803: Balzac se traslada a vivir con sus padres a la edad de cuatro años.

1804: Richard Trevithick diseña la primera locomotora de vapor. Muere Immanuel Kant. Napoleón es coronado emperador de Francia en la catedral de Nôtre-Dame.

1805: Reino Unido, Austria y Rusia firman la Tercera Coalición contra Francia. La armada británica, al mando del vicealmirante Nelson, derrota a la flota francoespañola en la batalla de Trafalgar. Napoleón termina con la Tercera Coalición en la batalla de Austerlitz.

1806: José Bonaparte es nombrado rey de Nápoles y Luis Bonaparte, rey de Holanda. Se forma la Cuarta Coalición con Prusia, Sajonia y Rusia contra Francia. Napoleón lleva a cabo el Bloqueo Continental, con una serie de medidas económicas para eliminar la amenaza británica.

1807: Jerôme Bonaparte es nombrado rey de Westfalia. Balzac es enviado a un internado en la localidad de Vendôme. Johann W. Goethe, *Fausto* (primera parte).

1808: Da comienzo la Guerra de la Independencia Española (o Guerra del Francés), que durará hasta 1814, dentro del contexto de las guerras napoleónicas. En ella, los aliados de España, Gran Bretaña y Portugal, se enfrentan al Imperio francés para evitar que José Bonaparte se instale en el trono de España.

1809: Se forma la Quinta Coalición (Reino Unido y Austria) contra Francia.

1811: François-René de Chateaubriand, *Itinerario de París a Jerusalén.*

1812: La Sexta Coalición une al Reino Unido con Rusia, España, Prusia, Suecia y Austria contra Francia. Napoleón invade Rusia. Hermanos Grimm, *Cuentos de la infancia y del hogar* (primer volumen).

1814: Los aliados entran en París. El tratado de Fontainebleau establece la abdicación de Napoleón y su exilio a la isla de Elba. Se establece la Primera Restauración con Luis XVIII, que durará hasta marzo del año siguiente. Tras una larga enfermedad, Balzac abandona el internado. Se traslada con su familia a París, siendo escolarizado primero en el internado de Georges Lepître y más tarde en el del señor Gancer.

1815: Napoleón abandona su exilio en Elba. Tiene lugar el periodo de los Cien Días hasta la Segunda Restauración de Luis XVIII, que durará hasta 1824. El ejército de Napoleón es derrotado en la batalla de Waterloo por las tropas británicas, holandesas y alemanas dirigidas por el duque de Wellington, poniendo fin definitivamente a las guerras napoleónicas. Napoleón se exilia en la isla de Santa Elena. Da comienzo la reunificación italiana con el Congreso de Viena y el fin del Imperio napoleónico, proceso que durará hasta 1871.

1815: Se forma la Carbonería en Francia, que reúne a los republicanos, bonapartistas y todos los oponentes de la Restauración.

1816: Con la caída del Imperio napoleónico, Bernard-François, el padre de Balzac, pierde sus cargos al servicio del Estado. Honoré de Balzac finaliza sus estudios y la familia se traslada a Villeparisis. Balzac es enviado a estudiar a la Sorbona, donde desarrolla un interés por el filósofo sueco Emanuel Swedenborg. Empieza a dedicarse

profesionalmente a la literatura, ante numerosos impedimentos familiares.

1818: Mary Shelley publica anónimamente *Frankenstein.* La edición de 1823 confirmará su autoría.

1819: René Laënnec inventa el telescopio. Victor Passez, para quien trabaja Balzac en una notaría, le ofrece ser socio de su despacho. Balzac rechaza esa oferta para establecerse en París como escritor. John Keats, *Odas*.

1820: Se inicia en Europa una oleada prorrevolucionaria de ideología liberal y nacionalista que afecta básicamente al área mediterránea. Esa tendencia ideológica se va extendiendo por Europa llegando a Portugal, Grecia, diversos estados italianos y Rusia. Balzac compone *Cromwell* (en verso). Ante la escasa calidad de la obra, un profesor de la École Polytechnique le aconseja que se dedique a la prosa. Alphonse de Lamartine, *Méditations poétiques*.

1821: Estalla la Guerra de la Independencia de Grecia contra el dominio del Imperio otomano. Auguste Le Poitevin propone a Balzac crear una asociación literaria para escribir novelas de folletín. Balzac acepta encargos de todo tipo y escribe obras bajo pseudónimo hasta 1829, con la idea de ahorrar para poderse dedicar a la literatura. Aleksandr Pushkin, *El prisionero del Cáucaso;* Heinrich Heine, *Poesía*.

1822: Muere Napoleón en la isla de Santa Elena. Fallece Percy Bysshe Shelley durante un viaje en goleta. Balzac inicia una relación con madame de Berny.

1824: Empieza el reinado de Carlos X, hermano de Luis XVIII, que durará hasta 1830. Muere Lord Byron.

1825: Balzac se embarca en varios negocios fracasados, que hacen que esté siempre endeudado. Empieza una relación con la duquesa de Abrantès, que derivará más tarde en una amistad literaria.

1829: Balzac publica su novela *Los chuanes* (por primera vez sin pseudónimo) y *Fisiología del matrimonio* (anónimamente).

1830: Tiene lugar la revolución de 1830, levantamiento de las clases medias y populares contra Carlos X y su gobierno autocrático. Carlos X es reemplazado por Luis Felipe I, de la rama Borbón-Orleans, que reinará hasta 1848. Balzac mantiene una intensa actividad periodística en *Feuilleton des journaux politiques, La Caricature, Temps, La Silhouette, La Mode* y *Voleur.* Inicia la publicación de la serie de novelas *Escenas de la vida privada.* Berlioz, *Sinfonía fantástica*. Stendhal, *Rojo y negro*.

1831: Balzac publica *La piel de zapa* en la *Revue de Paris,* y la novela recibe elogios del público y de la crítica (entre otros, de Goethe). Victor Hugo, *Nuestra Señora de París.*

1832: Fallece Johann W. von Goethe. Balzac se convierte al legitimismo, que apoya el restablecimiento de la casa de Borbón en Francia. Colabora en *Le Rénovateur,* y concibe la idea de una serie de novelas interrelacionadas como retrato de la sociedad de la época, primer paso hacia lo que será *La comedia humana.* Protagoniza un intento fallido de conquistar a la marquesa de Castries. Tras leer *La piel de zapa,* Welina Hanska, condesa de origen polaco, se pone en contacto con Balzac; ambos mantendrán correspondencia y relaciones intermitentes durante quince años. Publica *El coronel Chabert* y *Louis Lambert.* También publica la segunda edición de las *Escenas de la vida privada,* a la que añade otros textos, incluyendo *La mujer de treinta años.*

1833: Balzac tiene una relación con Marie Daminois. También visita a la condesa Hanska por primera vez en Suiza, y publica *Eugenia Grandet* y *El médico rural*. Empieza sus *Estudios de costumbres del siglo XIX,* que le ocuparán hasta 1837 y que estarán repartidos en tres series: *Escenas de la vida privada, Escenas de la vida de provincia* y *Escenas de la vida parisina*. Alfred de Musset, *Lorenzaccio.*

1834: Nace Marie-Caroline Du Fresnay, la hija de Honoré de Balzac y Marie Daminois. Balzac publica *Ferragus* y *La duquesa de Langeais.* También empieza los *Estudios filosóficos,* que le ocuparán hasta 1840.

1835: Balzac publica *Papá Goriot* y *La muchacha de los ojos de oro.* Esta última obra finaliza su trilogía *Historia de los Trece.*

1836: Balzac dirige la *Chronique de Paris*. Publica *El lirio en el valle.* Muere madame de Berny, amiga y amante de Balzac. De Musset, *La confesión de un hijo del siglo*.

1837: Balzac publica *César Birotteau y* la primera parte de las *Ilusiones perdidas.*

1839: Balzac es presidente de la Société des gens de lettres. Presenta la primera de sus tres candidaturas a la Academia francesa. Stendhal, *La cartuja de Parma*.

1840: Luis Felipe firma la primera Entente Cordiale que pone fin a la rivalidad con Gran Bretaña en el Mediterráneo y en España. Alejandro Dumas, *El maestro de armas.*

1841: Balzac firma los contratos para la publicación conjunta de *La comedia humana.* Dimite de la Société des Gens de Lettres. Fallece el conde Hanska, y Balzac intenta varias veces casarse con la condesa.

1842: Muere Stendhal. Balzac publica *Ursule Mirouët* y el prólogo general de *La comedia humana.*

1843: Balzac publica *Un asunto tenebroso* y completa las *Ilusiones perdidas.*

1844: Primera y segunda partes de *Esplendores y miserias de las cortesanas.*

1845: Balzac realiza varios viajes por Europa en compañía de la condesa Hanska. Es nombrado caballero de la Legión de Honor. Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo.*

1846: Publicación de *Pequeñas miserias de la vida conyugal* y de la tercera parte de *Esplendores y miserias de las cortesanas.*

1847: Publicación de *El primo Pons* y de la cuarta parte de *Esplendores y miserias de las cortesanas.*

1848: En febrero se producen unos motines republicanos en París. Luis Felipe abdica del trono y se instaura la Segunda República, que durará hasta 1851. Luis-Napoleón Bonaparte es elegido presidente de la

República, en las primeras elecciones con sufragio universal. Balzac publica *La prima Bette.*

1849: Balzac consigue comprometerse en matrimonio con la condesa Hanska y pasa el año en compañía de ella, en Ucrania.

1850: Balzac contrae matrimonio, por fin, con la condesa Hanska, pero fallece pocos meses después. Es enterrado en el cementerio del Père-Lachaise de París.

LA DUQUESA DE LANGEAIS

A Franz Liszt[6]



La duchesse de Langeais avait reçu de la nature les qualités nécessaires pour jouer les rôles de coquette.....

LA DUCHESSE DE LANGEAIS.

Retrato de la duquesa de Langeais, ilustración de Bertal y J. Caqué, en Obras completas *de H. de Balzac,*
La comedia humana, *tomo IX, París, 1843.*

CAPITULO PRIMERO

La hermana Thérèse

En una ciudad española situada en una isla del Mediterráneo existe un convento de carmelitas descalzas, donde la regla de la Orden instituida por santa Teresa se ha conservado con el rigor primigenio de la reforma debida a esta ilustre mujer[7]. Es un hecho cierto, por extraordinario que pueda parecer. Aunque casi todas las casas religiosas de la península y del continente hayan sido destruidas o azotadas por los estallidos de la revolución francesa y de las guerras napoleónicas, esta isla —constantemente protegida por la marina inglesa—, su rico convento y sus pacíficos habitantes se encontraron al abrigo de las turbaciones y expolios generales. Las tormentas de todo tipo que agitaron los primeros quince años del siglo XIX se quebraron así ante ese peñasco, poco distante de las costas de Andalucía. Si el nombre del emperador llegó a ser mencionado en esa playa, es dudoso que su fantástico cortejo de gloria y las brillantes majestades de su vida meteórica fueran comprendidos por las santas mujeres arrodilladas en ese claustro. Una rigidez conventual que nada había alterado prestigiaba a este asilo en todos los anales del mundo católico. La pureza de su regla también atrajo desde los puntos más alejados de Europa a mujeres tristes cuya alma, despojada de toda atadura humana, suspiraba por ese largo suicidio consumado en el seno de Dios. Ningún convento resultaba, por otra parte, más favorable para desprenderse completamente de las cosas mundanas, como exigía la vida religiosa. Sin embargo, se ven en el continente un gran número de estas casas magníficamente edificadas de acuerdo con su propósito. Algunas se hallan sepultadas al fondo de los valles más solitarios; otras, suspendidas sobre las montañas más escarpadas o colgadas al borde de un precipicio; el hombre ha buscado por todas partes la poesía del infinito, el solemne horror del silencio; en todas partes ha querido situarse lo más cerca posible de Dios: le ha buscado sobre las

cimas, al fondo de los abismos, al borde de los acantilados, y le ha encontrado en todas partes. Pero en ningún otro lugar aparte de esa roca a medias europea, africana a medias, podían encontrarse tantas armonías distintas convergiendo para elevar tan bien el alma, para compensar sus impresiones más dolorosas y templar las más vivas, para hacer un lecho profundo a las penas de la vida. Ese monasterio fue construido al extremo de la isla, en el punto culminante del peñasco que, por efecto de la gran revolución de la Tierra, está partido en seco por el lado del mar, donde, en todos sus puntos, muestra las aristas vivas de sus estratos ligeramente erosionadas al nivel del agua, pero infranqueables. Esa roca se encuentra protegida de todo ataque por los peligrosos escollos que se prolongan a lo lejos, y en los que retoza el oleaje brillante del Mediterráneo. Hay que hallarse en el mar, pues, para percibir los cuatro cuerpos del edificio cuadrado cuya forma, altura y oberturas han sido minuciosamente prescritas por las leyes monásticas. Por el lado del pueblo, la iglesia oculta enteramente las sólidas construcciones del claustro, cuyos techos están cubiertos por grandes losas que los hacen invulnerables a las ráfagas del viento, a las tormentas y a la acción del sol. La iglesia, debida a la generosidad de una familia española, corona el pueblo. La fachada audaz, elegante, proporciona una amplia y bella fisonomía a esa pequeña ciudad marítima. El aspecto de una villa cuyos techos amontonados, casi todos dispuestos en anfiteatro ante un hermoso puerto, coronados por un magnífico pórtico con un tríglifo gótico, con campanarios, con torres menudas, con agujas talladas, ¿no es un espectáculo impregnado de todas nuestras sublimidades terrestres? ¡La religión dominando la vida y ofreciendo constantemente a los hombres el fin y los medios, imagen muy española, por cierto! Situad este paisaje en medio del Mediterráneo bajo un cielo ardiente; acompañadlo de palmeras, de varios árboles desmedrados pero vivaces que mezclan sus verdes frondosidades agitadas con el follaje esculpido de la arquitectura inmóvil. Ved las franjas del mar blanqueando los arrecifes y contrastando con el azul zafiro de las aguas; admirad las galerías, las terrazas construidas sobre cada casa, donde sus habitantes van a respirar el aire del atardecer entre las flores, entre las copas de los árboles de sus pequeños jardines. Además, en el puerto, algunas velas. Escuchad, en

fin, en la serenidad de una noche que comienza, la música de los órganos, el canto de los oficios y los sonidos admirables de las campanas en plena mar. Ruido y calma en todas partes, pero generalmente calma por doquier. En su interior, la iglesia se dividía en tres naves sombrías y misteriosas. Sin duda, la furia de los vientos había prohibido construir lateralmente esos arbotantes que ornamentan casi siempre las catedrales, y entre los cuales se realizan las capillas, de modo que los muros que flanqueaban las dos naves pequeñas y sostenían ese bastimento no difundían luz alguna. Esas fuertes murallas presentaban al exterior el aspecto de sus masas grisáceas, apoyadas regularmente sobre enormes contrafuertes. La gran nave y sus dos pequeñas galerías laterales estaban sólo iluminadas por el rosetón de vitrales coloridos, adherido con un arte milagroso a la parte superior del pórtico, cuya exposición favorable había permitido el lujo de los encajes de piedra y de las particulares bellezas del orden inadecuadamente llamado gótico. La mayor parte de esas tres naves estaba entregada a los habitantes de la villa, que iban a oír la misa y los oficios. Delante del coro se encontraba una reja tras la que colgaba una cortina parda con numerosos pliegues, ligeramente entreabierta por la mitad, de manera que sólo dejaba ver el oficiante y el altar. La reja estaba separada, a intervalos iguales, por pilares que sostenían una tribuna interior y los órganos. Esta construcción, en armonía con los ornamentos de la iglesia, representaba exteriormente, en madera esculpida, las pequeñas columnas de las galerías soportadas por los pilares de la gran nave. Así, a un curioso tan valiente como para subir a la estrecha balaustrada de esas galerías, le habría sido imposible ver en el coro nada más que las largas ventanas octogonales y coloreadas que se elevaban en paneles iguales, alrededor del altar mayor.

Durante la expedición francesa realizada en España para restablecer la autoridad del rey Fernando VII, y después de la toma de Cádiz[8], un general francés que había llegado a la isla para que se reconociera allí el gobierno real, prolongó su estancia en ella con el objetivo de ver ese convento, y encontró la forma de introducirse en él. La empresa era verdaderamente delicada. Pero un hombre de pasión, un hombre cuya vida no había sido, por así decir, más que una sucesión de poesías en acción, y que siempre había hecho novelas en lugar de escribirlas, un hombre ante

todo resolutivo, debía sentirse tentado por algo en apariencia imposible. ¿Abrirse legalmente las puertas de un convento de mujeres? El papa y el arzobispo metropolitano no se lo hubieran permitido. ¿Emplear la astucia o la fuerza? En caso de indiscreción, ¿eso no supondría perder su estado, toda su fortuna militar, y errar el objetivo? El duque de Angulema estaba aún en España y, de todas las faltas que pudiera cometer impunemente un hombre apreciado por el capitán general, tan sólo aquélla le habría hecho inmisericorde. Ese general había solicitado su misión a fin de satisfacer una curiosidad secreta, aunque ninguna curiosidad haya sido jamás tan desesperada. Pero esta última tentativa era un asunto de conciencia. La casa de esas carmelitas era el único convento español que había escapado a sus pesquisas. Durante la travesía, que no duró una hora, se elevó en su alma un presentimiento favorable a sus esperanzas. Además, aunque no había visto más que las murallas del convento, aunque no había ni siquiera divisado los hábitos de las religiosas, a pesar de que no había escuchado más que los cantos de la liturgia, encontró bajo esas murallas y en esos cantos ligeros indicios que justificaron su frágil esperanza. En fin, por leves que fuesen unas sospechas tan extrañamente despertadas, ninguna pasión humana había sido nunca más violentamente sugestionada que la curiosidad del general en aquel momento. Pero los pequeños acontecimientos no existen para el corazón; éste todo lo engrandece; pone en la misma balanza la caída de un imperio de catorce años y la caída de un guante de mujer, y casi siempre el guante pesa más que el imperio. Pues bien, he aquí los hechos en toda su positiva simplicidad. Tras los hechos vendrán las emociones.

Una hora después de que el general hubiera abordado ese islote, fue restablecida en él la autoridad real. Algunos españoles constitucionales que se habían refugiado allí nocturnamente después de la toma de Cádiz se embarcaron en un navío que el general les permitió fletar para marcharse a Londres. No hubo allí, pues, ni resistencia ni reacción. Esa pequeña restauración insular no podía quedar sin una misa, a la que debieron asistir las dos compañías encargadas de la expedición. Ahora bien, en su desconocimiento de la clausura de las Carmelitas Descalzas, el general había esperado poder obtener, en la iglesia, algunas indicaciones sobre las religiosas encerradas en el convento, una de las cuales le era quizá más

querida que la vida y más preciosa que el honor. Sus esperanzas fueron, de entrada, cruelmente defraudadas. La misa fue, en verdad, celebrada con pompa. Favoreciendo la solemnidad, las cortinas que habitualmente escondían el coro fueron abiertas y dejaron ver las riquezas, los preciosos paneles y los relicarios ornamentados con pedrería, cuyo resplandor eclipsaba el de los numerosos exvotos de oro y plata atados a los pilares de la gran nave por los marineros de ese puerto. Todas las religiosas estaban refugiadas en la tribuna del órgano. Sin embargo, a pesar de ese primer fracaso, durante la misa de acción de gracias, se desarrolló generosamente el drama más secretamente interesante que jamás haya hecho latir el corazón de un hombre. La hermana que tocaba el órgano suscitó un entusiasmo tan intenso que ninguno de los militares se arrepintió de haber ido al oficio. Los soldados encontraron incluso placer en él, y todos los oficiales estuvieron encantados. En cuanto al general, permaneció tranquilo y frío en apariencia. Las sensaciones que le causaron los distintos fragmentos ejecutados por la religiosa son del pequeño número de cosas cuya expresión está prohibida a la palabra, dejándola impotente, aunque tales sensaciones, parecidas a la muerte, a Dios, a la Eternidad, no pueden apreciarse más que en el leve punto de contacto que tienen con los hombres. Por una casualidad singular, la música de los órganos parecía pertenecer a la escuela de Rossini, el compositor que ha transportado más pasión humana al arte musical y cuyas obras inspirarán algún día un respeto homérico por su número y extensión. Entre las partituras debidas a ese hermoso genio, la religiosa parecía haber estudiado más particularmente la del *Moisés*[9], sin duda porque el sentimiento de la música sagrada se encuentra expresado allí en su mayor grado. Quizá esos dos espíritus, uno tan gloriosamente europeo, el otro desconocido, se habían encontrado en la intuición de una misma poesía. Tal era la opinión de dos oficiales, verdaderos *dilettanti,* que sin duda echaban de menos en España el teatro Favart[10]. Por fin, en el *Te Deum,* fue imposible no reconocer un alma francesa en el carácter que la música tomó de repente. El triunfo de Su Majestad Cristianísima provocaba evidentemente la alegría más intensa en el fondo del corazón de la religiosa[11]. Sin duda, era francesa. Pronto estalló el sentimiento de la patria, surgió como un haz de luz en una réplica de los órganos en que la

hermana introdujo motivos que respiraron toda la delicadeza del gusto parisino, y con los que se mezclaron vagamente los pensamientos de nuestras más bellas tonadas nacionales. Unas manos españolas no hubieran puesto, en ese gracioso homenaje rendido a las armas victoriosas, el calor que acabó por revelar el origen de la intérprete.

—Entonces, ¿Francia está en todas partes? —dijo un soldado.

El general había salido durante el *Te Deum;* le había sido imposible escucharlo. La interpretación de la organista le revelaba una mujer amada con embriaguez, que se había sepultado tan profundamente en el corazón de la religión y escondido tan cuidadosamente de las miradas del mundo, que había escapado hasta entonces de búsquedas obstinadas, hábilmente realizadas por hombres que disponían de un gran poder y de una inteligencia superior. La sospecha levantada en el corazón del general fue casi justificada por el leve recuerdo de una tonada deliciosa de melancolía, la tonada de *Fleuve du Tage*[12], romanza francesa de la que a menudo había oído el preludio interpretado por la persona a quien amaba en un tocador de París, y del que esta religiosa se había servido para expresar, en medio del júbilo de los triunfadores, los pesares de una exiliada. ¡Terrible sensación! ¡Esperar la resurrección de un amor perdido, reencontrarlo todavía perdido, entreverlo misteriosamente, después de cinco años durante los cuales la pasión se había irritado en el vacío, aumentada por la inutilidad de las tentativas hechas para satisfacerla!

¿Quién, al menos una vez en su vida, no ha revuelto su hogar, sus papeles, su casa; quién no ha registrado su memoria con impaciencia buscando un objeto precioso y ha sentido el inefable placer de encontrarlo, después de un día o dos consumidos en vanas investigaciones; después de haber esperado y perdido la esperanza de encontrarlo; después de haber agotado las irritaciones más vivas del alma a causa de esa nada importante que provocaba casi una pasión? Pues bien, extended cinco años esta especie de rabia; poned una mujer, un corazón, un amor en el lugar de esa nada; transportad la pasión a las más altas regiones del sentimiento; luego imaginad un hombre ardiente, un hombre con corazón y rostro de león, ¡uno de esos hombres con melena que imponen y comunican un terror respetuoso a quien les vea! Quizá comprenderéis entonces la brusca salida del general

durante el *Te Deum,* en el momento en que el preludio de una romanza antaño escuchada deliciosamente por él bajo revestimientos dorados, vibró bajo la nave de esa iglesia marina.

Descendió la calle escarpada que conducía a esa iglesia y sólo se detuvo en el momento en que los sonidos graves del órgano ya no llegaban a sus oídos. Incapaz de pensar en otra cosa que no fuese su amor, cuya volcánica erupción le quemaba el corazón, el general francés no se dio cuenta del final del *Te Deum* hasta que la concurrencia española bajó en multitud. Sintió que su conducta o su actitud podían parecer ridículas y regresó a ocupar su lugar a la cabeza del cortejo, y dijo al alcalde y al gobernador de la villa que una indisposición repentina le había obligado a ir a tomar el aire. Entonces, para poder quedarse en la isla, pensó de inmediato en sacar partido de ese pretexto inventado despreocupadamente al principio. Rechazó presidir la comida que las autoridades insulares ofrecían a los oficiales franceses, objetando el empeoramiento de su malestar; se metió en la cama, e hizo escribir al general mayor para anunciarle la enfermedad pasajera que le forzaba a traspasar el mando de las tropas a un coronel. Este ardid tan vulgar, pero tan natural, le dejó libre de todo cuidado durante el tiempo necesario para cumplir sus proyectos. Siendo un hombre esencialmente católico y monárquico, se informó de las horas de los oficios y fingió el mayor apego a las prácticas religiosas, piedad que, en España, no debía sorprender a nadie.

Justo al día siguiente, mientras sus soldados partían, el general se dirigió al convento para asistir a vísperas. Encontró la iglesia abandonada por los habitantes, quienes, a pesar de su devoción, habían ido al puerto a presenciar la embarcación de las tropas. El francés, contento de encontrarse solo en la iglesia, se aseguró de que el repicar de sus espuelas hiciera eco en las bóvedas sonoras; caminó ruidosamente bajo ellas, tosió, se habló en voz alta a sí mismo para dar a entender a las monjas (y sobre todo a la que se encargaba de la música) que, si bien los franceses se marchaban, uno de ellos se quedaba. ¿Fue escuchado, fue comprendido aquel aviso singular…? El general así lo creyó. En el momento del *Magnificat,* el órgano pareció darle una respuesta, que le fue acercada por las vibraciones del aire. El alma de la religiosa voló hacia él sobre las alas de sus notas, y se emocionó en el

movimiento de los sones. La música estalló en todo su poderío; caldeó la iglesia. Aquel canto de alegría, consagrado por la sublime liturgia de la cristiandad romana para expresar la exaltación del alma ante los esplendores del Dios siempre vivo, se convirtió en expresión de un corazón casi asustado de su dicha, ante la magnificencia de un amor perecedero que duraba aún, y que venía a conmoverlo más allá de la tumba religiosa en que se sepultaban las mujeres para renacer como esposas de Cristo.

El órgano es, desde luego, el mayor, el más audaz, el más magnífico de todos los instrumentos creados por el talento humano. Es una orquesta entera, a la que una mano hábil puede pedir de todo, porque puede expresarlo todo. ¿No es, de alguna manera, un pedestal sobre el que el alma se posa para lanzarse por los espacios e intentar, en su vuelo, trazar mil cuadros, pintar la vida, recorrer el infinito que separa cielo y tierra? El poeta, cuanto más escucha las gigantescas armonías, tanto mejor concibe que, entre los hombres arrodillados y el Dios escondido bajo los deslumbrantes rayos del santuario, sólo las cien voces de ese coro terrenal pueden llenar las distancias por sí solas, y son el único intermediario suficientemente fuerte como para trasmitir al cielo las plegarias humanas en la omnipotencia de sus modos, en la diversidad de sus melancolías, con las tintas de sus éxtasis meditativos, las ráfagas impetuosas de sus arrepentimientos y las mil fantasías de todas las creencias. Sí, bajo esas altas bóvedas, las melodías alumbradas por las cosas santas se adornan y se refuerzan con grandezas inauditas. Allí, el día apagándose, el silencio profundo, los cantos que se alternan con el estruendo del órgano, forman para Dios como un velo a través del cual irradian sus luminosos atributos. Todas las riquezas sagradas parecieron ser lanzadas como un grano de incienso sobre el frágil altar del Amor, frente al trono eterno de un Dios celoso y vengativo. En efecto, el júbilo de la religiosa no tuvo ese carácter de grandeza y gravedad que debe armonizarse con las solemnidades del *Magnificat;* le dio variaciones ricas y graciosas, cuyos ritmos diversos señalaban una dicha humana. Sus motivos tenían el brillo de los gorgoritos de una cantante que procura explicar el amor, y sus cantos brincaban como el pájaro junto a su compañera. Entonces, por momentos, se proyectaba a saltos hacia el pasado, lo mismo para juguetear que para llorar. Su tono

cambiante tenía un algo de desorden, como la agitación de la mujer feliz por el regreso de su amante. Luego, tras las fugas flexibles del delirio y los efectos maravillosos de ese reconocimiento fantástico, el alma que así hablaba dio un giro sobre sí misma. La intérprete, pasando de mayor a menor, supo instruir al oyente sobre su actual situación. De repente le contó sus largas melancolías y le describió su lenta enfermedad moral. Había sofocado un sentido cada día, suprimido algún pensamiento cada noche y gradualmente había reducido a cenizas su corazón. Después de algunas blandas ondulaciones, su música tomó, tinte a tinte, un color de tristeza profunda. Pronto los ecos derramaron las tristezas a raudales. Por último, de repente los agudos hicieron desentonar un concierto de voces angelicales, como para anunciar al amante perdido, pero no olvidado, que la reunión de sus dos almas no ocurriría más que en los cielos: ¡conmovedora esperanza! Vino el *Amén.* Entonces no hubo más alegría ni lágrimas en el aire; ni melancolía, ni arrepentimientos. El *Amén* fue un regreso a Dios; ese último acorde resultó profundo, solemne, terrible. La organista exhibió todos los crespones de la religiosa, y, tras los últimos fragores de los graves, que hicieron estremecer a los asistentes de pies a cabeza, pareció haberse vuelto a encerrar en la tumba de donde había salido sólo por un momento. Cuando las melodías hubieron, paulatinamente, cesado en sus vibraciones oscilatorias, hubierais dicho que la iglesia, hasta entonces luminosa, volvía a sumirse en una profunda oscuridad.

El general se había visto rápidamente arrebatado por la carrera de ese genio vigoroso al órgano, siguiéndolo por todas las regiones que acababa de recorrer. Comprendía en toda su extensión las imágenes en que abundaba esa sinfonía ardiente, y para él esos acordes llegaban muy lejos. Para él, como para la religiosa, ese poema era el futuro, el presente y el pasado. ¿No es acaso la música, incluso la del teatro, para las almas tiernas y poéticas, para los corazones sufrientes y heridos, un texto que pueden desarrollar al albur de sus recuerdos? Si es necesario tener un corazón de poeta para ser músico, ¿no son necesarios el amor y la poesía para escuchar, para comprender las grandes obras musicales? Religión, amor y música, ¿no son acaso la triple expresión de un mismo hecho, la necesidad de expansión que modela a toda alma noble? Esas tres formas de poesía se dirigen

enteramente hacia Dios, que desenlaza todas las emociones terrenales. Así, esa santa trinidad humana participa de las grandezas infinitas de Dios, a quien nunca representamos sin rodearle de los fuegos del amor, de los sistros de oro de la música, de luz y de armonía. ¿No es Él acaso el principio y el fin de nuestras obras?

El francés adivinó que en aquel desierto, sobre aquella roca rodeada por el mar, la religiosa se había adueñado de la música para arrojar sobre ella el exceso de pasión que la devoraba. ¿Era aquello un homenaje a Dios construido con su amor, era un triunfo del amor sobre Dios? Eran preguntas de difícil respuesta. Pero, en cualquier caso, el general no tuvo dudas de hallar en ese corazón, muerto para el mundo, una pasión tan ardiente como lo era la suya propia. Terminada la misa de vísperas, regresó a casa del alcalde, donde se alojaba. Quedó al principio preso de los mil gozos que prodiga una satisfacción largo tiempo esperada, penosamente buscada, no veía nada más allá. Todavía era amado. La soledad había hecho crecer el amor en aquel corazón, como había crecido en el suyo propio a causa de las barreras sucesivamente franqueadas, que aquella mujer había situado entre ambos. Aquel florecimiento del alma tuvo su duración natural. Vino después el deseo de volver a ver a aquella mujer, de disputársela a Dios, de arrebatársela, proyecto temerario que complació a aquel valiente. Después de la cena se acostó para evitar las preguntas, para estar solo, para poder pensar en calma, y permaneció sumergido en las más profundas meditaciones hasta la mañana siguiente. Sólo se levantó a la hora de ir a misa. Fue a la iglesia, se situó cerca de la rejilla, su frente tocaba la cortina; habría querido rasgarla, pero no estaba solo: su anfitrión le había acompañado por educación, y la mínima imprudencia podía comprometer el futuro de su pasión, arruinar las nuevas esperanzas que nacían en ella. Los sonidos del órgano se hicieron oír, pero no estaba pulsado por las mismas manos. La instrumentista de los dos días anteriores no gobernaba ya el teclado. Todo adquirió un aspecto pálido y triste para el general. ¿Acaso su amante se hallaba abrumada por las mismas emociones bajo las que su vigoroso corazón de hombre estaba a punto de sucumbir? ¿Tan bien había comprendido y compartido ella aquel amor deseado y fiel, que moría ahora a causa de ello en su celda? En el momento en que mil reflexiones de este

tipo se elevaban en el alma del francés, oyó resonar cerca de sí la voz de la persona adorada, reconociendo su claro timbre. Aquella voz, ligeramente alterada por un temblor que le otorgaba todas las gracias que la púdica timidez presta a las jóvenes, parecía cortar sobre la masa de los cantos como lo hace la voz de una *prima donna* sobre la armonía de un final de ópera. Provocaba en el alma el mismo efecto que causa en los ojos un hilillo de plata o de oro visto en un friso oscuro. ¡Así que realmente era ella! Parisina siempre, no se había despojado de su coquetería, aunque hubiera abandonado los aderezos mundanos y los hubiera cambiado por la venda, por la dura estameña de las carmelitas. Tras haber firmado su amor en la víspera, ahora, en medio de las loas dirigidas al Señor, parecía decir a su amante: «Sí, soy yo, estoy aquí, todavía amo, pero me encuentro fuera del alcance del amor. Me escucharás, mi alma te rodeará, y me quedaré en el oscuro sudario de este coro, de donde nadie podría arrancarme. No podrás verme».

«¡Así que es ella!» —se dijo el general, alzando de nuevo su frente, liberándola de las manos sobre las que la había apoyado; pues al principio no pudo soportar la emoción aplastante que se elevó como un torbellino en su corazón en el momento en que esa voz conocida vibró bajo los arcos de la iglesia, acompañada por el murmullo de las olas. La tormenta estaba fuera del santuario, y la calma en su interior. Aquella voz tan rica en matices seguía desplegando todas sus caricias, llegaba como un bálsamo sobre el corazón abrasado de aquel amante, florecía en el aire, que él hubiera querido aspirar mejor para absorber así las emanaciones de un alma exhalada con amor en las palabras de la plegaria. El alcalde vino a reunirse con su huésped, y le halló fundiéndose en lágrimas en el momento de la elevación, cantada por la religiosa, y se lo llevó a su casa. Sorprendido de hallar tanta devoción en un militar francés, el alcalde había invitado a cenar al confesor del convento, y avisó de ello al general, a quien jamás noticia alguna había dado tanta satisfacción. Durante la cena, el confesor fue objeto de las atenciones del francés, cuyo interesado respeto confirmó a los españoles en la alta opinión que se habían formado de su piedad. Preguntó gravemente por el número de religiosas, por detalles de los beneficios del convento y de sus riquezas, como hombre que al parecer quería distraer

educadamente al anciano sacerdote con las cosas que, sin duda, más solían ocuparle. Después se informó sobre la vida que llevaban aquellas santas doncellas. «¿Podían salir? ¿Se dejaban ver?».

—Señor —dijo el venerable eclesiástico—, la regla es severa. Si un permiso del Santo Padre es necesario para dejar que una mujer entre en un convento de San Bruno, aquí se aplica el mismo rigor. Es imposible que un hombre entre en un convento de Carmelitas Descalzas, a menos que sea sacerdote y esté asignado al servicio de la casa por el arzobispo. Ninguna religiosa puede salir. Con todo, la gran santa (la madre Teresa) solía abandonar su celda. Sólo el visitador o las madres superioras pueden permitir a una religiosa que, con autorización del arzobispo, pueda ver a extraños, sobre todo en caso de enfermedad. Ahora bien, somos una casa de jefatura de la orden, y en consecuencia tenemos aquí a una madre superiora. Tenemos también con nosotros, entre otras extranjeras, a una francesa, la hermana Thérèse, que dirige la música en la capilla.

—¡Ah! —respondió el general, fingiendo sorpresa—. ¿Ha debido alegrarse del triunfo de las armas de la casa de Borbón?

—Les he explicado el motivo de la misa; suelen ser algo curiosas.

—Pero la hermana Thérèse puede tener algún asunto que la concierna en Francia; ¿quizá querría enviar algún recado, o preguntar por noticias de allí?

—No lo creo, se hubiese dirigido a mí para conocerlas.

—Como compatriota suyo —dijo el general— tendría curiosidad por verla… Si ello es posible, si la superiora lo permite, si…

—A través de las rejas, e incluso en presencia de la reverenda madre, una entrevista sería imposible para cualquiera; pero como favor a un libertador del trono católico y de la santa religión, y a pesar de la rigidez de la madre, la regla bien podría descansar por unos momentos —dijo el confesor, con un guiño de ojos—. Lo plantearé.

—¿Qué edad tiene la hermana Thérèse? —preguntó el amante, que no se atrevió a interrogar al sacerdote sobre la belleza de la religiosa.

—Ya no tiene edad —respondió aquel buen hombre con una simplicidad que estremeció al general.

A la mañana siguiente, antes de la siesta, el confesor vino a anunciar al francés que la hermana Thérèse y la madre consentían en recibirle en la rejilla del locutorio antes de la hora de vísperas. Después de la siesta (durante la cual el general devoró el tiempo yendo a pasear al puerto, en pleno calor del mediodía), el sacerdote volvió a buscarle y le introdujo en el convento; le guió bajo una galería que bordeaba el cementerio, y en la que algunas fuentes, varios árboles verdes y unos arcos que se multiplicaban conservaban una frescura en armonía con el silencio del lugar. Al llegar al fondo de aquella larga galería, el sacerdote hizo entrar a su compañero en una sala dividida en dos partes por una rejilla a la que cubría una cortina parda. En la parte de la habitación que podríamos llamar pública, donde el confesor dejó al general, un banco de madera reinaba a lo largo del muro; algunas sillas, también de madera, se hallaban cerca de la rejilla. El techo estaba compuesto de prominentes vigas de encina verde, sin ornamento alguno. La luz del día no entraba en aquella sala más que a través de dos ventanas situadas en la parte asignada a las religiosas, de modo que aquella débil luz, mal reflejada por los tonos oscuros de la madera, era apenas suficiente para iluminar el gran Cristo de color negro, el retrato de santa Teresa y un cuadro de la Virgen, que decoraban las grises paredes del locutorio. Los sentimientos del general adquirieron así, a pesar de su violencia, un color melancólico. Se fue calmando dentro de aquella calma doméstica. Algo solemne como la tumba se apoderó de él bajo el techo fresco. ¿No sería quizá el silencio eterno, la paz profunda, las ideas de infinito? Además, la quietud y el pensamiento fijo de la clausura, aquel pensamiento que se desliza en el aire, en el claroscuro, por todas partes, y que, sin hallarse en ningún sitio concreto, es agrandado por la imaginación; aquellas grandes palabras, *la paz del Señor,* entran allí con viva fuerza en el alma menos religiosa. Los conventos masculinos son difíciles de imaginar, pues en ellos el hombre parece débil: ha nacido para actuar, para cumplir con una vida de trabajo, de la que se aparta en su celda. En un monasterio de mujeres, en cambio, ¡qué vigor viril, qué conmovedora debilidad! Mil sentimientos pueden empujar a un hombre hasta el fondo de una abadía, y se arrojará allí como a un precipicio; pero una mujer no llega a ese lugar si no es conducida por un solo sentimiento: no pierde su naturaleza, se hace

esposa de Dios. Podéis preguntar a los religiosos: ¿por qué no luchasteis más? La reclusión de una mujer, en cambio, ¿no es siempre un combate sublime? Así pues, el general descubrió que aquel mudo locutorio y aquel convento perdido en el mar estaban llenos de sí mismo. El amor raramente alcanza la solemnidad; pero un amor que había permanecido leal aun en el seno de Dios, ¿no era acaso algo majestuoso, más que lo que un hombre tenía derecho a esperar en el siglo XIX, con las costumbres que corren? Las grandezas infinitas de aquella situación bien podían influir en el alma del general; él disponía, precisamente, de la formación necesaria para poder olvidarse de la política, de los honores, de España, de la sociedad parisina, y elevarse así a la altura de aquel grandioso desenlace. ¿Qué podía ser, por otra parte, más verdaderamente trágico que aquello? ¡Cuántos sentimientos en la situación de los dos amantes solos, reunidos en medio del mar sobre un banco de granito, pero separados por una idea, por una barrera infranqueable! Ved a aquel hombre preguntándose: «¿Triunfaré sobre Dios dentro de ese corazón?». Un ligero ruido le hizo estremecerse, la cortina parda se descorrió; entonces vio en la luz a una mujer de pie, pero cuyo rostro se escondía bajo la prolongación del velo que se plegaba sobre su cabeza: siguiendo la regla del convento, vestía aquel hábito cuyo color se ha vuelto proverbial. El general no pudo advertir los pies desnudos de la religiosa, que habrían atestiguado su espantosa delgadez; aún así, y a pesar de los muchos pliegues del tosco vestido que cubría a aquella mujer sin adornarla, adivinó que las lágrimas, la oración, la pasión y la vida solitaria ya la habían marchitado.

La mano helada de una mujer, la de la superiora sin duda, todavía sujetaba la cortina; y el general, habiendo examinado al testigo necesario para esa entrevista, se encontró con la mirada negra y profunda de una vieja religiosa, casi centenaria, mirada clara y joven, que contradecía a las numerosas arrugas que surcaban el pálido rostro de esa mujer.

—Señora duquesa —preguntó él con una voz enormemente emocionada a la religiosa, que bajó la cabeza— ¿su compañera comprende el francés?

—No hay ninguna duquesa aquí —respondió la religiosa—. Se encuentra ante la hermana Thérèse. La señora, a quien nombra usted mi compañera, es mi madre en Dios, mi superiora aquí abajo.

Estas palabras, tan humildemente pronunciadas por la voz que antiguamente estaba en armonía con el lujo y la elegancia entre los que había vivido aquella mujer, reina de la moda en París, y por una boca en que el lenguaje había sido antaño tan ligero, tan burlón, golpearon al general como lo hubiera hecho un relámpago.

—Mi santa madre no habla más que latín y español —añadió.

—No conozco ni el uno ni el otro. Mi querida Antoinette, dele mis excusas.

Al oír su nombre dulcemente pronunciado por un hombre que hace tiempo había sido tan duro para ella, los ligeros temblores del velo de la religiosa, sobre el que la luz caía de lleno, delataron una viva emoción interior.

—Hermano —dijo ella llevando la manga bajo el velo, quizá para secarse los ojos—, me llamo hermana Thérèse…

Luego se volvió hacia la madre, y le dijo, en español, estas palabras que el general oyó perfectamente; pues sabía lo suficiente del idioma como para comprenderlo, e incluso quizá para hablarlo:

—Mi querida madre, este caballero le presenta sus respetos, y se excusa por no poder ponerlos él mismo a sus pies, pero no sabe ninguna de las dos lenguas que usted habla…

La anciana inclinó la cabeza lentamente, su fisionomía tomó una expresión de dulzura angelical, realzada, sin embargo, por su sentimiento de poder y dignidad.

—¿Conoces al caballero? —le preguntó la madre lanzándole una mirada penetrante.

—Sí, madre.

—¡Regresa a tu celda, hija! —dijo la superiora con tono imperioso.

El general se retiró tras la cortina con presteza para no dejar adivinar sobre su rostro las terribles emociones que le agitaban; y, en la sombra, creyó ver todavía los ojos penetrantes de la superiora. Esa mujer, dueña de la frágil y pasajera felicidad cuya conquista costaba tantos esfuerzos, le había asustado, y él, que nunca se había acobardado ante una triple hilera de cañones, tembló. La duquesa caminó hacia la puerta, pero se giró:

—Madre —dijo con un tono de voz horriblemente tranquilo— este francés es uno de mis hermanos.

—¡Entonces quédate, hija! —respondió la anciana mujer tras una pausa.

Ese admirable jesuitismo demostraba tanto amor y tantos pesares, que un hombre menos organizado que el general se hubiera sentido desfallecer al sentir tan vivos placeres en medio de un inmenso peligro, completamente nuevo para él. ¡Qué valor tenían entonces las palabras, las miradas, los gestos en una escena donde el amor debía escapar de unos ojos de lince, de unas zarpas de tigre! La hermana Thérèse regresó.

—Ya ve usted, hermano, lo que me atrevo a hacer por hablarle un momento de su salvación y de los deseos que mi alma lanza al cielo cada día para usted. Cometo un pecado mortal. He mentido. ¡Cuántos días de penitencia para borrar esa mentira! Pero esto será simplemente sufrir por usted. No sabe, hermano, qué dicha supone amar en el cielo, poder admitir los sentimientos cuando la religión los ha purificado, los ha transportado a las regiones más altas, y nos es permitido no ver más que el alma. Si no me hubiesen elevado lejos de las miserias terrestres las doctrinas y el espíritu de la santa a quien debemos este asilo —bien lejos de la esfera donde ella se encuentra, pero ciertamente por encima del mundo—, no le habría vuelto a ver. Pero le puedo ver, escucharle y permanecer tranquila…

—Bueno, Antoinette —exclamó el general interrumpiendo esas palabras —, haga que la pueda ver, a usted, a quien amo con embriaguez, apasionadamente, como quería que yo la amase.

—No me llame Antoinette, se lo suplico. Los recuerdos del pasado me hieren. No vea aquí más que a la hermana Thérèse, una criatura que confía en la misericordia divina. Y —añadió tras una pausa—, modérese, hermano. Nuestra madre nos separaría despiadadamente si su rostro delatara pasiones mundanas, o si sus ojos dejaran caer el llanto.

El general inclinó la cabeza en un gesto de recogimiento. Cuando elevó los ojos a la reja, percibió entre dos barrotes la figura enflaquecida, pálida, pero todavía ardiente de la religiosa. Su tez, donde antaño florecían todos los encantos de la juventud, donde el blanco mate contrastaba felizmente con los colores de la rosa de Bengala, había tomado el tono cálido de una copa de porcelana que encerrara una luz tenue. Habían afeitado la hermosa

cabellera de la que esa mujer se sentía tan orgullosa. Una venda ceñía su frente y envolvía su cara. Sus ojos, rodeados de las huellas debidas a las austeridades de semejante vida, lanzaban rayos febriles por momentos, y su calma habitual ya no era más que un velo. En fin, de aquella mujer no quedaba más que el alma.

—¡Ah! Usted, que se ha convertido en mi vida, ¡saldrá de esta tumba! Me pertenece, y no es libre ni siquiera de entregarse a Dios. ¿No me prometió sacrificarlo todo a la menor de mis órdenes? Ahora quizá me encontrará digno de esa promesa, cuando sepa lo que he hecho por usted. La he buscado por el mundo entero. Desde hace cinco años, usted es el pensamiento en todos mis momentos, la ocupación de mi vida. Mis amigos, amigos muy poderosos, ya sabe, me han ayudado con todas sus fuerzas a registrar los conventos de Francia, Italia, España, Sicilia, América. Mi amor se encendía más fogosamente con cada búsqueda en vano; a menudo he emprendido viajes con una falsa esperanza, he consumido mi vida y los latidos más fuertes de mi corazón alrededor de las murallas negras de numerosos claustros. No le hablo de una fidelidad sin límites, ¿qué es eso? Nada, en comparación con los juramentos infinitos de mi amor. Si fue sincera antaño en sus remordimientos, hoy no debe dudar en seguirme.

—Olvida que no soy libre.

—El duque ha muerto —dijo él con presteza.

La hermana Thérèse se sonrojó.

—Que encuentre el cielo abierto —dijo ella con una viva emoción—, fue generoso conmigo. Pero yo no hablaba de esas ataduras, uno de mis pecados fue querer romperlas todas por usted sin ningún escrúpulo.

—Habla de sus votos —exclamó el general frunciendo las cejas—. No creía que nada pesara más en su corazón que el amor. Pero no lo dude, Antoinette, obtendré una carta del Santo Padre que la desatará de sus juramentos. Desde luego iré a Roma, imploraré todos los poderes de la tierra; y si Dios pudiese bajar, yo…

—No blasfeme.

—¡No se preocupe más de Dios! ¡Ah! Preferiría saber que usted atravesaría estos muros por mí; que, esta misma noche, se lanzaría a una

barca bajo las rocas. Iríamos a ser felices no sé dónde, ¡al fin del mundo! Y a mi lado, volvería a la vida, a la salud, bajo las alas del Amor.

—No hable así —contestó la hermana Thérèse— ignora en qué se ha convertido para mí. Le amo mucho más de lo que le haya amado nunca. Todos los días le pido a Dios por usted, y ya no le veo con los ojos del cuerpo. ¡Si conociese, Armand, la felicidad de poderse librar sin vergüenza a una amistad pura protegida por Dios! Ignora qué feliz soy al pedir las bendiciones del cielo para usted. Nunca ruego por mí: Dios hará de mí según su voluntad. Pero para usted yo quisiera, pagando con mi eternidad, tener la certeza de que es feliz en este mundo, y que será feliz en el otro, durante todos los siglos. Mi vida eterna es todo lo que la desdicha me ha dejado para ofrecerle. Ahora soy vieja en mis lágrimas, ya no soy joven ni bella; además, usted despreciaría una religiosa convertida en mujer, algo que ningún sentimiento podría absolver, ni tan siquiera el amor maternal… ¿Qué me dirá usted que pueda equilibrar las innombrables reflexiones acumuladas en mi corazón desde hace cinco años, y que lo han cambiado, agujereado, marchitado? ¡Debería habérselo dado a Dios con menos tristeza!

—¡Qué diré, mi querida Antoinette! Diré que te amo; que el afecto, el amor, el amor verdadero, la felicidad de vivir en un corazón todo nuestro, enteramente nuestro, sin reserva, es tan raro y tan difícil de encontrar, que he dudado de ti, que te he sometido a duras pruebas; pero hoy te amo con todo el poder de mi alma: si me sigues en la retirada, no oiré más voz que la tuya, no veré más rostro que el tuyo…

—¡Silencio, Armand! Está usted abreviando el único instante en el que nos será permitido vernos aquí abajo.

—Antoinette, ¿quieres seguirme?

—Pero si no voy a dejarle. Vivo en su corazón, pero de otro modo y no por un interés de deseo mundano, de vanidad, de goce egoísta; ¡vivo aquí por usted, pálida y marchita, en el seno de Dios! Si Él es justo, usted será feliz…

—¡Eso no son más que frases! ¿Y si te quiero pálida y marchita? ¿Y si sólo puedo ser dichoso teniéndote? ¿Siempre reconocerás deberes en presencia de tu amante? ¿Es que éste no está nunca por encima de todo en

tu corazón? Hace mucho tiempo preferías la sociedad, te preferías a ti misma o a no sé qué más; ahora se trata de Dios, de mi salvación. En la hermana Thérèse aún reconozco a la duquesa ignorante de los placeres del amor, y siempre insensible bajo la apariencia de sensibilidad. No me amas, tú nunca has amado…

—Ay, hermano…

—No quieres salir de esta tumba. ¿Dices que amas mi alma? Pues bien, la perderás para siempre, me mataré…

—¡Madre —gritó la hermana Thérèse en español—, le he mentido, este hombre es mi amante!

Enseguida la cortina cayó. El general, que quedó aturdido, apenas oyó las puertas interiores, que se cerraban con violencia.

—¡Ah! ¡Todavía me ama! —exclamó mientras comprendía todo lo que había de sublime en el grito de la religiosa—. Hay que sacarla de aquí…

El general dejó la isla, volvió al cuartel general, alegó razones de salud, solicitó un permiso y regresó rápidamente a Francia.

He aquí, a continuación, la aventura que había determinado la situación respectiva en que se encontraban entonces los dos personajes de aquella escena.


Louis Edouard Fournier.

Portada de la edición ilustrada por Louis Édouard Fournier, en H. de Balzac,
The Duchess of Langeais, *Filadelfia, George Barrie & Son, 1897.*

CAPÍTULO II

El amor en la parroquia de Santo Tomás de Aquino[13]

Aquello que se denomina en Francia el «faubourg Saint-Germain» no es ni un barrio, ni una secta, ni una institución, ni nada que pueda expresarse con nitidez. La «Place Royale», el «faubourg Saint-Honoré», la «Chaussée-d'Antin» poseen palacetes donde se respira el aire del «faubourg Saint-Germain». Así pues, no todo el faubourg está dentro del faubourg. Algunas personas nacidas bastante lejos de su influencia pueden sentirla y agregarse a ese mundo, mientras que otras, de allí oriundas, pueden ser desterradas de él para siempre. Las maneras, el habla y, en una palabra, la tradición «faubourg Saint-Germain» es en París, desde hace alrededor de cuarenta años, aquello que era anteriormente la Corte, el hotel Saint-Paul en el siglo XIV, el Louvre en el XV, el Palais, el hotel Rambouillet y la Place Royale en el XVI, y después Versalles en el siglo XVII y en el XVIII. En todas las fases de la historia, el París de la clase alta y de la nobleza ha tenido su centro, tal y como el París vulgar tendrá siempre el suyo. Esta singularidad periódica ofrece mucho material para las reflexiones de aquellos que quieren observar o describir las distintas zonas sociales; y quizá no se deban buscar las causas de ello tan sólo para justificar el carácter de la presente aventura, sino también para servir a graves intereses, más pertenecientes al futuro que al presente, si la experiencia no es un absurdo para los partidos como lo es para la juventud. Los grandes señores y los ricos —que siempre imitarán a los grandes señores— han alejado sus residencias de los lugares

más poblados a lo largo de todas las épocas[14]. Si el duque de Uzès se construyó, bajo el reinado de Luis XIV, el bello palacete en cuya puerta colocó la fuente de la calle Montmartre (acto de beneficencia que le hizo, más allá de sus virtudes, objeto de una veneración tan popular que el vecindario siguió en masa su cortejo fúnebre) fue porque ese rincón de París estaba entonces desierto[15]. Pero tan pronto como las fortificaciones se derribaron y las marismas más allá de los bulevares se llenaron de casas, la familia de Uzès abandonó ese bello palacete, habitado hoy en día por un banquero. Después la nobleza, puesta en peligro en medio de los comercios, abandonó la Place Royale, los alrededores del centro parisino, y cruzó el río, para poder respirar cómodamente en el faubourg Saint-Germain, donde ya se habían levantado palacios alrededor de la mansión construida por Luis XIV para el duque de Maine, el benjamín de sus legítimos. Y en efecto, ¿existe para los acostumbrados a los esplendores de la vida algo más innoble que el tumulto, el lodo, los gritos, el hedor, la estrechez de las calles populosas? ¿No están las costumbres de un barrio comercial o industrial en constante desacuerdo con las costumbres de los Grandes? El Comercio y el Trabajo se acuestan en el momento en que la aristocracia está pensando en la cena; los unos se agitan ruidosamente cuando los otros descansan; los planes de ambos nunca coinciden, los unos son la factura, los otros, el gasto. De ahí unas costumbres diametralmente opuestas. Esta observación no tiene nada de desdeñoso. Una aristocracia es de algún modo el pensamiento de una sociedad, tal y como la burguesía y el proletariado son el organismo y la acción. De esto resultan las sedes distintas para tales fuerzas; y de su antagonismo emana la antipatía aparente que produce una diversidad de movimientos realizados, sin embargo, para un objetivo común. Estas discordancias sociales se deducen tan lógicamente de cualquier carta constitucional, que el liberal más dispuesto a quejarse de ello, como de un atentado a las ideas sublimes bajo las cuales los ambiciosos de clases inferiores esconden sus intenciones, encontrarían prodigiosamente ridículo al señor príncipe de Montmorency por el hecho de permanecer en la calle Saint-Martin, en la esquina de la calle que lleva su nombre, o al señor duque de Fitz-James, descendiente de la raza real escocesa, por tener su residencia en la calle Marie-Stuart, en la esquina de

la calle Montorgueil. *Sint ut sunt, aut non sint*[16], estas bellas palabras pontificales pueden servir de divisa a los Grandes de todos los países. Este hecho, patente en cada época, es siempre aceptado por el pueblo, lleva en él razones de Estado: es a la vez causa y efecto, principio y ley. Las masas poseen una sensatez que sólo abandonan cuando la gente de mala fe les exalta. Esta sensatez se basa en verdades de orden general, tan ciertas en Moscú como en Londres, tanto en Ginebra como en Calcuta. En todas partes, cuando reunáis familias de distinta fortuna en un espacio concreto, veréis formarse círculos superiores, los patricios, los de la primera, segunda y tercera sociedad. La igualdad será quizá un *derecho,* pero ningún poder humano sabrá convertirla en un *hecho.* Será muy útil para el bien de Francia popularizar esta idea. Las masas menos inteligentes hallan entonces los beneficios de la armonía política. La armonía es la poesía del orden, del que las gentes tienen una gran necesidad. ¿No es la concordancia de las cosas entre sí, la unidad, por decirlo en una palabra, la más simple expresión del orden? La arquitectura, la música, la poesía, todo en Francia se apoya, más que en cualquier otro país, en este principio que, por lo demás, está escrito en el fondo de su lengua clara y pura, y la lengua será siempre la más infalible fórmula de una nación. Ved también al pueblo adoptando los aires más poéticos, los mejor modulados; uniéndose a las ideas más simples; amando los motivos incisivos que contienen más pensamientos. Francia es el único país en que una pequeña frase puede provocar una gran revolución. Aquí, las masas se han revolucionado únicamente para intentar poner de acuerdo a los hombres, las cosas y los principios. Ahora bien, ninguna otra nación siente mejor la idea de unidad que debe existir en la vida aristocrática, quizá porque ninguna otra ha comprendido mejor las necesidades políticas: la historia no la encontrará jamás en retraso. Francia a menudo es engañada, pero como lo es una mujer: por las ideas generosas, por los sentimientos calurosos cuyo alcance supera, de entrada, la previsión.

Así pues, como primer rasgo característico, el faubourg Saint-Germain posee el esplendor de sus palacetes, sus grandes jardines y su silencio que antiguamente se hallaban en armonía con la magnificencia de sus fortunas territoriales. ¿No es este espacio situado entre una clase y toda una capital una consagración material de las distancias morales que deben separarlas?

En toda creación, la cabeza tiene su lugar establecido. En caso de que una nación haga caer a su jefe a sus pies, cobrará conciencia tarde o temprano de que se ha suicidado. Como las naciones no desean morir, trabajan para restablecer una autoridad. Cuando la nación ya no tiene fuerzas para ello, perece, como perecieron Roma, Venecia y tantas otras. La distinción introducida por la diferencia de usanzas entre las otras esferas de actividad social y la esfera superior implica necesariamente un valor real, capital, en las autoridades aristocráticas. Desde que en todo Estado, bajo cualquier forma que afecta al *Gobierno,* los patricios faltan a sus condiciones de superioridad completa, pierden la fuerza, y el pueblo los derroca enseguida. El pueblo desea verles siempre la fortuna, el poder y la acción en las manos, el corazón y la cabeza; ver en ellos la palabra, la inteligencia y la gloria. Sin esta triple potencia, todo privilegio se desvanece. Los pueblos, igual que las mujeres, aman la fuerza en quienquiera que les gobierne, y su amor no carece de respeto; nunca acuerdan su obediencia a quien no se la impone. Una aristocracia menospreciada es como un rey holgazán, un marido en enaguas; es nula antes de no ser nada. Es decir, la separación de los Grandes, sus costumbres bien zanjadas, en una palabra, la apariencia general de las castas patricias es a la vez el símbolo de un poder real, así como la razón de su muerte cuando han perdido el poder. El faubourg Saint-Germain se dejó abatir momentáneamente por no haber querido reconocer las obligaciones de su existencia, que le resultaba todavía fácil de perpetuar. Debió tener la buena fe de ver a tiempo, como lo viera la aristocracia inglesa, que las instituciones tienen sus años climatéricos en que las mismas palabras ya no poseen los mismos significados, en que las ideas toman otros aspectos, y en que las condiciones de la vida política cambian totalmente de forma, sin que el fondo resulte alterado en su esencia. Estas ideas requieren desarrollos esencialmente pertenecientes a la aventura en que entran, como definición de sus causas y como explicación de los hechos.

La grandiosidad de los castillos y de los palacios aristocráticos, el lujo de sus detalles, la suntuosidad constante del mobiliario, los *dominios* en que el feliz propietario, rico desde antes de nacer, se mueve sin molestia y sin sentir fricción alguna; además, el hábito de nunca rebajarse a calcular los intereses cotidianos y mezquinos de la existencia, el tiempo del que

dispone, la instrucción superior que puede adquirir prematuramente; en fin, las tradiciones patricias que le proporcionan las fuerzas sociales y que sus adversarios apenas compensan con los estudios, con una voluntad y una vocación tenaces; todo ello debería educar el alma del hombre que, desde la edad más joven, posee tales privilegios, imprimirle ese alto respeto por sí mismo cuya menor consecuencia es una nobleza de corazón en armonía con la nobleza del nombre. Esto es cierto para algunas familias. Por aquí y por allí en el faubourg Saint-Germain se encuentran bellos caracteres, excepciones que se muestran contra el egoísmo general que ha causado la desaparición de este mundo aparte. Estas ventajas son adquiridas por la aristocracia francesa, como por todas las eflorescencias patricias que puedan producirse en la superficie de las naciones durante el tiempo suficiente para asentar su existencia sobre el *dominio,* el dominio-tierra igual que el dominio-dinero, única base sólida de una sociedad armoniosa; pero estas ventajas sólo residen en los patricios de todo tipo en tanto que mantengan las condiciones en las que el pueblo se lo permita. Se trata de los tipos de feudos morales cuya *tenencia* complace al soberano, y aquí el soberano es desde luego, hoy en día, el pueblo. Los tiempos han cambiado y también lo han hecho las armas. El abanderado a quien antiguamente le bastaba llevar la cota de malla, la armadura, manejar bien la lanza y mostrar su estandarte, debe hoy en día probar su inteligencia; y allí donde sólo un gran corazón era necesario, hace falta, en nuestros días, un cráneo grande. El arte, la ciencia y el dinero forman el triángulo social donde se inscribe el escudo del poder y de donde debe proceder la aristocracia moderna. Un bello teorema vale un gran nombre. Los Rothschild, esos Fugger modernos, son príncipes de hecho[17]. Un gran artista es realmente un oligarca, representa todo un siglo y casi siempre se convierte en una ley. Así, el talento de la palabra, las máquinas de alta presión del escritor, el genio del poeta, la constancia del comerciante, la voluntad del hombre de Estado que concentra en sí mismo mil cualidades deslumbrantes, la espada del general, las conquistas personales realizadas por uno sólo sobre toda la sociedad para imponerse a ella; de todo ello, la clase aristocrática debe esforzarse por tener hoy el monopolio, como antiguamente poseía el de la fuerza material. Para permanecer a la cabeza de un país, ¿no hace falta ser siempre digno de

conducirlo; ser su alma y su espíritu, para hacer actuar sus manos? ¿Cómo dirigir un pueblo sin los poderes que conforman su mando? ¿Qué sería el bastón de los mariscales sin la fuerza intrínseca del capitán que lo sujeta en su mano? El faubourg Saint-Germain ha jugado con los bastones creyendo que eran todo el poder. Había invertido los términos de la proposición que dirige su existencia. En lugar de tirar las insignias que contrariaban a la gente y de guardar secretamente la fuerza, permitió a la burguesía apoderarse de ella, se enganchó fatalmente a las insignias, y olvidó constantemente las leyes que su debilidad numérica le imponía. Una aristocracia, que en número de personas forma apenas la milésima parte de una sociedad, debe, hoy como antaño, multiplicar sus modos de acción para oponer, en las grandes crisis, un peso igual al de las masas populares. En nuestros días, los medios de acción deben ser fuerzas reales, y no recuerdos históricos. Desafortunadamente, en Francia, la nobleza, gruesa aún por su antiguo poder desvanecido, tenía contra ella una especie de presunción de la que resultaba difícil defenderse. Puede tratarse de un defecto nacional. El francés, más que cualquier otro hombre, no se pronuncia por debajo de sí mismo, sino que va del nivel en que se encuentra al nivel superior: raramente compadece a los desgraciados sobre los cuales se eleva, y siempre se lamenta de ver tantos afortunados por encima suyo. Aunque tenga mucho corazón, demasiado a menudo prefiere escuchar a su pensamiento. Ese instinto nacional que siempre empuja a los franceses hacia adelante, esa vanidad que corroe sus fortunas y las rige tan absolutamente como el principio de economía rige a los Holandeses, ha dominado desde hace tres siglos a la nobleza, que, en lo que a esto concierne, ha sido eminentemente francesa. El hombre del faubourg Saint-Germain siempre ha deducido su superioridad intelectual a partir de su superioridad material. Todo en Francia le ha convencido de ello, porque desde el establecimiento del faubourg Saint-Germain —revolución aristocrática empezada el día en que la monarquía abandonó Versailles— el faubourg Saint-Germain, salvo algunas lagunas, siempre se ha apoyado en el poder, que será siempre en Francia, más o menos, faubourg Saint-Germain: de ahí su derrota en 1830. En esa época era como una armada operando sin tener base. No había aprovechado la paz para implantarse en

el corazón de la nación. Pecaba de un defecto de instrucción y de una falta total de vista en lo que concierne al conjunto de sus intereses. Sacrificaba un futuro cierto en beneficio de un presente dudoso. He aquí, quizá, la razón de esa falsa política. La distancia física y moral que estas superioridades se esforzaban por mantener entre ellas y el resto de la nación, ha tenido fatalmente por todo resultado, desde hace cuarenta años, el de conservar entre la clase alta el sentimiento personal a costa del patriotismo de casta. Antiguamente, cuando la nobleza francesa era grande, rica y poderosa, los caballeros sabían, en caso de peligro, escoger sus líderes y obedecerles. Habiéndose empequeñecido, se mostraron incapaces de disciplina; y como en el Bajo Imperio, cada uno de ellos deseaba ser emperador; viéndose todos iguales en su debilidad, se creyeron todos superiores. Cada familia arruinada por la revolución, arruinada por la compartición igualitaria de bienes, no pensó más que en sí misma, en lugar de pensar en la gran familia aristocrática, y les pareció que si todas se enriquecían, su partido sería fuerte. Error. El dinero tampoco es más que un signo de poder. Todas esas familias —compuestas de personas que conservaban las altas tradiciones de amabilidad, de elegancia verdadera, de buen lenguaje, de pudicia y orgullo nobiliarios, en armonía con sus existencias, ocupaciones mezquinas cuando se han convertido en lo principal de una vida en la que no deben ser más que lo accesorio—, tenían un cierto valor intrínseco, que, puesto en superficie, no les dejaba más que un valor nominal. Ninguna de esas familias tuvo la valentía de decirse «¿Somos lo bastante fuertes como para ostentar el poder?». Se lanzaron sobre éste como lo hicieron los abogados en 1830. En lugar de mostrarse protector como un Grande, el faubourg Saint-Germain fue ávido como un nuevo rico. En el día en que le fue demostrado a la nación más inteligente del mundo que la nobleza restaurada organizaba el poder y el presupuesto en beneficio propio, ese día resultó mortalmente enferma. Quería ser una aristocracia cuando no podía ser más que una oligarquía, dos sistemas harto distintos, y que comprenderá todo hombre suficientemente hábil para leer atentamente los nombres patronímicos de los lores de la cámara alta. Ciertamente, el gobierno real tuvo buenas intenciones; pero constantemente olvidaba que hay que hacer que el pueblo lo desee todo, incluso su

bienestar, y que Francia, mujer caprichosa, puede desear, a su propio albedrío, lo mismo ser feliz que ser sacudida. Si hubieran existido muchos duques de Laval, cuya modestia les hizo dignos de su nombre[18], el trono de la rama del primogénito habría sido tan sólido como lo es el de la casa de Hannover. En 1814, pero especialmente en 1820, la nobleza francesa tenía que dominar la época más instruida, la burguesía más aristocrática, el país más hembra del mundo. El faubourg Saint-Germain podía fácilmente dirigir y entretener a una clase media ebria de distinciones, amante del arte y la ciencia. Pero todos los mezquinos cabecillas de esta gran época inteligente odiaban el arte y la ciencia. Ni siquiera supieron presentar la religión, que ellos mismos necesitaban, bajo los colores poéticos que hubieran hecho amarla. Cuando Lamartine, La Mennais, Montalembert[19] y otros escritores de talento doraban la poesía, renovaban o ensanchaban las ideas religiosas, todos aquellos que arruinaban el gobierno hicieron sentir la amargura de la religión. Jamás ninguna nación fue más complaciente, se volvió entonces como una mujer fatigada que resulta fácil; nunca un poder cometió más torpezas: Francia y la mujer prefieren las faltas. Para reintegrarse, para fundar un gran gobierno oligárquico, la nobleza del faubourg hubiera debido registrarse a sí misma con honestidad para encontrar la impronta de un Napoleón, destriparse para reclamar a los huecos de sus entrañas un Richelieu constitucional; si este genio no estaba en ella, debió ir a buscarlo en el frío granero donde podía estar muriendo, e incorporarlo como la cámara de los lores inglesa incorpora constantemente a los aristócratas sobrevenidos. Después debió ordenarle a ese hombre que fuese implacable, que cortase las ramas podridas, que podase el árbol aristocrático. Pero de entrada, el gran sistema *tory* inglés era demasiado inmenso para unas cabezas tan pequeñas; y su importación pedía demasiado tiempo a los franceses, para los cuales un éxito lento equivale a un *fiasco*. Por otra parte, lejos de tener esa política redentora que va a buscar la fuerza allí donde Dios la puso, esa gran pequeña gente odiaba toda fuerza que no emanara de ella misma; en fin, lejos de rejuvenecerse, el faubourg Saint-Germain envejeció. La etiqueta —institución de segunda necesidad— podía haberse mantenido si sólo se hubiera mostrado en las grandes ocasiones, pero se convirtió en una lucha cotidiana, y en lugar de resultar una cuestión de arte

o de magnificencia, se transformó en un asunto de poder. Si le faltó al trono, primeramente, uno de esos consejeros tan grandes como lo eran las circunstancias, a la aristocracia le faltó sobre todo el conocimiento de sus intereses generales, que lo habría podido suplir todo. Se detuvo ante el matrimonio del señor de Talleyrand[20], el único hombre que tuvo una de esas cabezas metálicas donde se forjan de nuevo los sistemas políticos por los cuales reviven gloriosamente las naciones. El faubourg se burló de los ministros que no eran caballeros, pero tampoco produjo caballeros tan superiores como para ser ministros; podía proporcionar servicios verdaderos al país ennobleciendo los juzgados de paz, fertilizando la tierra, construyendo rutas y canales, convirtiéndose en un poder territorial efectivo; pero vendió sus tierras para jugar a la Bolsa. Podía privar a la burguesía de sus hombres de acción y de talento cuya ambición minaba el poder, abriéndoles sus filas; prefirió combatirles sin armas, pues sólo tenía en reputación lo que antiguamente tuvo en realidad. Para desgracia de esa nobleza, le quedaba justamente lo bastante de sus diversas fortunas para mantener su altivez. Contentas con sus recuerdos, ninguna de esas familias pensó seriamente en hacer que sus primogénitos tomaran armas de entre el manojo de ellas que el siglo XIX arrojó a la plaza pública. La juventud, excluida de los asuntos públicos, bailaba en casa de Madame, en lugar de continuar en París (mediante la influencia de talentos jóvenes, concienzudos, inocentes del Imperio y de la República) la obra que los cabezas de cada familia habrían empezado en los departamentos, al conquistar el reconocimiento de sus títulos con continuos alegatos a favor de los intereses locales, adaptándose al espíritu del siglo y reformando la casta según el gusto de la época. Concentrada en su faubourg Saint-Germain, donde vivía el espíritu de las antiguas rivalidades feudales mezclado con el de la antigua corte, la aristocracia, mal unida al castillo de las Tullerías, fue más fácil de vencer, no apoyándose más que en un solo punto y, sobre todo, tan mal constituida como lo estaba entonces en la Cámara de los Pares. Entretejida en el país, habría sido indestructible; arrinconada en su faubourg, adosada al castillo, amodorrada en su presupuesto, un golpe de hacha sería suficiente para cortar el hilo de su vida agonizante, y la figura simple de un pequeño abogado avanzó para dar tal

golpe de hacha. A pesar del admirable discurso del señor Royer-Collard, la herencia de la par y sus mayorazgos cayeron bajo las sátiras de un hombre que se jactaba de haber disputado astutamente algunas cabezas al verdugo, pero que mataba torpemente a las grandes instituciones[21]. Ahí se pueden encontrar ejemplos y enseñanzas para el futuro. Si la oligarquía francesa no tenía una vida futura, habría no sé qué crueldad triste en torturarla después de su deceso, y entonces no haría falta más que pensar en su sarcófago; pero si es doloroso sentir el escalpelo de los cirujanos, éste da a veces la vida a los moribundos. El faubourg Saint-Germain puede resultar más poderoso siendo perseguido de lo que lo fuera en su triunfo, si consiente en tener un líder y un sistema.

Ahora es fácil resumir esta ojeada semipolítica. Esa falta de anchas vistas y ese vasto conjunto de pequeñas faltas; las ganas de restablecer las altas fortunas de las que cada cual se preocupaba; una necesidad real de religión para sostener la política; una sed de placer que perjudicaba al espíritu religioso y requirió de hipocresías; las resistencias parciales de algunos espíritus elevados que atinaban bien y se opusieron a las rivalidades de la corte; la nobleza de provincias, a menudo más pura de raza que la nobleza de la corte, pero que, demasiadas veces ofendida, se desapegó; todas esas causas se reunieron para dar al faubourg Saint-Germain las costumbres más discordantes. No fue ni sólido en su sistema, ni consecuente en sus actos, ni completamente moral, ni francamente licencioso, ni corrupto, ni corruptor; no abandonó enteramente las cuestiones que le perjudicaban ni adoptó las ideas que lo hubieran salvado. En fin, por muy débiles que fueran las personas, el partido, sin embargo, se había armado de todos los grandes principios que hacen la vida de las naciones. Ahora bien, para perecer en su fuerza, ¿qué hay que ser? Fue exigente en la elección de las personas presentadas; tuvo buen gusto, un desdén elegante; pero su caída no tuvo, en efecto, nada de resplandeciente ni caballeresco. La emigración del 89 enaltecía aún los sentimientos; en 1830, la emigración en el interior sólo acentúa los intereses. Algunos hombres ilustres de letras, los triunfos de la tribuna, el señor de Talleyrand en el congreso, la conquista de Alger, y varios nombres que volvieron a ser históricos en los campos de batalla, muestran a la aristocracia francesa los

medios que le faltan para nacionalizarse y hacer que se reconozcan aún sus títulos, si quiere dignarse a ello. Para los seres organizados se trata de un trabajo de armonía íntima. Si un hombre es perezoso, la pereza se revela en cada uno de sus movimientos. Del mismo modo, la fisionomía de una clase de hombres se adapta al espíritu general, al alma que anima su cuerpo. Bajo la Restauración, la mujer del faubourg Saint-Germain no mostró ni el coraje orgulloso que las damas de la corte llevaban antiguamente en sus desvíos, ni la modesta grandeza de las virtudes tardías con las que expiaban sus faltas y que esparcían a su alrededor un intenso resplandor. Ella no tuvo nada muy ligero, nada muy grave. Sus pasiones, salvo excepciones, fueron hipócritas; cedió, por así decir, ante sus disfrutes. Algunas de estas familias llevaron la vida burguesa de la duquesa de Orleans, cuyo lecho conyugal se mostraba tan ridículamente a los visitantes del Palais Royal; dos o tres apenas continuaron las costumbres de la Regencia, e inspiraron una cierta aversión en las mujeres más hábiles que ellas. Esta nueva gran dama no ejerció ninguna influencia sobre las costumbres: sin embargo, era poderosa; podía, por pura desesperación, ofrecer el espectáculo imponente de las mujeres de la aristocracia inglesa; pero vaciló bobamente entre las antiguas tradiciones, fue devota a la fuerza, y lo escondió todo, incluso sus bellas cualidades. Ninguna de estas francesas pudo crear salones donde las eminencias sociales fueran a tomar lecciones de gusto y elegancia. Su voz, antaño tan imponente en literatura, esta expresión viva de las sociedades, fue completamente nula. Ahora bien, si una literatura no tiene sistema general, no gana cuerpo y se disuelve con su siglo. Cuando, en una época cualquiera, un pueblo constituido aparte se encuentra en medio de una nación, el historiador halla casi siempre una figura principal que resume las virtudes y los defectos de la masa a la que pertenece: Coligny entre los hugonotes, el Coadjutor en el seno de la Fronda, el mariscal Richelieu bajo Luis XV, Danton durante el Terror[22]. Esta identidad de fisionomía entre un hombre y su acompañamiento histórico está en la naturaleza de las cosas. Para dirigir un partido, ¿No hace falta concordar con su ideología? Para brillar en una época, ¿No hace falta representarla? Las acciones que ciertos historiadores reprochan a los líderes de los partidos cuando —lejos de las terribles ebulliciones populares, se juegan en frío las pasiones más

necesarias para dirigir las grandes luchas seculares— derivan de la obligación constante en que se encuentra la cabeza sabia y prudente de los partidos, de obedecer a los prejuicios y a las locuras de las masas que forman su cola. Aquello que es verdadero en la comedia histórica de los siglos es igualmente cierto en la esfera más restringida de las escenas parciales del drama nacional que llamamos las Costumbres.

Al principio de la vida efímera que el faubourg Saint-Germain llevó durante la Restauración, y a la que, si las consideraciones precedentes son ciertas, no supo dar consistencia, una mujer joven fue pasajeramente el tipo más completo de la naturaleza de su casta, a la vez superior y débil, grande y pequeña. Fue una mujer artificialmente instruida pero en realidad ignorante; llena de sentimientos elevados, pero carente de un pensamiento que los coordinara; malgastaba los más ricos tesoros del alma en obedecer a las conveniencias; estaba dispuesta a desafiar a la sociedad, pero vacilaba y llegaba al artificio a consecuencia de sus escrúpulos; tenía más testarudez que carácter, más atoramiento que entusiasmo, más cabeza que corazón; soberanamente mujer y soberanamente coqueta, era parisina sobre todo; adoraba el resplandor, las fiestas; no reflexionaba, o lo hacía demasiado tarde; su imprudencia llegaba casi a la poesía; era arrebatadoramente insolente, pero humilde en el fondo de su corazón; hacía alarde de la fuerza como un junco bien tieso, pero, como ese junco, estaba presta a doblegarse bajo una mano poderosa; hablaba mucho de la religión pero sin amarla demasiado, y sin embargo estaba dispuesta a aceptarla como un desenlace. ¿Cómo explicar una criatura verdaderamente múltiple, susceptible de heroísmo, que olvida ser heroica para decir una maldad; joven y suave, menos vieja de corazón que envejecida por las máximas de los que la rodeaban, de quienes comprendía la filosofía egoísta sin haberla aplicado; poseedora de todos los vicios del cortesano y todas las noblezas de la mujer adolescente; desconfiada de todo y aun así dejándose llevar, a veces, a creerlo todo? ¿No sería éste un retrato inacabado de esa mujer en que las tintas más tornasoladas chocarían aunque produciendo una confusión poética, debido a una luz divina, a una explosión de juventud, que daría a esos rasgos confusos una especie de conjunto? La gracia le servía de unidad. Nada era fingido. Esas pasiones, esas medias pasiones, esa veleidad

de grandeza, esa realidad de pequeñez, esos sentimientos fríos y esos impulsos calurosos eran naturales y surgían de su situación igual que de la situación de la aristocracia a la que pertenecía. Se bastaba a sí misma y se situaba orgullosamente encima del mundo, al abrigo de su nombre. Había el *yo* de Medea en su vida, como en la de la aristocracia, que se moría sin querer ni situarse en su asiento, ni tender la mano a algún médico político, ni tocar, ni ser tocada, puesto que se sentía tan débil, como polvo incluso. La duquesa de Langeais, pues así se llamaba, estaba casada desde hacía alrededor de cuatro años, cuando la Restauración fue consumada, es decir en 1816, época en la cual Luis XVIII, iluminado por la revolución de los Cien Días, comprendió su situación y su siglo, a pesar de su entorno, que, sin embargo, triunfó más tarde sobre ese Luis XI sin hacha, cuando fue abatido por una enfermedad[23]. La duquesa de Langeais era una Navarreins, familia ducal que, desde Luis XIV, tenía por principio nunca abdicar de su título en sus alianzas. Las hijas de esa casa debían tener pronto o tarde, igual que su madre, un taburete en la corte. A la edad de dieciocho años, Antoinette de Navarreins salió del profundo retiro en el que había vivido para desposar al hijo primogénito del duque de Langeais. Las dos familias se hallaban entonces alejadas del mundo; pero la invasión de Francia hacía presumir a los royalistas el retorno de los Borbones como la única conclusión posible a las desgracias de la guerra. Los duques de Navarreins y de Langeais, que habían permanecido fieles a los Borbones, habían resistido noblemente a todas las seducciones de la gloria imperial, y, en las circunstancias en las que se hallaban durante esa unión, debieron naturalmente obedecer a la vieja política de sus familias. La señorita Antoinette de Navarreins desposó entonces, bella y pobre, al señor marqués de Langeais, cuyo padre murió algunos meses después de ese matrimonio. Al regreso de los Borbones, ambas familias retomaron su rango, sus cargos, sus dignidades en la corte, y volvieron al movimiento social fuera del cual se habían mantenido hasta entonces. Se convirtieron en las más brillantes eminencias de ese nuevo mundo político. Durante ese tiempo de ruindades y falsas conversiones, la consciencia pública se deleitó reconociendo en esas dos familias la fidelidad sin mancha, el acuerdo entre la vida privada y el carácter político, a los que todos los partidos políticos rinden homenaje

involuntariamente. Pero, por un mal bastante común en los tiempos de transacción, las personas más puras y que, por su amplitud de miras y la cordura de sus principios, habrían hecho creer en la generosidad de una política nueva y audaz en Francia, fueron apartadas de los negocios, que cayeron en manos de gentes interesadas en llevar los principios hasta el extremo, para hacer prueba de su entrega. Las familias de Langeais y de Navarreins permanecieron en la alta esfera de la corte, condenadas a los deberes de la etiqueta, así como a los reproches y las burlas del liberalismo, acusadas de hartarse de honores y riquezas, mientras que su patrimonio no aumentaba en absoluto, y las liberalidades de la Lista civil se consumían en gastos de representación, necesarios en toda monarquía europea, aunque fuera republicana. En 1818, el señor duque de Langeais se hallaba al mando de una división militar, y la duquesa tenía un lugar que la autorizaba a residir en París, cerca de una princesa y lejos de su marido, sin escándalo. Por otra parte, el duque tenía, aparte de su mando, un cargo en la corte, a la que venía dejando en su lugar a un mariscal de campo durante su permiso. El duque y la duquesa vivían pues enteramente separados, de hecho y de corazón, a espaldas del mundo. Ese matrimonio de conveniencia había tenido el destino bastante habitual de estos pactos de familia. Los dos caracteres más incompatibles del mundo se habían encontrado frente a frente, se habían ofendido secretamente, secretamente heridos, desunidos para siempre. Entonces, cada uno de ellos había obedecido a su naturaleza y a las conveniencias. El duque de Langeais, espíritu tan metódico como lo podía ser el caballero de Folard[24], se entregó metódicamente a sus gustos, a sus placeres, y dejó a su esposa libre de seguir los suyos, después de haber reconocido en ella un espíritu eminentemente orgulloso, un corazón frío, una gran sumisión a las usanzas del mundo, una lealtad joven, y que debía permanecer pura bajo los ojos de los abuelos, a la luz de una corte mojigata y religiosa. Encarnó fríamente a los grandes señores del siglo precedente, abandonando a su suerte y gravemente ofendida, a una mujer de veintidós años con una espantosa cualidad en el carácter: la de jamás perdonar una ofensa cuando todas sus vanidades de mujer, su amor propio, y puede que sus virtudes, habían sido ignorados, ocultamente heridos. Cuando un ultraje es público, una mujer lo quiere olvidar, tiene oportunidades de crecerse, es

mujer en su clemencia; pero las mujeres no absuelven jamás las ofensas secretas, porque no les gustan las cobardías, virtudes o amores secretos.

Tal era la posición, desconocida por el mundo, en que se encontraba la señora duquesa de Langeais y sobre la cual no reflexionaba, cuando vinieron las fiestas ofrecidas en ocasión del matrimonio del duque de Berri. En ese momento, la corte y el faubourg Saint-Germain salieron de su atonía y de su reserva. Allí empezó realmente aquel esplendor inaudito que embaucó al gobierno de la Restauración. En ese momento, la duquesa de Langeais, ya fuera por cálculo o por vanidad, no aparecía jamás en sociedad sin estar rodeada o acompañada de tres o cuatro mujeres tan distinguidas por su nombre como por su fortuna. Como reina de la moda, tenía damas acompañantes que reproducían en otras partes sus maneras y su encanto. Las había escogido hábilmente entre algunas personas que no estaban todavía ni en la intimidad de la corte ni en el corazón del faubourg Saint-Germain, pero que sin embargo tenían la pretensión de llegar allí; simples Dominaciones[25] que querían ascender hasta los alrededores del trono y mezclarse con los poderes seráficos de la alta esfera llamada *el pequeño castillo.* Así situada, la duquesa de Langeais era más fuerte, dominaba mejor, estaba más segura. Sus *damas* la defendían contra la calumnia y la ayudaban a interpretar el detestable papel de mujer a la moda. Ella se podía burlar a gusto de los hombres, reírse de las pasiones y excitarlas, recoger los homenajes de que toda naturaleza femenina se nutre, y permanecer dueña de sí misma. En París y en la más alta compañía, la mujer siempre es mujer; vive de incienso, de halagos, de honores. La belleza más real, la figura más admirable no es nada si no es admirada: un amante, unas adulaciones, son los certificados de su potestad. ¿Qué es un poder desconocido? Nada. Imaginad a la mujer más hermosa sola en un rincón de un salón: está triste. Cuando una de esas criaturas se encuentra en el seno de las magnificencias sociales, quiere reinar en todos los corazones, a menudo a falta de poder ser soberana dichosa en uno solo. Esos cuidados, esos aprestos, esas coqueterías se hacían para los seres más desdichados que se hayan encontrado jamás, vanidosos sin aptitudes, hombres cuyo mérito consistía en una bonita figura, y por los cuales todas las mujeres se comprometían sin provecho, verdaderos ídolos de madera dorada que, salvo algunas

excepciones, no tenían ni los antecedentes de los caballeretes del tiempo de la Fronda, ni el buen y rudo valor de los héroes del Imperio, ni el ingenio y las maneras de sus abuelos, pero que querían ser *gratis* algo semejante; que eran valientes como lo es la juventud francesa, hábiles sin duda si hubieran sido puestos a prueba, y que no podían ser nada a causa del reinado de los viejos estropeados que les tenían a raya. Fue una época fría, mezquina y sin poesía. Quizá una restauración necesita mucho tiempo para convertirse en monarquía.

Desde hacía dieciocho meses, la duquesa de Langeais llevaba esta vida vacía, exclusivamente llenada por el baile, por las visitas hechas para el baile, por triunfos sin objeto, por pasiones efímeras, nacidas y muertas en una velada. Cuando llegaba a un salón, las miradas se concentraban en ella, cosechaba palabras aduladoras, algunas expresiones apasionadas que alentaba con el gesto, con la mirada, y que no podían ir nunca más allá de la epidermis. Su tono, sus maneras, todo en ella ejercía autoridad. Vivía en una especie de fiebre de vanidad, de goce perpetuo que la aturdía. Llevaba la conversación bastante lejos, lo escuchaba todo, y se pervertía, por así decirlo, en la superficie del corazón. De vuelta a casa, a menudo se sonrojaba de aquello por lo que se había reído, de tal historia escandalosa cuyos detalles la ayudaban a discutir sobre las teorías del amor que no conocía, y las sutiles distinciones de la pasión moderna, que los complacientes hipócritas le comentaban; ya que las mujeres, sabiendo decírselo todo entre ellas, salen perdiendo más de lo que corrompen a los hombres. Hubo un momento en el que ella comprendió que la criatura amada era la única cuya belleza, cuyo espíritu, pudieran ser universalmente reconocidos. ¿Qué demuestra un marido? Que, de muchacha, una mujer tenía una rica dote, o que estaba bien educada, que tenía una madre perspicaz, o que satisfacía las ambiciones del hombre; pero un amante es el programa constante de sus perfecciones personales. La señora de Langeais aprendió, aún joven, que una mujer se podía dejar amar ostensiblemente sin ser cómplice del amor, sin aprobarlo, sin contentarlo más que con las más escasas rentas del amor, y más de una santurrona le reveló los medios para interpretar estas comedias peligrosas. La duquesa tuvo pues su corte, y el número de aquellos que la adoraban o la cortejaban fue garantía de su

virtud. Era coqueta, amable, seductora hasta el fin de la fiesta, del baile, de la velada; después, con el telón bajado, se encontraba sola, fría, despreocupada, y sin embargo al día siguiente revivía para otras emociones igualmente superficiales. Había dos o tres jóvenes completamente engañados que la amaban verdaderamente y de los que ella se burlaba con una perfecta insensibilidad. Se decía: «¡Soy amada, él me ama!». Esa certeza le bastaba. Parecida al avaro satisfecho al saber que sus caprichos pueden ser cumplidos, quizá ni siquiera llegaba al deseo.

Una noche se encontró en casa de una de sus amigas íntimas, la señora vizcondesa de Fontaine, una de sus humildes rivales que la odiaban cordialmente y siempre la acompañaban: especie de amistad armada en que cada cual desconfía y en que las confidencias son hábilmente discretas, a veces pérfidas. Después de haber distribuido pequeños saludos protectores, afectuosos o desdeñosos con el aire natural de la mujer que conoce todo el valor de sus sonrisas, sus ojos se posaron en un hombre que le resultaba completamente desconocido, pero cuya fisionomía ancha y grave la sorprendió. Sintió al verle una emoción bastante parecida al miedo.

—Querida —preguntó a la señora de Maufrigneuse—, ¿quién es ese recién llegado?

—Un hombre de quien, sin duda, ha oído usted hablar, el marqués de Montriveau.

—¡Ah! Es él.

Tomó sus lentes y le examinó muy impertinentemente, como hubiera hecho con un retrato que recibe miradas pero no las devuelve.

—Preséntemelo entonces, debe ser divertido.

—No existe nadie más aburrido y sombrío, querida, pero está de moda.

El señor Armand de Montriveau resultaba ser en ese momento, sin saberlo, el objeto de una curiosidad general, y lo merecía más que ninguno de aquellos ídolos pasajeros que París necesita y de los que se encapricha por unos días, a fin de satisfacer esa pasión de enardecimiento y entusiasmo artificial por el que se encuentra periódicamente afectada. Armand de Montriveau era el único hijo del general de Montriveau, uno de esos *ci-devant*[26] que sirvieron noblemente a la República, y que pereció, abatido cerca de Joubert, en Novi[27]. El huérfano fue llevado por atención de

Bonaparte a la escuela de Châlons, y puesto, igual que muchos otros hijos de generales muertos en campo de batalla, bajo la protección de la República francesa. Después de salir de esa escuela sin ningún tipo de fortuna, entró en la artillería, y todavía no era más que jefe de batallón cuando tuvo lugar el desastre de Fontainebleau. La milicia a la que pertenecía Armand de Montriveau le había ofrecido pocas oportunidades de avance. En primer lugar, el número de oficiales está allí más limitado que en los demás cuerpos de la armada; y además, las opiniones liberales y casi republicanas que profesaba la artillería, los temores inspirados al emperador por una reunión de hombres sabios acostumbrados a reflexionar, se oponían a la fortuna militar de la mayoría de ellos. También, contrariamente a las leyes ordinarias, los oficiales llegados al generalato no fueron siempre los sujetos más notables de la milicia, porque, siendo mediocres, daban pocas preocupaciones. La artillería constituía un cuerpo aparte en la armada, y no pertenecía a Napoleón más que sobre el campo de batalla. A estas causas generales, que pueden explicar los retrasos sufridos por Armand de Montriveau en su carrera, se añadían otros inherentes a su persona y su carácter. Sólo en el mundo, lanzado desde los veinte años a través de esa tempestad de hombres en el seno de la cual vivió Napoleón, y no teniendo interés alguno aparte de sí mismo, listo para perecer cada día, él se había acostumbrado a no existir más que por una estima interior y por el sentimiento de un deber cumplido. Era habitualmente silencioso como lo son todos los tímidos; pero su timidez no venía de un defecto de valentía, sino que se trataba de una especie de pudor que le prohibía toda demostración vanidosa. Su intrepidez en el campo de batalla no era nada fanfarrona; él lo veía todo, podía dar tranquilamente un buen consejo a sus camaradas, e iba delante de las balas de cañón, agachándose oportunamente para evitarlas. Era bueno, pero su actitud le hacía pasar por altivo y severo. Siendo matemáticamente riguroso en todas las cosas, no admitía ninguna componenda hipócrita ni con los deberes de una posición, ni con las consecuencias de un hecho. No se prestaba a nada vergonzoso, no pedía jamás nada para sí; en fin, era uno de esos grandes hombres desconocidos, suficientemente filósofos para despreciar la gloria, y que viven sin atarse a la vida, porque no encuentran cómo desarrollar en ella su fuerza o sus

sentimientos en toda su extensión. Era temido, apreciado, poco amado. Los hombres nos permiten elevarnos por encima de ellos, pero no nos perdonan jamás que no lleguemos tan abajo como ellos. El sentimiento que atribuyen a los grandes caracteres tampoco existe sin algo de odio y temor. Demasiado honor es para ellos una censura tácita que no perdonan ni a los vivos ni a los muertos. Después de los adioses de Fontainebleau, Montriveau, aunque noble y con título, fue reducido a recibir medio salario[28]. Su honorabilidad antigua asustó al Ministerio de la Guerra, donde su adhesión a los juramentos realizados al águila imperial era conocida. Durante los Cien Días fue nombrado coronel de la guardia y permaneció en el campo de batalla de Waterloo. Como sus heridas le habían retenido en Bélgica, no estuvo en la armada del Loira; pero el gobierno real no quiso reconocer los grados otorgados durante los Cien Días, y Armand de Montriveau se marchó de Francia. Arrastrado por su genio emprendedor, por esa superioridad de pensamiento que, hasta entonces, los azares de la guerra habían satisfecho, y apasionado a causa de su rectitud instintiva por las empresas de gran utilidad, el general Montriveau se embarcó en el proyecto de explorar el Alto Egipto y las partes desconocidas de África, sobre todo las regiones del centro, que excitan hoy en día tanto interés entre los sabios. Su expedición científica fue larga y desdichada. Había compilado notas preciosas destinadas a resolver problemas geográficos o industriales tan ardientemente investigados, y había llegado, no sin haber superado numerosos obstáculos, hasta el corazón de África, cuando cayó por traición en poder de una tribu salvaje. Fue despojado de todo, sometido a esclavitud y paseado durante dos años a través de desiertos, amenazado de muerte en todo momento y más maltratado que un animal con el que se entretienen unos niños despiadados. La fortaleza de su cuerpo y la constancia de su alma le hicieron soportar todos los horrores del cautiverio; pero agotó casi toda su energía en su evasión, que fue milagrosa. Alcanzó la colonia francesa de Senegal, medio muerto, en harapos, sin nada más que recuerdos sin forma. Los inmensos sacrificios de su viaje, el estudio de los dialectos de África, sus descubrimientos y sus observaciones, todo se perdió. Un solo hecho hará comprender sus sufrimientos: durante algunos días, los hijos del *scheik* de la tribu donde era esclavo se divirtieron usando

su cabeza como blanco en un juego que consistía en lanzar huesecillos de caballo desde bastante lejos y hacer que los aguantara sobre ella. Montriveau regresó a París hacia mediados de 1818. Se encontraba arruinado, sin protectores y sin tampoco quererlos. Habría muerto veinte veces antes que solicitar lo que fuera, incluso el reconocimiento de sus derechos adquiridos. La adversidad y sus dolores habían desarrollado su energía hasta en las pequeñas cosas, y el hábito de conservar su dignidad de hombre ante ese ser moral al que llamamos conciencia daba valor, para él, a los actos aparentemente más insignificantes. Sin embargo, sus relaciones con los principales sabios de París y algunos militares instruidos dieron a conocer su mérito y sus aventuras. Las particularidades de su evasión y de su cautiverio, las de su viaje, certificaban tanta sangre fría, ingenio y valentía que adquirió sin saberlo esa celebridad pasajera en la que los salones de París son tan pródigos, pero que requiere esfuerzos inauditos a los artistas cuando desean perpetuarla. Hacia el final de ese año su posición cambió súbitamente. De pobre se volvió rico, o por lo menos tuvo exteriormente todas las ventajas de la riqueza. El gobierno real, que quería vincularse a hombres de mérito para dar fuerza a la armada, hizo entonces algunas concesiones a los antiguos oficiales cuya lealtad y carácter conocido ofrecían garantías de fidelidad. El señor de Montriveau fue readmitido al cuerpo, en su grado, recibió su sueldo atrasado y fue admitido en la Guardia real. Estos favores llegaron sucesivamente al marqués de Montriveau sin que él hubiera hecho la menor petición. Unos amigos le ahorraron las gestiones personales a las que se hubiera negado. Luego, contrariamente a sus costumbres, que se modificaron de golpe, salió al mundo, donde fue acogido favorablemente, y donde encontró testimonios de una alta estima por todas partes. Parecía haber encontrado algún desenlace para su vida; pero para él todo ocurría dentro del hombre, no había nada exterior. Mostraba en sociedad una figura grave y recogida, silenciosa y fría. Tuvo mucho éxito precisamente porque resaltaba considerablemente entre la masa de fisionomías convenidas que mueblan los salones de París, donde fue efectivamente nuevo. Su palabra tenía la concisión del lenguaje de las personas solitarias o los salvajes. Su timidez fue tomada como altivez, y gustó mucho. Resultaba algo extraño y

grandioso, y las mujeres quedaron más generalmente prendadas de ese carácter original en la medida en que escapaba a sus hábiles adulaciones, a ese cortejo con el que embaucan a los hombres más poderosos y corroen a los espíritus más inflexibles. El señor de Montriveau no comprendía nada de esas pequeñas monerías parisinas, y su alma no podía responder más que a las sonoras vibraciones de los bellos sentimientos. Hubiera sido rápidamente abandonado allí, sin la poesía que resultaba de sus aventuras y de su vida, sin los aduladores que le alababan a sus espaldas, sin el triunfo de amor propio que esperaba a la mujer de quien él se ocuparía. Por ello, la curiosidad de la duquesa de Langeais era tan viva como natural. Por efecto del azar, ese hombre le había interesado en la víspera, pues en la víspera había oído contar una de las escenas que, dentro del viaje del señor de Montriveau, producían mayor impresión en las vivaces imaginaciones de mujer. En una excursión hacia las fuentes del Nilo, el señor de Montriveau tuvo con uno de sus guías el debate más extraordinario que se conozca en los anales de viajes. Tenía un desierto que cruzar, y sólo podía ir a pie al lugar que quería explorar. Un solo guía era capaz de llevarle allí. Hasta entonces ningún viajero había podido penetrar en esa parte del territorio, donde el intrépido oficial presumía que podría encontrar la solución a varios problemas científicos. A pesar de las descripciones que le hicieron los ancianos del país y su guía, emprendió ese terrible viaje. Armándose de todo su coraje ya agudizado por el anuncio de horribles dificultades que vencer, partió por la mañana. Tras haber caminado durante una jornada entera, se acostó por la noche en la arena, sintiendo una fatiga desconocida a causa de la movilidad del suelo, que parecía, a cada paso, escaparse a sus pies. Sin embargo, sabía que al día siguiente le haría falta ponerse en camino desde la aurora; pero su guía le había prometido hacerle alcanzar, hacia la mitad del día, el destino de su viaje. Esta promesa le dio ánimo, le hizo recobrar fuerzas y, a pesar de sus sufrimientos, continuó su ruta, maldiciendo un poco la ciencia; pero, avergonzado de quejarse en presencia de su guía, guardó el secreto de sus penas. Había andado ya durante un tercio del día cuando, sintiendo sus fuerzas agotadas y con los pies ensangrentados por la marcha, preguntó si llegaría pronto. «En una hora» —le dijo el guía—. Armand encontró en su alma la fuerza necesaria para

una hora y continuó. La hora transcurrió sin que él advirtiera ni tan siquiera en el horizonte —horizonte de arenas tan vasto como lo es el de marea alta — las palmeras y las montañas cuyas cimas debían anunciar el término de su viaje. Se paró, amenazó al guía, rechazó ir más lejos, le reprochó ser su asesino, haberle engañado; luego, lágrimas de rabia y cansancio rodaron por sus mejillas inflamadas; estaba curvado por el dolor renaciente de la marcha y el gaznate le parecía coagulado por la sed del desierto. El guía, inmóvil, escuchaba sus quejas con aire irónico, estudiando con la aparente indiferencia de los orientales, los imperceptibles accidentes de esa arena casi negruzca como lo es el oro bruñido. «Me he equivocado» —prosiguió fríamente—. «Hace demasiado tiempo que he hecho este camino como para poder reconocer sus pistas; vamos bien, pero hay que andar aún dos horas». «Este hombre tiene razón» —pensó el señor de Montriveau—. Entonces volvió a ponerse en ruta, siguiendo penosamente al africano inmisericorde a quien le parecía estar unido por un hilo, como un condenado lo está invisiblemente al verdugo. Pero las dos horas pasan, el francés ha gastado sus últimas gotas de energía, y el horizonte es puro, y no ve ni palmeras ni montañas. No encuentra más gritos ni gemidos, se tumba en la arena para morir; pero sus miradas hubieran aterrorizado al hombre más intrépido: parecía anunciar que no quería morir solo. Su guía, como un verdadero demonio, le respondía con un vistazo calmado, impregnado de poder, y lo dejaba tendido, cuidando de mantenerse a una distancia que le permitiera escapar de la desesperación de su víctima. Al final, el señor de Montriveau encontró fuerzas para una última imprecación. El guía se le acercó, le miró fijamente, le impuso silencio y le dijo: «¿No has querido, a pesar nuestro, dirigirte donde yo te conduzco? Me reprochas que te engañe, pero si no lo hubiera hecho, no habrías llegado hasta aquí. Quieres la verdad, aquí la tienes: tenemos aún cinco horas de marcha y no podemos volver sobre nuestros pasos. Sondea tu corazón; si no tienes suficientes fuerzas, he aquí mi puñal». Sorprendido por este espantoso pacto entre el dolor y la fuerza humana, el señor de Montriveau no quiso estar por debajo de un bárbaro; y sacando de su orgullo de europeo una nueva dosis de valor, se levantó para seguir a su guía. Cuando hubieron pasado las cinco horas, el señor de Montriveau todavía no divisaba nada, dirigió al guía su mirada moribunda;

pero entonces el Nubio le tomó sobre sus hombros, le elevó a algunos pies y le hizo ver a un centenar de pasos un lago rodeado de verdor y de un bosque admirable, iluminado por los fuegos del sol poniente. Habían llegado a alguna distancia de una especie de banco de granito inmenso, bajo el cual el paisaje sublime se encontraba como sepultado. Armand creyó renacer, y su guía, ese gigante de inteligencia y coraje, terminó su obra de devoción llevándole a través de los senderos cálidos y pulidos apenas trazados sobre el granito. Veía por un lado el infierno de las arenas, y por el otro el paraíso terrestre del más bello oasis que pudiera existir en esos desiertos[29].

La duquesa, ya impresionada por el aspecto de ese personaje poético, lo estuvo mucho más todavía cuando supo que estaba viendo en él al marqués de Montriveau, con quien había soñado durante la noche. Haberse encontrado en las arenas abrasadoras del desierto con él, haberle tenido como compañero de pesadilla, ¿no era para una mujer de esta naturaleza un delicioso presagio de diversión? Ningún hombre tuvo jamás mejor que Armand la fisionomía de su carácter, y nadie podía intrigar más justificadamente a las miradas. Su cabeza, grande y cuadrada, tenía como principal rasgo característico una enorme y abundante cabellera negra que le envolvía el rostro de modo que recordaba perfectamente al general Kléber[30], al que se parecía por el vigor de su frente, por la hechura de su cara, la audacia tranquila de los ojos y esa especie de fogosidad que expresaban sus facciones prominentes. Era bajo, de torso amplio, musculoso como un león. Cuando caminaba, su pose, sus andares, el menor gesto revelaba no sé qué seguridad de fuerza imponente, y algo despótico en él. Parecía saber que nada podía oponerse a su voluntad, quizá porque sólo deseaba lo justo. Sin embargo, como todos los que son realmente fuertes, era dulce en su habla, simple en sus maneras, y naturalmente bueno. Sin embargo, todas estas bellas cualidades parecían tener que desaparecer en aquellas graves circunstancias en que el hombre resulta implacable en sus sentimientos, decidido en sus resoluciones, terrible en sus acciones. Un observador habría podido ver en la comisura de sus labios un fruncimiento habitual que anunciaba una propensión a la ironía.

La duquesa de Langeais, sabiendo qué triunfo pasajero suponía la conquista de ese hombre, resolvió —en el poco tiempo que la duquesa de

Maufrigneuse tardó en ir a presentárselo— que haría de él uno de sus amantes, que le daría paso por encima de todos los demás, que lo ligaría a su persona y que desplegaría para él todas sus coqueterías. Fue una fantasía, puro capricho de duquesa con el que Lope de Vega o Calderón compuso *El perro del hortelano*[31]. Ella quiso que ese hombre no fuera de ninguna mujer, y tampoco imaginó ser suya. La duquesa de Langeais había recibido de la naturaleza las cualidades necesarias para interpretar los roles de la coqueta, y su educación las había aún perfeccionado. Las mujeres tenían razón al envidiarla y los hombres al amarla. No le faltaba nada de lo que puede inspirar amor, de lo que lo justifica y lo que lo perpetúa. Su tipo de belleza, sus maneras, su habla, su postura concordaban para dotarla de una coquetería natural, que, en una mujer, parece ser la conciencia de su poder. Estaba bien formada, pero descomponía quizá sus movimientos con demasiada complacencia, única afectación que se le pudiera reprochar. Todo en ella era armónico, desde el menor gesto hasta el cariz particular de sus frases, hasta la manera hipócrita con que lanzaba su mirada. El carácter predominante de su fisionomía era una nobleza elegante, que no destruían los ademanes, tan franceses, de su persona. Esta actitud incesantemente cambiante tenía un prodigioso atractivo para los hombres. Parecía que debía ser la más deliciosa de las amantes cuando se despojaba del corsé y los artilugios de su función. En efecto, todos los gozos del amor existían latentes en la libertad de sus miradas expresivas, en la ternura de su voz, en la gracia de sus palabras. Hacía ver que en ella había una noble cortesana, lo que era desmentido en vano por la religiosidad de la duquesa. Quien se sentaba a su lado en una velada, la encontraba tan pronto alegre como melancólica, sin que ella pareciera estar interpretando la alegría ni la melancolía. Sabía estar, según se le antojase, afable, despectiva, impertinente o confiada. Parecía buena y lo era. En su situación nada la obligaba a descender a la maldad. Por momentos se mostraba sucesivamente confiada y astuta, emocionantemente tierna, y luego dura y seca hasta romper el corazón. Pero para retratarla bien no hace falta acumular todas las antítesis femeninas; en una palabra, era lo que quería ser, o parecer. Su cara, un poco demasiado alargada, tenía una gracia, algo de finura y menudez, que recordaba a las caras de la Edad Media. Su tez era

pálida, sutilmente rosada. Todo en ella pecaba, por así decirlo, de un exceso de delicadeza.

El señor de Montriveau se dejó presentar complacientemente a la duquesa de Langeais que, siguiendo el hábito de las personas a quienes un gusto exquisito hace evitar las banalidades, le acogió sin abrumarle con preguntas ni con cumplidos, sino con esa especie de gracia respetuosa que debía halagar a un hombre superior, puesto que la superioridad supone en un hombre algo de ese tacto que hace adivinar a las mujeres todo lo que es sentimiento. Si ella manifestó alguna curiosidad, fue con sus miradas; si le cumplimentó, fue con sus maneras; y desplegó ésa zalamería de palabras, ese fino deseo de complacer que sabía mostrar mejor que nadie. Pero toda su conversación, de alguna forma, no fue más que el cuerpo de la carta, hacía falta un *postscriptum* donde la idea principal iba a ser dicha. Cuando, después de media hora de charlas insignificantes, en las que sólo el acento y las sonrisas dotaban de valor a las palabras, el señor de Montriveau pareció querer discretamente retirarse, la duquesa le retuvo con un gesto expresivo.

—Señor —le dijo—, no sé si los pocos instantes durante los que he tenido el placer de conversar con usted le habrán ofrecido suficiente encanto para que se me permita invitarle a venir a mi casa; temo que haya mucho egoísmo en querer tenerle allí. Si fuera tan afortunada como para que esto le complaciera, me encontraría siempre por la tarde hasta las diez.

Estas frases fueron pronunciadas en un tono tan coqueto que el señor de Montriveau no podía negarse a aceptar la invitación. Cuando volvió a los grupos de hombres que se mantenían a cierta distancia de las mujeres, algunos de sus amigos le felicitaron, medio en serio medio en broma, sobre la acogida extraordinaria que le había hecho la duquesa de Langeais. Esta difícil e ilustre conquista estaba decididamente consumada, y su gloria había sido reservada a la artillería de la Guardia. Resulta fácil imaginar las bromas buenas y malas que este tema, una vez admitido, suscitó en uno de esos salones parisinos donde tanto gusta divertirse, y donde las burlas tienen tan poca duración que cada cual se apresura a sacarles todo el partido.

Estas tonterías halagaron, a pesar suyo, al general. Desde el lugar donde se había colocado, sus miradas fueron atraídas por mil reflexiones indecisas

hacia la duquesa; y no pudo evitar confesarse a sí mismo que, de todas las mujeres cuya belleza había seducido a sus ojos, ninguna le había ofrecido una más deliciosa expresión de las virtudes, defectos y armonías que la imaginación más juvenil pudiese desear, en Francia, en una amante. ¿Qué hombre, en cualquier rango en que la suerte le haya situado, no ha sentido en su alma un gozo indefinible al encontrar, en una mujer que él haya escogido incluso ilusoriamente como suyas, las triples perfecciones morales, físicas y sociales que le permitan ver siempre en ella todos sus deseos cumplidos? Si ésta no es una causa de amor, tan favorecedor conjunto es, ciertamente, uno de los mayores vehículos del sentimiento. Sin la vanidad —como decía un profundo moralista del siglo pasado— el amor es un convaleciente[32]. Existe ciertamente tanto para el hombre como para la mujer, un tesoro de placeres en la superioridad de la persona amada. ¿No es mucho, por no decir todo, saber que nuestro amor propio no sufrirá jamás en ella; que es suficientemente noble como para no recibir jamás las heridas de una mirada despreciativa, suficientemente rica como para ser envuelta en un resplandor igual al que rodea incluso a los reyes efímeros de las finanzas, suficientemente ingeniosa como para no ser nunca humillada por una broma sutil, y suficientemente bella como para ser la rival de todo su sexo? Estas reflexiones, un hombre las hace en un parpadeo. Pero si la mujer que se las inspira le presenta a la vez, en el futuro de su incipiente pasión, las delicias volubles de la gracia, la ingenuidad de un alma virgen, los mil pliegues del vestido de las coquetas, los peligros del amor, ¿no removerá eso el corazón del hombre más frío? Ésta es la situación en que se hallaba en aquel momento el señor de Montriveau en lo que concierne a la mujer, y el pasado de su vida garantizaba de alguna forma la rareza de este hecho. Arrojado de joven al huracán de las guerras francesas, habiendo siempre vivido en los campos de batalla, no conocía de la mujer más que aquello que un viajero apresurado, que va de albergue en albergue, puede conocer de un país. Quizá hubiera podido decir de su vida lo que Voltaire decía de la suya a los ochenta años, ¿no tenía, acaso, treinta y siete tonterías que reprocharse? Era, a su edad, tan nuevo en amores como lo es un joven que acaba de leer el *Faublas* a escondidas[33]. De la mujer, lo sabía todo; pero del amor no sabía nada; y así su virginidad de sentimiento le suscitaba

deseos del todo nuevos. Algunos hombres, llevados por los trabajos a los que les ha condenado la miseria o la ambición, el arte o la ciencia, como el señor de Montriveau había sido arrastrado por el curso de la guerra y los acontecimientos de su vida, conocen esta situación singular, y raramente la confiesan. En París, todos los hombres deben haber amado. Ninguna mujer quiere lo que ninguna otra haya querido. Del temor a ser tomado por un tonto proceden las mentiras de la fatuidad general en Francia, donde pasar por tonto es no pertenecer al país. En ese momento, el señor de Montriveau fue a la vez embargado por un deseo violento, un deseo aumentado en el calor de los desiertos, y por un movimiento del corazón del que no había aún conocido el abrazo hirviente. Tan fuerte como violento, este hombre supo reprimir sus emociones; pero, mientras charlaba sobre cosas indiferentes, se retiraba a su interior, y se juraba poseer a esa mujer, único pensamiento por el que podía entrar en el amor. Su deseo se convirtió en un juramento hecho a la manera de los árabes con los que había vivido, y para los cuales un juramento es un contrato entre ellos y todo su destino, que subordinan al éxito de la empresa así consagrada, y en la que no contemplan ni a su propia muerte más que como otro medio para el éxito. Un joven se habría dicho: «¡Yo quisiera tener a la duquesa de Langeais como amante!». Otro: «¡Quien sea amado por la duquesa de Langeais será un granuja afortunado!». Pero el general se dijo: «Tendré como amante a la señora de Langeais». Cuando un hombre virgen de corazón, y para quien el amor se hace religión, concibe un pensamiento semejante, no sabe en qué infierno acaba de meter el pie.

El señor de Montriveau huyó bruscamente del salón, y regresó a su casa devorado por los accesos iniciales de su primera fiebre amorosa. Si, hacia la mediana edad un hombre conserva todavía las creencias, las ilusiones, las franquezas, la impetuosidad de la infancia, su primer gesto es, por así decirlo, tender la mano para apropiarse de lo que desea; luego, cuando ha sondeado las distancias casi imposibles de salvar que le separan de ello, es embargado, como los niños, por una especie de asombro o impaciencia que añade valor al objeto deseado, y entonces tiembla o llora. Así, al día siguiente, después de las más tempestuosas reflexiones que le hubieran revuelto el alma, Armand de Montriveau se encontró bajo el yugo de sus

sentidos, lo que concentró la presión de un amor verdadero. Esa mujer tan distantemente tratada la víspera se había convertido al día siguiente en el más santo, el más temido de los poderes. Ella fue desde entonces, para él, el mundo y la vida. Con tan sólo el recuerdo de las más ligeras emociones que ella le había dado, palidecían sus mayores alegrías, sus más vivos dolores antiguamente sufridos. Las revoluciones más rápidas no enturbian más que los intereses del hombre, mientras que una pasión voltea sus sentimientos. Ahora bien, para los que viven más por el sentimiento que por el interés, para los que tienen más alma y sangre que espíritu y linfa, un amor real produce un cambio completo de existencia. De un plumazo, con una sola reflexión, Armand de Montriveau borró toda su vida pasada. Después de preguntarse veinte veces como un niño: «¿Iré? ¿No iré?». Se vistió, llegó al palacete de Langeais hacia las ocho de la tarde, y fue recibido por la mujer —no la mujer, sino el ídolo— que había visto la víspera, entre luces, como una muchacha fresca y pura vestida de gasa, de blondas y de velos. Llegaba impetuosamente para declararle su amor, como si se tratara del primer disparo de cañón en un campo de batalla. ¡Pobre colegial! Encontró a su sílfide vaporosa envuelta en una bata de cachemir marrón hábilmente fruncida, lánguidamente recostada en el diván de un oscuro tocador. La señora de Langeais ni siquiera se levantó, no mostró más que la cabeza, con los cabellos en desorden, aunque recogidos en un velo. Luego, con una mano que, en el claroscuro producido por la temblorosa luz de una sola vela situada lejos de ella, pareció blanca como una mano de mármol a los ojos de Montriveau, le hizo una seña de sentarse y le dijo con una voz tan suave como lo era el resplandor:

—Si no hubiera sido usted, señor marqués, si hubiera sido un amigo con quien pudiera comportarme sin ceremonia, o un indiferente que me hubiera interesado poco, le habría rechazado. Me encuentra sufriendo terriblemente.

Armand dijo para sí mismo: «Me voy».

—Aunque —dijo ella lanzándole una mirada de fuego que el militar ingenuo atribuyó a la fiebre— no sé si es un presentimiento de su buena visita, a cuya diligencia no puedo ser más sensible, pero desde hace un instante siento que mi cabeza se despeja de sus vapores.

—Entonces puedo quedarme —le dijo Montriveau.

—¡Ah! Me enfadaría de verdad si le viera irse. Me decía ya esta mañana que no debía haberle causado a usted la menor impresión; que habría tomado mi invitación por una de esas frases banales prodigadas al azar por las parisinas, y perdonaba de antemano su ingratitud. Un hombre que llega de los desiertos no está obligado a saber hasta qué punto nuestro faubourg es exclusivo con sus amistades.

Estas graciosas palabras, medio murmuradas, fueron cayendo una a una, como cargadas del sentimiento feliz que parecía dictarlas. La duquesa deseaba tener todos los beneficios de su migraña, y su especulación tuvo un gran éxito. El pobre militar padecía realmente con el falso sufrimiento de aquella mujer. Como Crillon escuchando el relato de la pasión de Jesucristo, estaba dispuesto a sacar su espada contra los vapores[34]. ¡Ah! ¿Cómo entonces atreverse a hablar a aquella enferma del amor que le inspiraba? Armand ya comprendía que era ridículo disparar su amor a quemarropa contra una mujer tan superior. Comprendió en un solo pensamiento todas las delicadezas del sentimiento y las exigencias del alma. Amar, ¿no es acaso saber pleitear, mendigar, esperar? ¿Este amor sentido, no debía ser demostrado? Se encontró con la lengua inmóvil, helada por las conveniencias del noble faubourg, por la majestuosidad de la migraña y por los retraimientos del amor verdadero. Pero ningún poder en el mundo pudo velar las miradas de sus ojos, en los que estallaban el calor, el infinito del desierto, unos ojos tranquilos como los de las panteras, y sobre los que los párpados se bajaban sólo raramente. A ella le gustó mucho esa mirada fija que la bañaba de luz y de amor.

—Señora duquesa —respondió—, temo no saber expresar el reconocimiento que me inspiran sus bondades. En este momento no deseo más que una cosa: el poder de disipar sus sufrimientos.

—Permítame que me deshaga de esto, ahora tengo demasiado calor —dijo ella haciendo saltar con un movimiento lleno de gracia el cojín que le cubría los pies, dejándolos ver con toda claridad.

—Señora, en Asia sus pies valdrían casi diez mil sequines.

—Cumplido de viajero —dijo ella sonriendo.

Esa persona ingeniosa encontraba placer en arrojar al rudo Montriveau a una conversación llena de tonterías, de lugares comunes y sinsentidos,

donde él maniobró, hablando militarmente, como lo hubiera hecho el príncipe Carlos enfrentándose a Napoleón[35]. Se divertía maliciosamente reconociendo la extensión de esa pasión empezada, según el número de bobadas arrancadas a ese principiante, a quien conducía poco a poco hacia un laberinto inextricable donde deseaba abandonarle avergonzado de sí mismo. Empezó, pues, por burlarse de ese hombre, con quien sin embargo le complacía olvidar el tiempo. La duración de una primera visita es a menudo un halago, pero Armand no fue cómplice de ello. El célebre viajero había permanecido en ese tocador desde hacía una hora, charlando de todo, no habiendo dicho nada, sintiendo que no era más que un instrumento que tocaba esa mujer, cuando ella se movió, se sentó, se puso al cuello el velo que tenía en la cabeza, se acodó, le hizo los honores de una completa curación, y llamó para hacer encender las velas del tocador. A la inacción absoluta en la que había permanecido le sucedieron los movimientos más gráciles. Se volvió hacia el señor de Montriveau y le dijo, como respuesta a una confidencia que le acababa de arrancar y parecía interesarla vivamente:

—Quiere burlarse de mí intentando hacerme pensar que no ha amado jamás. He aquí la gran pretensión de los hombres acerca de nosotras. Les creemos. ¡Pura cortesía! ¿Es que no sabemos a qué atenernos por nosotras mismas? ¿Dónde está el hombre que no ha encontrado en su vida una sola ocasión de estar enamorado? Pero les gusta engañarnos, y nosotras les dejamos hacer, pobres tontas que somos, porque sus engaños son al menos homenajes rendidos a la superioridad de nuestros sentimientos, que son la pureza misma.

Esta última frase fue pronunciada con un acento lleno de altivez y orgullo que hizo de ese amante primerizo un proyectil lanzado al fondo de un abismo, y de la duquesa un ángel revoloteando hacia su cielo particular.

—¡Diantre! —exclamó para sí mismo Armand de Montriveau—, ¿cómo me las arreglo para decirle a esta criatura salvaje que la amo?

Lo había dicho ya veinte veces, o más bien la duquesa lo había leído veinte veces en sus miradas, y veía, en la pasión de ese hombre verdaderamente grande, una diversión para ella, un interés que añadir en su vida sin aliciente. Se preparó entonces bien hábilmente para alzar a su alrededor una cierta cantidad de fortificaciones que le haría superar antes de

permitirle la entrada a su corazón. Juguete de sus caprichos, Montriveau debía permanecer estático mientras saltaba de dificultad en dificultad, como salta uno de esos insectos atormentados por un niño, de un dedo al otro, creyendo avanzar, mientras su malicioso verdugo le deja en el mismo lugar. Sin embargo, la duquesa reconoció con un honor inexpresable que ese hombre de carácter no faltaba a su palabra. Armand, en efecto, no había amado jamás. Iba a retirarse descontento de sí mismo, más descontento de ella aún; pero ella vio con alegría un enfurruñamiento que sabía poder disipar con una palabra, una mirada, un gesto.

—¿Vendrá usted mañana por la noche? —le dijo—. Voy al baile, le esperaré hasta las diez.

Al día siguiente Montriveau pasó la mayor parte del día sentado a la ventana de su despacho, y ocupado en fumar una cantidad indeterminada de puros. Pudo alcanzar así la hora de vestirse e ir al palacete de Langeais. Habría sido una gran lástima para alguno de aquellos que conocían el magnífico valor de ese hombre, verle tan empequeñecido, tan tembloroso, saber que aquel pensamiento cuya magnitud podía abrazar mundos, se estrechaba hasta las proporciones del tocador de una amiguita. Pero él se sentía ya tan decaído en su dicha que, para salvar su propia vida, no habría confiado su amor ni a uno de sus amigos íntimos. En el pudor que se apodera de un hombre cuando ama, ¿no existe siempre un poco de vergüenza?, y ¿no sería su pequeñez lo que hace el orgullo de la mujer? En conclusión, ¿no sería una multitud de motivos de este tipo, que las mujeres no reconocen, lo que las lleva a casi todas a revelar las primeras el misterio de su amor, misterio del que quizá se cansan?

—Señor —dijo el ayuda de cámara—, la señora duquesa no está visible, se está vistiendo y le ruega que la espere aquí.

Armand se paseó por el salón estudiando el gusto esparcido en los menores detalles. Admiró a la señora de Langeais asombrándose de las cosas que venían de ella y revelaban sus costumbres, antes de que pudiera captar su persona y sus ideas. Alrededor de una hora después, la duquesa salió de la habitación sin hacer ruido. Montriveau se volvió, la vio andar con la ligereza de una sombra, y se estremeció. Ella fue hacia él, sin decirle a la manera burguesa: «¿Cómo me encuentra?». Estaba segura de sí misma,

y su mirada fija decía: «Me he ataviado así para gustarle». Tan sólo una vieja hada madrina de alguna princesa desconocida, había podido rodear el cuello de esa linda persona con la nube de una gasa cuyos pliegues tenían vivos tonos a los que enaltecía aún más el resplandor de una tez satinada. La duquesa estaba deslumbrante. El azul claro de su vestido, cuyos adornos se repetían en las flores del peinado, parecía otorgar cuerpo, por la riqueza del color, a sus formas frágiles que resultaban del todo aéreas; puesto que, deslizándose con rapidez hacia Armand, hizo volar los dos extremos del chal que colgaba a sus lados, y el valiente soldado no pudo evitar compararla con los bonitos insectos azules que revolotean por encima de las aguas, entre las flores, con las que parecen confundirse.

—Le he hecho esperar —dijo ella con la voz que saben adoptar las mujeres para el hombre a quien quieren gustar.

—Esperaría pacientemente durante una eternidad, si supiera que encontraré a la divinidad bella como lo es usted; pero no es un cumplido hablarle de su belleza, usted no puede ser sensible más que a la adoración. Permítame tan sólo besar su chal.

—¡Ah! ¡Uy! —dijo ella haciendo un gesto de orgullo— le aprecio lo suficiente como para ofrecerle la mano.

Y le tendió la mano, todavía húmeda, para que la besara. Una mano de mujer, en el momento en que esta sale de su baño de fragancia, conserva no sé qué frescura delicada, una suavidad aterciopelada cuya cosquilleante impresión va de los labios al alma. Así, para un hombre prendado que tiene tanta voluptuosidad en los sentidos como amor en el corazón, ese beso, casto en apariencia, puede desatar temibles tormentas.

—¿Siempre me la tenderá así? —dijo humildemente el general, besando con respeto esa mano peligrosa.

—Sí; pero lo dejaremos aquí —respondió ella sonriendo.

Se sentó y pareció bastante torpe al ponerse los guantes, queriendo hacer deslizar la piel, de antemano demasiado estrecha, a lo largo de sus dedos, y observar al mismo tiempo al señor de Montriveau, que admiraba alternativamente a la duquesa y a la gracia de sus gestos reiterados.

—¡Ah! Está bien —dijo ella—, ha sido usted exacto, me gusta la exactitud. Su Majestad dice que es el cumplido de los reyes; pero, en mi

opinión, dicho entre nosotros, la encuentro el más respetuoso de los halagos. ¿No es así?, dígame.

Y le miró de reojo nuevamente para expresarle una decepcionante amistad, al encontrarle mudo de felicidad y tan contento de esas naderías. ¡Ah! La duquesa comprendía de maravilla su oficio de mujer, sabía realzar admirablemente a un hombre a medida que éste se empequeñecía, y recompensarle con huecos halagos a cada paso que daba en su descenso a las bobadas del sentimentalismo.

—No se olvide nunca de venir a las nueve.

—Sí, pero ¿irá usted entonces al baile cada noche?

—¿Qué sé yo? —respondió encogiéndose de hombros con un pequeño gesto infantil, como para admitir que ella era todo capricho y que un amante debía tomarla así.

—Por otra parte —prosiguió—, ¿qué le importa? Me llevará usted.

—Esta noche —dijo él— será difícil, no voy vestido adecuadamente.

—Me parece —respondió ella mirándole con orgullo— que si a alguien le toca sufrir con vuestra vestimenta, ésa sería yo. Pero sepa, señor viajero, que el hombre de quien acepto el brazo está siempre por encima de la moda, nadie osaría criticarle. Veo que no conoce la sociedad, por lo que me gusta todavía más.

Y ya le arrojaba a las pequeñeces mundanas, tratando de iniciarle en las vanidades de una mujer a la moda.

«Si ella quiere hacer una tontería por mí» —se dijo Armand a sí mismo — «sería bien bobo de evitarlo. Me ama sin duda, y ciertamente no desprecia la sociedad más de lo que la desprecio yo mismo. ¡Vamos pues al baile!».

La duquesa pensaba sin duda que, viendo al general seguirla al baile en botas y corbata negra, nadie dudaría en creerle apasionadamente enamorado de ella.

Feliz de ver a la reina del mundo elegante queriendo arriesgarse por él, el general encontró ingenio en la esperanza que tenía. Seguro de gustar, desplegó sus ideas y sus sentimientos, sin sentir la restricción que en la víspera le había incomodado el alma. Esa conversación sustancial, animada, llena de esas primeras confidencias tan dulces de decir como de oír, ¿había

seducido a la señora de Langeais, o ésta ya había concebido tan encantadora coquetería? Pero ella miró maliciosamente el péndulo cuando sonó medianoche.

—¡Ah! ¡Hace usted que me pierda el baile! —dijo expresando sorpresa y despecho por haberse distraído. Y entonces justificó aquel cambio en sus gozos con una sonrisa que hizo saltar el corazón de Armand.

—Pero se lo había prometido a la señora de Beauséant —añadió—. Todos me esperan.

—Pues, bien, vaya.

—No, continúe —dijo ella—. Me quedo. Sus aventuras en Oriente me cautivan. Cuénteme toda su vida. ¡Me gusta participar de los sufrimientos padecidos por un hombre de valor, ya que yo también los siento, de veras! —Jugaba con su chal, lo retorcía, lo rasgaba con movimientos de impaciencia que parecían acusar un descontento interior y profundas reflexiones—. No valemos nada nosotras —prosiguió—. ¡Ah! Somos indignas, egoístas, frívolas. No sabemos más que aburrirnos a fuerza de diversiones. Ninguna de nosotras comprende su papel en la vida. En otros tiempos, en Francia las mujeres eran luces benefactoras, vivían para consolar a los que lloran, alentar las grandes virtudes, recompensar a los artistas y animar su vida con pensamientos nobles. Si el mundo se ha vuelto tan pequeño, nuestra es la culpa. Usted me hace odiar esta sociedad y el baile. No, no sacrifico gran cosa por usted. —Acabó de destrozar su chal, como un niño que, jugando con una flor, termina arrancándole todos los pétalos; lo enrolló, lo lanzó lejos de sí, y pudo así mostrar su cuello de cisne —. Entonces llamó. No voy a salir —dijo a su ayuda de cámara—. Luego volvió a posar tímidamente sus grandes ojos azules sobre Armand, de forma que le hiciera entender, por el temor que expresaban, esta orden como una confesión, como un primer, como un gran favor. Ha sufrido muchas penas —dijo después de una pausa llena de pensamientos y con esa ternura que a menudo se encuentra en la voz de las mujeres sin hallarse en el corazón.

—No —respondió Armand—. Hasta hoy no sabía lo que era la felicidad.

—Entonces, ya lo sabe —dijo ella mirándole de soslayo con un aire hipócrita y astuto.

—Pero para mí, desde este momento, ¿la dicha no es verla, escucharla?… Hasta ahora simplemente había sufrido, y ahora comprendo que puedo ser desgraciado…

—Basta, basta —dijo ella— váyase, es medianoche, respetemos las conveniencias. No he ido al baile, usted estuvo aquí. No demos que hablar. Adiós. No sé qué diré, pero la migraña es buena persona y jamás causa desmentidos.

—¿Hay baile mañana? —preguntó él.

—Creo que se acostumbraría a ello. Pues bien, sí, mañana iremos otra vez al baile.

Armand se marchó siendo el hombre más feliz del mundo, y fue todas las noches a casa de la señora de Langeais a la hora que, por una especie de convención tácita, le fue reservada. Sería tedioso, y una redundancia para una multitud de jóvenes que tienen bellos recuerdos de este tipo, que hiciéramos avanzar este relato paso a paso, tal como avanzaba el poema de esas conversaciones secretas, el curso de las cuales progresa o se retrasa, al antojo de una mujer, con una riña de palabras cuando el sentimiento va demasiado de prisa, o con un lamento sobre los sentimientos cuando las palabras ya no responden a su pensar. Por ello, para medir el progreso de esta obra al estilo de Penélope, quizá haría falta atenerse a las expresiones materiales del sentimiento[36]. Así, algunos días después del primer encuentro entre la duquesa y Armand de Montriveau, el asiduo general había conquistado en toda propiedad el derecho de besar las insaciables manos de su amante. Dondequiera que fuera la señora de Langeais, se veía inevitablemente al señor de Montriveau, a quien ciertas personas nombraron, bromeando, *el ordenanza de la duquesa.* La posición de Armand ya le había generado envidiosos, celosos, enemigos. La señora de Langeais había alcanzado su objetivo. El marqués se confundía entre sus numerosos admiradores, y le servía para humillar a aquellos que se jactaban de poseer su confianza, al cederle públicamente el paso por encima de todos los demás.

—Decididamente —decía la señora de Sérizy—, el señor de Montriveau es el hombre a quien la duquesa distingue más.

¿Quién no sabe en París lo que significa *ser distinguido por una mujer*? Las cosas estaban, así, perfectamente en regla. Lo que se solía contar sobre el general le hacía tan temible que los jóvenes hábiles abdicaron tácitamente de sus pretensiones hacia la duquesa, y sólo permanecieron en su círculo para sacar provecho la importancia que adquirían con ello: para servirse de su nombre, de su persona, para arreglárselas mejor con ciertas damas de segundo orden, encantadas de quitarle un amante a la señora de Langeais. La duquesa tenía el ojo suficientemente perspicaz como para percibir esas deserciones y esos arreglos de los que su orgullo no le permitía ser víctima. Entonces sabía, según decía el señor príncipe de Talleyrand, que la quería mucho, obtener una venganza renovada por medio de palabras de doble filo con las que asestaba un golpe a esas uniones *morganáticas.* No era en absoluto mediocre la forma en que su desdeñosa burla contribuía a hacerla temer y pasar por una persona excesivamente ingeniosa. Consolidaba así su reputación de virtuosa, divirtiéndose con los secretos ajenos, sin dejar penetrar en los suyos. Sin embargo, después de dos meses de asiduidades, tenía en el fondo del alma una especie de miedo vago viendo que el señor de Montriveau no comprendía nada de las sutilezas de la coquetería *faubourg-Saint-Germanesque,* y tomaba en serio las melindrerías parisinas[37]. «Ése, mi querida duquesa» —le había dicho el viejo vídamo de Pamiers— «es primo-hermano de las águilas; no lo podrá domesticar, y se la llevará a su nido si no tiene cuidado». Al día siguiente de la noche en que el astuto viejo le hubo dicho estas palabras, en las que la señora de Langeais temió hallar una profecía, intentó hacerse odiar y se mostró dura, exigente, nerviosa, detestable para Armand, que la desarmó con una dulzura angelical. Esa mujer conocía tan poco la amplia bondad de los grandes caracteres, que se sintió emocionada por las bromas graciosas que respondieron de entrada a sus quejas. Buscaba una riña pero encontró pruebas de afecto. Así que persistió.

—¿En qué —le dijo Armand— ha podido disgustarle un hombre que la idolatra?

—Usted no me disgusta —respondió ella volviéndose a la vez dulce y sumisa—; pero, ¿por qué me quiere comprometer? No debe ser más que un a*migo* para mí. ¿No lo sabe? Quisiera verle el instinto, las delicadezas de la

amistad verdadera, con el fin de no perder ni su estima ni los placeres que siento a su lado.

—¿No ser más que su *amigo*? —exclamó el señor de Montriveau, en cuya cabeza esa terrible palabra producía descargas eléctricas—. Yo me duermo y me despierto en su corazón con la fe de las horas dulces que usted me otorga; y hoy, sin motivo, disfruta matando gratuitamente las esperanzas secretas que me hacen vivir. Después de haberme hecho prometer tanta constancia, y habiendo mostrado tanto horror por las mujeres que no tienen más que caprichos, ¿quiere hacerme entender que, igual que todas las mujeres de París, usted tiene pasiones, pero carece de amor? Entonces, ¿por qué me ha pedido la vida?, y ¿por qué la ha aceptado?

—Me equivoqué, amigo mío. Sí, una mujer se equivoca dejándose llevar por tales arrebatos cuando no puede ni debe recompensarlos.

—Comprendo; usted sólo ha sido ligeramente coqueta, y…

—¿Coqueta?… odio la coquetería. Ser coqueta, Armand, es comprometerse con varios hombres y no darse jamás. Entregarse a todos es libertinaje. Esto es lo que he creído comprender de nuestras costumbres. Pero comportarse melancólicamente con los taciturnos, alegremente con los despreocupados, políticamente con los ambiciosos, escuchar con una aparente admiración a los charlatanes, ocuparse de la guerra con los militares, ser una apasionada por el bien del país con los filántropos, otorgar a cada uno su pequeña dosis de halagos, todo esto me parece tan necesario como ponernos flores en el cabello, diamantes, guantes y vestidos. El discurso es la parte moral del aseo, se toma y se deja con el tocado de plumas. ¿A esto le llama coquetería? Yo no le he tratado nunca como trato a todo el mundo. Con usted, amigo, soy verdadera. No siempre he compartido sus ideas, y cuando me ha convencido, después de una discusión, ¿no me ha visto feliz por ello? En fin, yo le amo, pero sólo como le está permitido amar a una mujer religiosa y pura. He reflexionado. Estoy casada, Armand. Si el modo en que vivo con el señor de Langeais me deja la disposición de mi corazón, las leyes y las convenciones me han quitado el derecho de disponer de mi persona. Sea cual sea la categoría donde se la sitúe, una mujer deshonrada se ve expulsada de la sociedad, y no conozco aún ningún ejemplo de un hombre que haya sabido a qué le comprometen nuestros

sacrificios. Es más, la ruptura que todos prevén entre la señora de Beauséant y el señor de Ajuda, de quien se dice que se casa con la señorita de Rochefide, me ha demostrado que estos mismos sacrificios son casi siempre la causa de vuestro abandono[38]. ¡Si me amase sinceramente, dejaría de verme durante algún tiempo! Yo me desnudaré para usted de toda vanidad; ¿no es algo? ¿Qué se dice de una mujer a quien ningún hombre se ata? ¡Ah! Que no tiene corazón, ni espíritu, ni alma y, sobre todo, que no tiene encanto. ¡Oh! Las coquetas no me harán ningún favor, me arrebatarán las cualidades que les ofende encontrar en mí. Si me queda mi reputación, ¿qué me importa ver a mis rivales disputar mis ventajas? Ellas no las heredarán. Vamos, amigo mío, ¡dele algo a quien le sacrifica tanto! Venga más ocasionalmente, no le amaré menos por ello.

—¡Ah! —respondió Armand con la profunda ironía de un corazón herido— ¡El amor, según los escritorzuelos, no se alimenta más que de ilusiones! Ya veo que nada es más cierto y tendré que imaginarme que soy amado. Pero, mire, hay pensamientos como heridas de los que uno no se recupera: usted era una de mis últimas creencias, y me doy cuenta en este momento, de que todo es falso en esta vida.

Ella se puso a sonreír.

—Sí —prosiguió Montriveau con voz alterada—, su fe católica, a la que me quiere convertir, es una mentira de los hombres, la esperanza es una mentira fundamentada en el futuro, el orgullo es una mentira de nosotros hacia nosotros, la piedad, la sabiduría, el terror, son cálculos mentirosos. Mi felicidad será entonces también una mentira, hace falta que me contenga y consienta siempre a dar un luis a cambio de un escudo. Si puede librarse de verme tan fácilmente, si no me admite ni como amigo ni como amante, ¡es que no me quiere! Y yo, pobre loco, me lo digo; lo sé, y aun así amo.

—Pero, Dios mío, mi pobre Armand, se deja llevar.

—¿Me dejo llevar?

—Sí, cree que todo está en duda porque le hablo de prudencia.

En el fondo, ella estaba encantada con la cólera que se desbordaba en los ojos de su amante. En ese momento, le atormentaba; pero le juzgaba fijándose en las más mínimas alteraciones de su fisionomía. Si el general hubiera tenido la desgracia de mostrarse generoso sin discusión, como les

ocurre a veces a ciertas almas cándidas, habría sido desterrado para siempre, afectado y convencido de no saber amar. La mayoría de las mujeres quieren sentir su moral violada. ¿No es uno de sus halagos el de jamás ceder, salvo a la fuerza? Pero Armand no estaba lo suficientemente instruido como para percibir la trampa hábilmente preparada por la duquesa. ¡Los hombres fuertes que aman tienen tanta infancia en el alma!

—Si no quiere más que guardar las apariencias —dijo con inocencia—, estoy dispuesto a…

—Nada más que guardar las apariencias —exclamó ella interrumpiéndole—, ¿pero qué ideas se hace de mí? ¿Le he dado el menor derecho a pensar que yo pueda pertenecerle?

—Ah, es eso. ¿De qué estamos hablando, entonces? —preguntó Montriveau.

—Señor, me asusta. No, perdón, le doy las gracias —siguió con un tono frío—, gracias, Armand: me advierte a tiempo de una imprudencia involuntaria, créalo, amigo mío. Diga, ¿sabe sufrir? Yo también sabré. Dejaremos de vernos; entonces, cuando el uno y el otro hayamos sabido recobrar un poco de calma, pensaremos en componernos una felicidad de acuerdo con la sociedad. Soy joven, Armand, un hombre sin delicadeza provocaría hacer muchas bobadas y disparates a una mujer de veinticuatro años. Pero usted, usted será mi amigo, prométamelo.

—La mujer de veinticuatro años —respondió él— sabe calcular. —Se sentó en el diván del tocador, y permaneció con la cabeza apoyada en las manos—. ¿Me ama, señora? —Preguntó levantando la cabeza y mostrándole un rostro lleno de resolución—. Dígalo con valor: sí o no.

La duquesa se sintió más aterrorizada con esta interrogación que con una amenaza de muerte, ardid vulgar del que se asustan pocas mujeres en el siglo XIX, viendo que los hombres ya no llevan la espada al costado; pero ¿no existen alteraciones de las pestañas, de las cejas, contracciones en la mirada, temblores de labios que comunican el terror que expresan de modo igualmente vivo y magnético?

—¡Ah! —dijo ella—. Si fuera libre, si…

—¡Eh! ¿Es sólo su marido el que nos estorba? —exclamó alegremente el general paseándose a grandes pasos por el tocador—. Mi querida

Antoinette, poseo un poder más absoluto que el autócrata de todas las Rusias. Me entiendo con la Fatalidad; puedo, socialmente hablando, avanzarla o retrasarla a mi antojo, como quien arma un reloj. Dirigir la Fatalidad, en nuestra máquina política, ¿no es simplemente conocer sus engranajes? Dentro de poco, usted será libre, acuérdese entonces de su promesa.

—Armand —exclamó ella—, ¿qué quiere decir? ¡Dios mío! ¿Cree que yo podría ser beneficiaria de un crimen? ¿Quiere usted mi muerte? ¿Pero usted no tiene religión en absoluto? Yo temo a Dios. Aunque el señor de Langeais me haya dado el derecho de odiarle, no le deseo ningún mal.

El señor de Montriveau, que hacía sonar maquinalmente la retirada con los dedos sobre el mármol de la chimenea, se contentó con mirar a la duquesa con un aire tranquilo.

—Amigo mío —continuó ella—, respétele. No me ama, no es adecuado para mí, pero tengo deberes que cumplir hacia él. Para evitar las desgracias con que le amenaza usted, ¿qué no haría yo?

—Escuche —retomó después de una pausa—, no le hablaré más de separación, venga como hasta ahora, yo le ofreceré siempre mi frente para besarla; si lo rechacé alguna vez, fue por pura coquetería, en realidad. Pero entendámonos —dijo ella viéndole acercarse—. Permítame aumentar el número de mis admiradores, y recibir por la mañana aún más que en el pasado: quiero que todo resulte más informal, quiero tratarle muy mal en apariencia, fingir una ruptura; usted vendrá un poco menos a menudo; y entonces, después de…

Diciendo estas palabras, se dejó agarrar por la cintura y pareció sentir, así presionada por Montriveau, el placer excesivo que encuentran la mayoría de las mujeres en esa presión, en la que todos los placeres del amor parecen prometerse; entonces deseó sin duda que él le hiciera alguna confidencia, pues se alzó sobre la punta de los pies para llevar su frente bajo los labios ardientes de Armand.

—Luego —prosiguió Montriveau— no me hable más de su marido: no debe pensar más en él.

La señora de Langeais guardó silencio.

—Al menos —dijo ella tras una pausa expresiva—, ¿hará todo lo que yo quiera, sin rechistar, sin ser malo, diga, amigo mío? ¿No habrá querido asustarme? Entonces, ¡vamos, admítalo!… es demasiado bueno como para concebir pensamientos criminales. Pero, ¿tendría entonces secretos que yo no conozca? ¿Cómo puede dominar el destino?

—En el momento en que confirma la entrega que me ha hecho ya de su corazón, estoy demasiado contento como para saber lo que le responderé. Tengo confianza en usted, Antoinette, no tendré ni sospechas ni falsos celos. Pero si el azar la deja libre, estamos unidos…

—El azar, Armand —dijo ella haciendo uno de esos bonitos gestos de cabeza que parecen llenos de cosas y que este tipo de mujeres lanzan a la ligera, como una cantante juega con su voz—. El mero azar —continuó—. Sépalo bien: si sucediera por su culpa alguna desgracia al señor de Langeais, jamás seré suya.

Se separaron contentos el uno y el otro. La duquesa había hecho un pacto que le permitía demostrar al mundo, con sus palabras y sus acciones, que el señor de Montriveau no era su amante. En cuanto a él, la astuta se prometía fatigarle sin concederle otros favores que los que obtenía por sorpresa en las pequeñas luchas cuyo rumbo ella detenía a su antojo. Ella sabía revocar tan encantadoramente al día siguiente las concesiones consentidas la víspera; estaba tan seriamente decidida a permanecer físicamente virtuosa, que no veía ningún peligro en los preliminares temibles sólo para las mujeres muy enamoradas. En fin, una duquesa separada de su marido ofrecía poca cosa al amor, sacrificándole un matrimonio anulado desde hacía tiempo. Por su lado, Montriveau, contento de alcanzar la más vaga de las promesas y de desestimar para siempre las objeciones que una esposa obtiene de la fe conyugal para rechazar el amor, se aplaudía por haber conquistado aún un poco más de terreno. También, durante algún tiempo, abusó de los derechos de usufructo que le habían sido tan difícilmente otorgados. Más niño de lo que hubiera sido jamás, ese hombre se dejaba llevar por todas las chiquilladas que hacen del primer amor la flor de la vida. Se empequeñecía esparciendo su alma y todas las fuerzas frustradas de su pasión sobre las manos de esa mujer, sobre sus cabellos rubios cuyos bucles esponjosos besaba, sobre esa frente

resplandeciente que veía pura. Inundada de amor, vencida por los efluvios magnéticos de un sentimiento tan ardiente, la duquesa vaciló en hacer surgir la disputa que debía separarles para siempre. Esa criatura enclenque era más mujer de lo que creía, intentando conciliar las exigencias de la religión con las vivaces emociones de la vanidad, con las apariencias de placer que hacen perder la cabeza a las parisinas. Cada domingo oía misa, no se perdía nunca un oficio; después, por la noche, se sumergía en las embriagadoras voluptuosidades que procuran los deseos reprimidos sin cese. Armand y la señora de Langeais se parecían a esos faquires de la India que son recompensados por su castidad con las tentaciones que ella misma les proporciona. Puede ser también que la duquesa hubiera terminado por resolver el amor con esas caricias fraternales, que habrían parecido sin duda inocentes a todo el mundo, pero a las que las libertades de su pensamiento prestaban depravaciones excesivas. ¿Cómo explicar de otra forma el misterio incomprensible de sus perpetuas fluctuaciones? Todas las mañanas se proponía cerrarle la puerta al marqués de Montriveau; después, todas las noches, a la hora acordada, se dejaba hechizar por él. Después de una blanda resistencia, se mostraba menos cruel; su conversación se volvía suave, untuosa; sólo dos amantes podían estar así. La duquesa exhibía su espíritu más centelleante, sus coqueterías más arrebatadoras; entonces, cuando había irritado el alma y los sentidos de su amante, si la agarraba, deseaba dejarse romper y torcer por él, pero tenía su *nec plus ultra* de pasión; y cuando él llegaba a ese punto, se enfadaba siempre si, dominado por su fogosidad, hacía ademán de franquear las barreras. Ninguna mujer osa negarse sin motivo al amor, nada es más natural que ceder a él; así pues, la señora de Langeais se rodeó pronto de una segunda línea de fortificaciones más difícil de superar de lo que lo fue la primera. Evocó los terrores de la religión. Nunca el Padre de la Iglesia más elocuente defendió mejor la causa de Dios; jamás las venganzas del Altísimo fueron mejor justificadas que por la voz de la duquesa. No empleaba ni frases de sermón ni amplificaciones de retórica. No, ella tenía su propio *pathos.* Respondía con una mirada húmeda de lágrimas, con un gesto que peinaba una horrible plenitud de sentimientos, a la más ardiente súplica de Armand; le hacía

callar al pedirle clemencia; una palabra más y no querría escucharle, sucumbiría, y la muerte le parecía preferible a una felicidad criminal.

—¿Es que desobedecer a Dios no es nada? —le decía recuperando una voz debilitada por los combates interiores sobre los que la bonita comediante parecía tomar, con dificultad, un control pasajero—. Le sacrificaría los hombres, la tierra entera, con mucho gusto; pero es muy egoísta al pedirme todo mi futuro por un momento de placer. ¡Vamos! A ver, ¿no es usted feliz? —añadía, tendiéndole la mano y mostrándose a él en un picardías, que desde luego ofrecía a su amante las consolaciones que siempre se cobraba.

Si, para retener a un hombre cuya ardiente pasión le daba emociones insólitas, o si, por debilidad, se dejaba robar un beso apresurado, enseguida fingía el miedo, se sonrojaba y desterraba a Armand de su sofá en el momento en que éste resultaba peligroso para ella.

—Sus placeres son los pecados que expío, Armand; me cuestan penitencias, remordimientos —exclamaba.

Cuando Montriveau se veía a dos sillas de esa falda aristocrática, se ponía a blasfemar, refunfuñaba contra Dios. La duquesa entonces se enfadaba.

—Pero, amigo mío —decía secamente— no comprendo por qué rechaza creer en Dios, si es imposible creer en los hombres. Cállese, no hable así; tiene el alma demasiado grande para abrazar las tonterías del liberalismo, que tiene la pretensión de matar a Dios.

Las discusiones teológicas y políticas le servían como duchas para calmar a Montriveau, que ya no sabía volver al amor cuando ella excitaba su cólera, lanzándole a mil leguas de ese tocador con las teorías del absolutismo que ella defendía a la perfección. Pocas mujeres se atreven a ser demócratas, porque están entonces en contradicción con su despotismo en materia de sentimientos. Pero también a menudo el general sacudía su melena, dejaba la política, rugía como un león, batía sus flancos, se lanzaba sobre su presa, volvía fiero de amor a su amante, incapaz de mantener corazón y pensamiento mucho tiempo en conflicto. Si esa mujer se sentía picada por una fantasía suficientemente incitante como para comprometerla, sabía salir entonces de su tocador: dejaba el ambiente cargado de deseos

que allí respiraba, se iba a su salón, se ponía al piano, cantaba las melodías más deliciosas de la música moderna, y engañaba así al amor de los sentidos, que a veces no se apiadaba de ella, pero al que tenía fuerzas para vencer. En esos momentos estaba sublime a ojos de Armand: no fingía, era sincera, y el pobre amante se creía amado. Esa resistencia egoísta le hacía verla como una santa y virtuosa criatura, y se resignaba, ¡y el mismísimo general de artillería hablaba de amor platónico! Cuando hubo jugado lo suficiente con la religión por su interés personal, la señora de Langeais lo hizo en interés de Armand: quiso devolverle a los sentimientos cristianos, le rehízo *El genio del Cristianismo* al uso de los militares[39]. Montriveau se impacientó, encontró su yugo pesado. ¡Oh! Entonces, por espíritu de contradicción, ella le metía a Dios en la cabeza para ver si Dios la liberaría de un hombre que iba hacia su objetivo con una constancia que empezaba a asustarla. Por lo demás, le gustaba prolongar cualquier discusión que pareciera eternizar la lucha moral, tras la cual venía una lucha material, en otro sentido peligrosa.

Pero si la oposición hecha en nombre de las leyes del matrimonio representa la *época civil* de esa guerra sentimental, ésta constituiría la *época religiosa,* y tuvo, como la precedente, una crisis tras la cual su rigor debía disminuir. Una tarde, Armand, llegado fortuitamente muy temprano, encontró al señor abad Gondrand, director espiritual de la señora de Langeais, acomodado en un sillón al lado de la chimenea, como un hombre que digiriera su cena y los bonitos pecados de su penitente. La vista de ese hombre con el rostro fresco y reposado, con la frente en calma, la boca ascética, la mirada maliciosamente inquisidora, que tenía una verdadera nobleza eclesiástica en su compostura, y ya en su vestimenta el violeta episcopal, ensombreció singularmente el semblante de Montriveau que no saludó a nadie y permaneció silencioso. Fuera de su amor, el general no carecía de tacto; adivinó pues, intercambiando algunas miradas con el futuro obispo, que ese hombre era el promotor de las dificultades con que el amor de la duquesa se armaba contra él. ¿Un ambicioso abad manejaba y retenía la felicidad de un hombre enérgico como lo era Montriveau? Este pensamiento hirvió en su cara, le crispó los dedos, le hizo levantarse, andar, patalear; entonces, cuando volvió a su lugar, con la intención de explotar,

una sola mirada de la duquesa bastó para calmarle. La señora de Langeais, en absoluto avergonzada del negro silencio de su amante, por el que toda otra mujer se hubiera molestado, continuó conversando muy espiritualmente con el señor Gondrand sobre la necesidad de restablecer la religión en su antiguo esplendor. Expresaba mejor que el abad el por qué la Iglesia debía ser un poder a la vez temporal y espiritual, y se lamentaba de que la Cámara de los Pares no tuviera aún su *banco de los obispos*, como la Cámara de los Lores tenía el suyo[40]. Sin embargo el abad, sabiendo que la cuaresma le permitía tomarse la revancha, cedió su sitio al general y salió. La duquesa apenas se levantó para devolver a su director la humilde reverencia que recibió de él, de tan intrigada que estaba con la actitud de Montriveau.

—¿Qué tiene, amigo mío?

—Tengo a su abad en el estómago.

—¿Por qué no ha cogido un libro? —le dijo ella sin preocuparse de ser oída o no por el abad, que cerraba la puerta.

Montriveau permaneció mudo durante un momento, ya que la duquesa había acompañado esa palabra de un gesto que realzó aún su profunda impertinencia.

—Mi querida Antoinette, le agradezco que le dé al Amor paso sobre la Iglesia; pero, por piedad, permítame que le haga una pregunta.

—¡Ah! Va a interrogarme. Me gusta —contestó ella—. ¿No es mi amigo? Puedo, desde luego, mostrarle el fondo de mi corazón, no verá más que una imagen.

—¿Le habla a ese hombre de nuestro amor?

—Es mi confesor.

—¿Sabe que la amo?

—Señor de Montriveau, ¿no pretenderá, creo yo, penetrar en los secretos de mi confesión?

—Así que este hombre conoce todas nuestras discusiones y mi amor por usted…

—¡Un hombre, señor! Diga más bien Dios.

—¡Dios! ¡Dios! Debo estar solo en su corazón. Pero deje a Dios tranquilo allí donde se encuentre, por el amor de él y por el mío. Señora,

usted no irá más a confesión, o…

—¿O? —dijo ella sonriendo.

—O ya no volveré.

—Váyase, Armand. Adiós, adiós para siempre.

Se levantó y se fue a su tocador, sin lanzar ni una sola mirada a Montriveau, que permaneció de pie, con la mano apoyada en una silla. ¿Cuánto tiempo se quedó así?, ni siquiera él lo supo. El alma tiene el poder desconocido tanto de extender como de estrechar el espacio. Abrió la puerta del tocador. Se hacía de noche. Una voz débil se volvió fuerte para decir agriamente:

—No he llamado. Entonces, ¿por qué entra sin orden? Suzette, déjeme.

—¿Estás sufriendo, pues? —exclamó Montriveau.

—Levántese, señor —respondió ella llamando al personal— y salga de aquí, al menos por un momento.

—La señora duquesa pide luz —dijo él al ayuda de cámara, que vino al tocador para encender las velas.

Cuando los dos amantes estuvieron solos, la señora de Langeais permaneció acostada en su diván, muda, inmóvil, absolutamente como si Montriveau no estuviera allí.

—Querida —dijo él con un tono de dolor y de bondad sublime—, me he equivocado. Yo no te querría, desde luego, sin religión…

—Es bueno —replicó ella sin mirarle y con una voz dura— que usted reconozca la necesidad de la conciencia. Se lo agradezco por Dios.

Aquí el general, abatido por la inclemencia de esa mujer, que sabía convertirse a voluntad en una extraña o en una hermana para él, dio un paso de desesperación hacia la puerta, e iba a abandonarla para siempre sin decirle ni una sola palabra. Sufría, y la duquesa se reía para sí misma de los sufrimientos causados por una tortura moral bastante más cruel de lo que lo fuera antiguamente la tortura judicial. Pero ese hombre no era dueño de irse. En todo tipo de crisis, una mujer se encuentra de algún modo cargada de una cierta cantidad de palabras; y cuando no las ha dicho, tiene la misma sensación que da ver algo incompleto. La señora de Langeais, que no lo había dicho todo, retomó la palabra.

—No tenemos las mismas convicciones, general, estoy apenada por ello. Sería horrible para la mujer no creer en una religión que permita amar más allá de la tumba. Pongo aparte los sentimientos cristianos, usted no los comprende. Déjeme sólo hablarle de conveniencias. ¿Quiere usted prohibir a una mujer de la corte la *santa mesa* cuando es necesario acercarse a ella en Pascua? Uno debe saber hacer algo para su partido. Los liberales no matarán el sentimiento religioso, a pesar de su deseo. La religión será siempre una necesidad política. ¿Usted se encargaría de gobernar un pueblo de razonadores? Napoleón no se atrevió, persiguió a los ideólogos. Para disuadir a los pueblos de razonar, hace falta imponerles sentimientos. Aceptemos entonces la religión católica con todas sus consecuencias. Si queremos que Francia vaya a misa, ¿no debemos empezar por ir nosotros mismos? La religión, Armand, es como ve el vínculo de los principios conservadores que permiten a los ricos vivir tranquilos. La religión está íntimamente relacionada con la propiedad. Ciertamente es más bello conducir a los pueblos por las ideas morales que por los cadalsos —como en tiempos del Terror—, el único medio que vuestra detestable revolución inventó para hacerse obedecer[41]. El sacerdote y el rey, es usted, soy yo, es mi vecina la princesa; es en una palabra todos los intereses de la gente honesta personificados. Vamos, amigo mío, sea pues de su partido, usted que podría convertirse en su Sylla[42], si tuviera la más mínima ambición. Desconozco la política, y la razono por sentimiento; pero sé sin embargo lo suficiente como para adivinar que la sociedad sería derribada si sus bases fuesen cuestionadas en todo momento…

—Si su corazón, si su gobierno piensan así, me da lástima —dijo Montriveau—. Señora, la Restauración debe decirse, como hizo Catalina de Medicis cuando creyó perdida la batalla de Dreux: «Bien, iremos a predicar!»[43]. Ahora bien, 1815 es su batalla de Dreux. Como el trono de aquel tiempo, ustedes han ganado de hecho pero perdido en derecho. El protestantismo político es victorioso en las almas. Si no quieren hacer un edicto de Nantes[44]; o si, haciéndolo, lo revocan; si un día están afectados y convencidos de que ya no quieren la Carta[45], que no es más que una garantía dada al mantenimiento de los intereses revolucionarios, la Revolución se levantará terrible, y no dará más que un solo golpe; no será

ella quien se marche de Francia, donde es el suelo mismo. Los hombres se dejan matar, pero no los intereses… ¡Ay! Dios mío, ¿qué más me dan Francia, el trono, la legitimidad, el mundo entero? Son pamplinas, al lado de mi felicidad. Reinad, sed derrocados, poco me importa. ¿Dónde estoy, pues?

—Amigo mío, usted está en el tocador de la señora duquesa de Langeais.

—¡No, no, basta de duquesa, basta de Langeais, estoy cerca de mi querida Antoinette!

—¿Quiere usted hacerme el favor de quedarse donde está? —dijo ella riendo y empujándole, pero sin violencia.

—Entonces, jamás me ha amado —dijo él con una rabia que surgía de sus ojos en relámpagos.

—No, no, amigo mío.

Este «no» valía por un «sí».

—¡Qué bobo soy! —respondió él besando la mano de esa terrible reina reconvertida en mujer.

—Antoinette —prosiguió apoyando la cabeza en sus pies—, eres demasiado castamente tierna como para contar nuestra felicidad a cualquiera en este mundo.

—¡Ah! Está usted muy loco —dijo ella levantándose con un movimiento gracioso, aunque rápido. Y sin añadir una palabra, corrió hacia el salón.

—¿Qué le pasa, entonces? —inquirió el general, que no se figuraba el poder de las conmociones que su cabeza ardiente había comunicado, eléctricamente, de los pies a la cabeza de su amante.

En el momento en que él llegó furioso al salón, oyó acordes celestiales. La duquesa estaba al piano. Los hombres de ciencia o de poesía que pueden a la vez comprender y disfrutar sin que la reflexión perjudique sus placeres, sienten que el alfabeto y la fraseología musicales son instrumentos íntimos del músico, como la madera o el cobre lo son del ejecutor. Para ellos existe una música aparte, al fondo de la doble expresión de este lenguaje sensual de las almas. *Andiamo mio ben* puede arrancar lágrimas de alegría o hacer reír de lástima, según la cantante[46]. A menudo, en cualquier lugar del

mundo, una joven expirando bajo el peso de una pena desconocida, o un hombre cuya alma vibra bajo los pellizcos de una pasión, toman un tema musical y se entienden con el cielo, o se hablan a sí mismos en alguna sublime melodía, en una especie de poema perdido. Ahora bien, el general escuchaba en ese momento una de esas poesías tan desconocidas como lo pueda ser el lamento solitario de un pájaro muerto sin compañía en una selva virgen.

—Dios mío, ¿qué está tocando? —dijo él con una voz emocionada.

—El preludio de un romance llamado, creo, *Fleuve du Tage.*

—No sabía lo que podía llegar a ser una música para piano —respondió él.

—Ay, amigo mío —dijo ella lanzándole por primera vez una mirada de mujer enamorada—, usted tampoco sabe que yo le amo, que me hace sufrir horriblemente, y que tengo que lamentarme sin hacerme comprender demasiado, de otra forma sería suya… pero usted no ve nada.

—Y usted no quiere hacerme feliz.

—Armand, me moriría de dolor al día siguiente.

El general salió bruscamente; pero cuando se encontró en la calle, enjugó dos lágrimas que había tenido la fuerza de contener en sus ojos.

La religión duró tres meses. Cuando expiró el término, la duquesa, aburrida de sus repeticiones, entregó a Dios, atado de manos y pies, a su amante. Quizá temía a fuerza de hablar de eternidad, perpetuar el amor del general en este mundo y en el otro. Por el honor de esa mujer, era necesario creerla virgen, incluso de corazón; a no ser así, resultaría horrible. Ella se hallaba, sin duda, aún lejos de esa edad en que mutuamente hombre y mujer se encuentran demasiado cerca del futuro como para perder el tiempo y fastidiarse los gozos; no estaba sin duda en su primer amor, pero sí en sus primeros placeres. Por falta de poder comparar el bien con el mal, por falta de sufrimientos que le hubieran enseñado el valor de los tesoros echados a sus pies, se burlaba de todo. Desconocedora de las resplandecientes delicias de la luz, se complacía permaneciendo en las tinieblas. Armand, que empezaba a entrever esta extraña situación, tenía esperanza en la primera palabra de la naturaleza. Pensaba, todas las noches, saliendo de la casa de la señora de Langeais, que una mujer no aceptaba durante siete meses los

cuidados de un hombre y las pruebas de amor más tiernas, más delicadas, no se abandonaba a las exigencias superficiales de una pasión, para abandonarla en un momento, y esperaba pacientemente la estación del sol, sin dudar que recogería sus frutos tempranos. Había concebido perfectamente los escrúpulos de la mujer casada y los escrúpulos religiosos. Incluso estaba contento de aquellos combates. Encontraba a la duquesa púdica cuando no era más que horriblemente coqueta; y no la hubiese querido de otro modo. Le gustaba verla inventar obstáculos, ¿no los vencía él gradualmente? y ¿no aumentaba cada triunfo la débil suma de las confianzas amorosas defendidas durante tiempo, y luego concedidas por ella con todas las apariencias del amor? Pero había degustado tanto las modestas y progresivas conquistas en que se complacen los amantes tímidos, que se habían convertido en costumbres para él. En materia de obstáculos, no tenía más que sus propios terrores que vencer, pues no veía más impedimento para su dicha que los caprichos de aquella que se dejaba nombrar *Antoinette.* Resolvió entonces querer más, quererlo todo. Incomodado como un amante aún joven que no osa creer en la disminución de su ídolo, vaciló durante un tiempo y conoció esas terribles reacciones del corazón, las voluntades bien fijadas que una palabra destruye, las decisiones tomadas que expiran al umbral de una puerta. Se despreciaba por no tener la fuerza de decir una palabra, y no la decía. Sin embargo, una noche procedió por una oscura melancolía a la demanda feroz de sus derechos ilegalmente legítimos. La duquesa no esperó al requerimiento de su esclavo para adivinar su deseo. ¿Es secreto alguna vez el deseo de un hombre? ¿No poseen las mujeres la ciencia infusa de ciertas conmociones de la fisionomía?

—¡Vamos! ¿Es que quiere dejar de ser mi amigo? —dijo ella interrumpiéndole a la primera palabra y lanzándole miradas embellecidas por un divino rubor, que goteaba como sangre nueva sobre su tez diáfana—. Para recompensarme por mis generosidades, me quiere deshonrar. Piense un poco, vamos. He reflexionado mucho; siempre pienso en *nosotros*. Existe una honradez de mujer a la que no debemos faltar más de lo que ustedes deban faltar al honor. Yo no sé engañar. Si soy suya, no podría ser de ninguna manera la mujer del señor de Langeais. Está exigiendo entonces el

sacrificio de mi posición, de mi rango, de mi vida, por un dudoso amor que no ha tenido siete meses de paciencia. ¡Cómo! Quisiera arrebatarme la libre disposición de mí misma. No, no, no me hable más así. No, no me diga nada. No quiero, no puedo escucharle.

Entonces, la señora de Langeais se cogió el cabello con las dos manos para llevar hacia atrás los mechones de bucles que le acaloraban la frente y pareció muy animada. Viene al hogar de una débil criatura con los cálculos bien establecidos, diciéndose: «Me hablará de su marido durante cierto tiempo, luego de Dios, luego de las consecuencias inevitables del amor; pero yo usaré, abusaré de la influencia que habré conquistado; me haré necesario; tendré para mí las ataduras de la costumbre, los acuerdos hechos por el público; en fin, cuando el mundo habrá terminado por aceptar nuestra relación, seré el dueño de esta mujer. Sea franco, éstos son sus pensamientos… ¡Ah! ¡Usted calcula y dice amar! ¡Bah! ¡Está enamorado! ¡Ya lo creo! Usted me desea y quiere tenerme como amante, eso es todo. Pues bien, no, *la duquesa de Langeais* no bajará hasta ese punto. Que las ingenuas burguesas sean víctimas de sus falsedades; yo no lo seré jamás. Nada me asegura su amor. Me habla de mi belleza, puedo volverme fea en seis meses, como la querida princesa, mi vecina. Está encantado con mi ingenio, con mi gracia; Dios mío, se acostumbrará a ellos como se acostumbraría al placer. ¿No se ha acostumbrado usted desde hace unos meses a los favores que he tenido la debilidad de concederle? Cuando esté perdida, un día, no me dará otra razón de su cambio que la palabra decisiva: "Ya no la amo". Rango, fortuna, honor, toda la duquesa de Langeais será engullida por una esperanza frustrada. Tendré hijos que atestiguarán mi vergüenza, y… pero —retomó dejando escapar un gesto de impaciencia— soy demasiado buena explicándole lo que sabe mejor que yo. ¡Vamos! ¡Dejémoslo aquí! Soy feliz de poder romper aún las ataduras que usted cree tan fuertes. ¿Hay algo tan heroico como venir al palacete de Langeais a pasar cada noche algunos instantes con una mujer cuyo parloteo le place, con quien se divierte como con un juguete? Pero algunos jóvenes vanidosos se presentan en mi casa de las tres a las cinco, tan regularmente como usted viene al atardecer. Son muy generosos. Me burlo de ellos y soportan bastante tranquilamente mis bromas, mis impertinencias, y me hacen reír;

mientras que usted, a quien otorgo los más preciados tesoros de mi alma, usted quiere perderme, y me causa mil contratiempos».

—Cállese, basta, basta —dijo ella al verle listo para hablar—, no tiene ni corazón, ni alma, ni delicadeza. Sé lo que me quiere decir. ¡De acuerdo!, sí. Prefiero que me vea como una mujer fría, insensible, sin bondad, sin siquiera corazón, que pasar por una mujer ordinaria a los ojos del mundo, que ser condenada a las penas eternas tras haber sido condenada a sus supuestos placeres, que ciertamente le fatigarán. Su amor egoísta no vale tantos sacrificios…

Estas palabras representan imperfectamente aquellas que canturreó la duquesa con la vivaz prolijidad de una *serinette*[47]. Ciertamente, pudo hablar un rato, ya que el pobre Armand sólo oponía a ese torrente de notas aflautadas, y como toda respuesta, un silencio lleno de sentimientos horribles. Por primera vez entreveía la coquetería de esa mujer y adivinaba instintivamente que el amor abnegado, el amor compartido, no calcula, no razona de ese modo en mujer sincera. Además sentía una especie de vergüenza acordándose de haber hecho involuntariamente cálculos cuyos odiosos pensamientos le estaban siendo reprochados. Entonces, examinándose con una buena fe angelical, no encontraba más que egoísmo en sus palabras, en sus ideas y en sus respuestas concebidas pero no expresadas. Se quitó la razón, y en su desesperación, tuvo ganas de precipitarse por la ventana. Su *yo* le mataba. ¿Qué se puede decir, en efecto, a una mujer que no cree en el amor? «Déjeme probarle como le amo». Siempre *yo.* Montriveau no sabía, como en este tipo de circunstancias lo saben los héroes de tocador, imitar al tosco lógico caminando ante los pirronianos, quienes negaban el movimiento[48]. A ese hombre audaz le faltaba precisamente la audacia habitual de los amantes que conocen las fórmulas del álgebra femenina. Si tantas mujeres, e incluso las más virtuosas, son la presa de los hábiles en amor a quienes el vulgo atribuye un mal nombre, eso sea quizá porque son grandes *demostradores* y porque el amor quiere, a pesar de su deliciosa poesía de sentimiento, un poco más de geometría de lo que se piensa. Ahora bien, la duquesa y Montriveau se parecían en el hecho de que ambos eran igualmente inexpertos en el amor. Ella conocía muy poco la teoría, ignoraba la práctica, no sentía nada y lo

reflexionaba todo. Montriveau conocía poco la práctica, ignoraba la teoría, y sentía demasiado como para reflexionar. Los dos sufrían, pues, la desgracia de aquella extraña situación. En ese momento supremo, sus miríadas de pensamientos se podían reducir al siguiente: «Déjese poseer». Frase horriblemente egoísta para una mujer para quien estas palabras no aportaban ningún recuerdo ni despertaban ninguna imagen. Sin embargo, había que responder. Aunque tuviera la sangre azotada por esas pequeñas frases en forma de flechas, tan afiladas, tan frías y tan aceradas, disparadas una tras otra, Montriveau también debía esconder su rabia, para no perderlo todo por una extravagancia.

—Señora duquesa, me desespera que Dios no haya inventado para la mujer otra forma de confirmar la entrega de su corazón, que añadiendo la de su persona. El alto precio que se atribuye a sí misma me muestra que yo no le puedo atribuir uno menor. Si usted me da su alma y todos sus sentimientos, como me dice, ¿qué importa entonces el resto? Por cierto, si mi dicha le resulta un sacrificio tan penoso, no hablemos más de ella. Quiera solamente perdonar a un hombre de corazón por sentirse humillado al verse tomado por un perro de aguas.

El tono de esta última frase pudo quizá haber asustado a otras mujeres; pero cuando una de esas enfaldadas se ha colocado en las alturas, dejándose divinizar, ningún poder de la tierra es orgulloso como ella sabe serlo.

—Señor marqués, estoy desesperada de que Dios no haya inventado para el hombre una forma más noble de confirmar la entrega de su corazón que la manifestación de deseos prodigiosamente vulgares. Si, dando nuestra persona, nos convertimos en esclavas, un hombre no se compromete a nada aceptándonos. ¿Quién me asegura que seré siempre amada? El amor que yo demostraría en todo momento para unirle mejor a mí sería quizá un motivo para ser abandonada. No quiero resultar una segunda edición de la señora de Beauséant. ¿Sabe alguien lo que os retiene cerca de nosotras? Nuestra constante frialdad es el secreto de la constante pasión de algunos de entre ustedes; a otros les hace falta una abnegación perpetua, una adoración en todo momento; a éstos, la dulzura; a aquéllos, el despotismo. Ninguna mujer ha podido descifrar aún vuestros corazones. —Hubo una pausa, tras la cual cambió de tono—. En fin, amigo mío, no puede impedir que una

mujer tiemble con esta pregunta: «¿Seré amada siempre?». Por duras que sean, mis palabras me son dictadas por el miedo de perderle. ¡Dios mío! No soy yo, querido, quien habla, sino la razón; y ¿cómo se puede encontrar razón en una persona tan loca como yo lo estoy? En verdad, no lo sé.

Oír esta respuesta empezada con la más desgarradora ironía, y terminada con los acentos más melodiosos de que una mujer se pueda servir para describir el amor en su ingenuidad, ¿no era como ir en un momento del martirio al cielo? Montriveau empalideció, y cayó por primera vez en su vida de rodillas ante una mujer. Besó el bajo del vestido de la duquesa, sus pies, sus rodillas; pero, por el honor del faubourg Saint-Germain, es necesario no revelar los misterios de sus tocadores, donde se deseaba todo del amor, menos aquello que pudiera atestiguarlo.

—Querida Antoinette —exclamó Montriveau en el delirio en que le sumergió el entero abandono de la duquesa, que se creyó generosa dejándose adorar— sí, tienes razón, no quiero que conserves dudas. En este momento yo también tiemblo por ser abandonado por el ángel de mi vida, y quisiera inventar para nosotros lazos indisolubles.

—¡Ah! —dijo ella muy bajo— ¿lo ves?, tengo razón, entonces.

—Déjame terminar —prosiguió Armand— con una sola palabra voy a disipar todos tus temores. Escucha, si yo te abandonara, merecería mil muertes. Sé toda mía, te daré el derecho de matarme si te traicionara. Escribiré yo mismo una carta declarando ciertos motivos que me obligarían a matarme; por último, incluiré mis últimas disposiciones. Poseerás ese testamento que legitimaría mi muerte, y así podrás vengarte sin tener nada que temer ni de Dios ni de los hombres.

—¿Tengo necesidad de esa carta? Si perdiera tu amor, ¿qué me importaría la vida? Si quisiera matarte, ¿no sabría seguirte? No, te agradezco la idea, pero no quiero esa carta. ¿No podría yo creer que me eres fiel por miedo?, o ¿no podría el peligro de una infidelidad ser una atracción para quien entrega así su vida? Armand, sólo lo que yo pido es difícil de hacer.

—Y entonces, ¿qué quieres?

—Tu obediencia y mi libertad.

—¡Dios mío! —exclamó él—. Soy como un niño.

—Un niño voluntarioso y muy consentido —dijo ella acariciando la espesa cabellera de esa cabeza que ella guardaba sobre sus rodillas—. ¡Oh! Sí, mucho más amado de lo que él cree, y sin embargo tan desobediente. ¿Por qué no permanecer así? ¿Por qué no sacrificarme a los deseos que me ofenden? ¿Por qué no aceptar lo que yo otorgo, si es todo lo que puedo conceder honestamente? ¿No es usted feliz?

—¡Oh! Sí —dijo él—, soy feliz cuando no tengo dudas. Antoinette, en amor, ¿dudar no es acaso morir?

Y mostró de repente cómo era y cómo son todos los hombres bajo el fuego de los deseos: elocuente, insinuante. Después de haber probado los placeres permitidos sin duda por un edicto secreto y jesuítico, la duquesa experimentó esas emociones cerebrales cuyo hábito le había hecho el amor de Armand tan necesario como lo eran el mundo, el baile y la Ópera. Verse adorada por un hombre de una superioridad y carácter que inspiran pavor; hacer de él un niño; jugar, como Popea, con un Nerón[49]. Muchas mujeres, como lo hicieron las esposas de Enrique VIII, han pagado este peligroso honor con toda la sangre de sus venas[50]. Pues bien, ¡qué extraño presentimiento! Cuando le entregaba el bonito cabello rubio blanquecino por donde él adoraba pasear sus dedos, mientras sentía la pequeña mano de ese hombre verdaderamente grande presionándola, al jugar ella misma con los mechones negros de su cabellera en ese tocador donde ella reinaba, la duquesa se decía: «Este hombre es capaz de matarme, si se da cuenta de que me burlo de él»[51].

El señor de Montriveau permaneció hasta las dos de la madrugada al lado de su amante, que, desde ese momento, ya no le pareció ni una duquesa, ni una Navarreins: Antoinette se había despojado del disfraz hasta parecer mujer. Durante esa deliciosa velada, fue permitido al general el más dulce prefacio que ninguna parisina haya hecho de lo que el mundo llama *una falta:* ver en ella, a pesar de las melindrerías de un pudor fingido, toda la belleza de las muchachas. Pudo pensar, no sin razón, que tantas disputas caprichosas formaban los velos con los que se había vestido un alma celeste, y que hacía falta levantarlos uno a uno, como aquéllos con los que ella envolvía su adorable persona. La duquesa fue para él la más inocente, la más ingenua de las amantes, e hizo de ella la mujer de su elección; se fue

tan contento de haberle dado por fin tantas pruebas de amor, que le pareció imposible no convertirse para ella, en adelante, en un esposo secreto cuya elección estaba aprobada por Dios. Con este pensamiento, con el candor de los que, al saborear los placeres del amor, sienten también todas sus obligaciones, Armand volvió a casa lentamente. Siguió los muelles, para ver el mayor espacio posible de cielo; sintiendo su corazón ensanchado quería engrandecer el firmamento y la naturaleza. Le pareció que sus pulmones aspiraban más aire que la víspera. Caminando, se interrogaba y se prometía amar tan religiosamente a aquella mujer que ella pudiera encontrar cada día, en una felicidad constante, la absolución de sus faltas sociales. ¡Dulces agitaciones de una vida plena! Los hombres con suficiente fuerza como para teñir su alma de un sentimiento único experimentan goces infinitos contemplando por instantes toda una vida incesantemente ardiente, como ciertos religiosos pueden contemplar la luz divina en sus éxtasis. El amor no sería nada sin esta creencia en su perpetuidad; la constancia lo engrandece. Fue así como marchándose entregado a su felicidad, Montriveau comprendió la pasión. «¡Nos pertenecemos el uno al otro para siempre!». Este pensamiento era para ese hombre un talismán que cumplía los deseos de su vida. No se preguntaba si la duquesa cambiaría, si ese amor duraría; no, tenía fe, una de las virtudes sin la que no hay porvenir cristiano, pero que quizá sea aún más necesaria para las sociedades. Por primera vez, concebía su vida según los sentimientos, él, que sólo había vivido a través de la acción más exorbitante de las fuerzas humanas, la abnegación cuasicorporal del soldado.

Al día siguiente, el señor de Montriveau se presentó temprano en el faubourg Saint-Germain. Tenía una cita en una casa vecina al palacete de Langeais, donde fue, como si fuera a su propia casa, cuando sus asuntos estuvieron terminados. El general iba entonces en compañía de un hombre por quien parecía sentir algún tipo de aversión cuando le encontraba por los salones. Ese hombre era el marqués de Ronquerolles, cuya reputación resultó tan grande en los tocadores de París; hombre de ingenio, de talento, hombre de valor sobre todo, y que marcaba la pauta a toda la juventud de París; un hombre galante cuyos éxitos y experiencia eran envidiados de

igual modo, y a quien no faltaban ni la fortuna ni el linaje, que añaden en París tanto lustre a las cualidades de la gente de moda[52].

—¿Dónde vas? —dijo el señor de Ronquerolles a Montriveau.

—A casa de la señora de Langeais.

—¡Ah! Es cierto, olvidaba que has caído en su trampa. Malgastas con ella un amor que podrías emplear mucho mejor en otro lado. Podría darte de mis fondos una colección de diez mujeres que valen mil veces más que esta cortesana con título, que hace con la cabeza lo que otras mujeres más francas hacen…

—¿Qué estás diciendo, querido? —dijo Armand interrumpiendo a Ronquerolles—. La duquesa es un ángel de candor.

Ronquerolles se echó a reír.

—Llegados a este punto, querido —dijo él—, debo iluminarte. ¡Tan sólo una palabra! Entre nosotros, no tiene consecuencia. ¿La duquesa te pertenece? En este caso, no tendré nada que decir. Venga, hazme tus confidencias. Se trata de no perder el tiempo uniendo tu bella alma a una naturaleza ingrata que dejará abortar las esperanzas de tu cultura.

Cuando Armand hubo hecho una especie de estado de la situación en el que mencionó minuciosamente los derechos que tan penosamente había obtenido, Ronquerolles estalló en un ataque de risa tan cruel, que a cualquier otro le habría costado la vida. Pero viendo de qué forma estos dos seres se miraban y se hablaban solos en la esquina de un muro, tan lejos de los hombres como lo pudieran estar en medio de un desierto, era fácil presumir que les unía una amistad sin límites y que ningún interés humano les podía enemistar.

—Mi querido Armand, ¿por qué no me has dicho que te avergonzabas de la duquesa? Te habría dado algunos consejos para llevar esta intriga a buen puerto. Debes aprender primero que las mujeres de nuestro faubourg adoran, como todas las demás, bañarse de amor; pero desean poseer sin ser poseídas. Han transigido con la naturaleza. La jurisprudencia de la parroquia se lo ha permitido casi todo, menos el pecado positivo. Las golosinas con que te obsequia tu bella duquesa son pecados veniales que se lavan con las aguas de la penitencia. Pero si tuvieras la impertinencia de querer seriamente el gran pecado mortal al que debes dar la mayor

importancia, verías con qué profundo desdén la puerta del tocador y la del palacete te serían rotundamente cerradas. La tierna Antoinette lo olvidaría todo, serías menos que cero para ella. Tus besos, mi querido amigo, serían limpiados con la indiferencia que una mujer emplea para las cosas de su aseo. La duquesa enjugaría el amor sobre sus mejillas igual que se quita el colorete. Conocemos a este tipo de mujeres, la parisina pura. ¿Has visto alguna vez por las calles una modistilla andando a pasitos? Su cabeza merece un retrato: bonito sombrero, mejillas frescas, cabello coqueto, sonrisa fina, el resto apenas está cuidado. ¿No es éste un buen retrato? He aquí la parisina, sabe que sólo su cabeza será vista; para su cabeza, todos los cuidados, los adornos, las vanidades. Pues bien, tu duquesa es toda cabeza, no siente más que por su cabeza, tiene el corazón en la cabeza, una voz de la cabeza, es ávida por la cabeza. Todos llamamos a esta pobre cosa una Lais[53] intelectual. Has jugado como un niño. Si dudas de ello, tendrás la prueba esta noche, esta mañana, al momento. Sube a su casa, intenta pedir, desear imperiosamente aquello que se te niega; aunque lo intentaras como el difunto señor mariscal de Richelieu, nada de nada.

Armand estaba alelado.

—¿La deseas hasta el punto de haberte vuelto tonto?

—La quiero a cualquier precio —exclamó Montriveau desesperado.

—¡Bien! Escucha. Sé tan implacable como ella lo será, trata de humillarla, de herir su vanidad; de cautivar no sólo el corazón ni el alma, sino los nervios y la flema de esta mujer a la vez nerviosa y flemática. Si le puedes hacer nacer un deseo, estás salvado. Pero deja tus bellas ideas de niño. Si habiéndola atraído hacia tus garras de águila, luego cedes; si retrocedes, si una de tus cejas se mueve, si ella aún cree poderte dominar, se escurrirá de tus zarpas como un pez y se escapará para no dejarse atrapar más. Sé inflexible como la ley. No tengas más caridad que la del verdugo. Golpea. Cuando hayas golpeado, vuelve a golpear. Golpea siempre, como si agitaras el látigo. Las duquesas son duras, mi querido Armand, y esa naturaleza de mujer no se ablanda más que con golpes; el sufrimiento les da corazón, y es una obra de caridad golpearlas. Pega entonces sin cesar. ¡Ah! Cuando el dolor haya enternecido sus nervios, ablandado las fibras que tú crees suaves y tiernas, haz latir un corazón seco, que, con este juego,

retomará su elasticidad; cuando el cerebro haya cedido, la pasión quizá entrará en los resortes metálicos de esta máquina de lágrimas, de maneras, de desvanecimientos, de frases enternecedoras; y verás el más magnífico de los incendios, si es que la chimenea llega a prender fuego. ¡Ese sistema de acero femenino tendrá el rojo del fuego en la fragua! Un calor más duradero que cualquier otro, y esa incandescencia se convertirá quizá en amor. Sin embargo, lo dudo. Además, ¿la duquesa vale tantos esfuerzos? Entre nosotros, necesitaría ser previamente formada por un hombre como yo, haría de ella una mujer encantadora, tiene la clase para ello; mientras que vosotros dos os quedaréis en el A B C del amor. Pero tú amas y ahora no podrías compartir mis ideas en esta materia. Con mucho gusto, chicos —añadió Ronquerolles riendo después de una pausa—. Me he pronunciado a favor de las mujeres fáciles; al menos son tiernas, aman de forma natural y sin los aderezos sociales. Mi pobre muchacho, ¿una mujer quisquillosa, que no quiere más que inspirar amor? Bueno, hace falta tener una igual que tener un caballo de lujo; ver en el combate del confesionario contra el sofá, o del blanco contra el negro, de la reina contra el bufón, de los escrúpulos contra el placer, una partida de ajedrez muy divertida de jugar. Un hombre que sea un poco astuto, que conozca el juego, hace *mate* en tres jugadas, a voluntad. Si yo tomase una mujer de ese tipo, me fijaría como objetivo…

Dijo una palabra al oído de Armand y le dejó bruscamente para no oír la respuesta.

En cuanto a Montriveau, de un brinco saltó al patio del palacete de Langeais, subió donde estaba la duquesa; y, sin hacerse anunciar, entró en sus aposentos, en su alcoba.

—Pero eso no se hace —dijo ella cruzándose apresuradamente la bata —. Armand, es un hombre abominable. Vamos, déjeme, se lo ruego. Salga, salga, vamos. Espéreme en el salón. Váyase.

—Querido ángel —le dijo—, ¿un esposo no tiene ningún privilegio?

—Pero es de un gusto detestable, señor, para un esposo o para un marido, sorprender así a su mujer.

Vino a ella, la agarró, la estrechó entre sus brazos:

—Perdona, mi querida Antoinette, pero mil malas sospechas atormentan mi corazón.

—Sospechas, ¡bah! ¡Ah! ¡Bah, bah!

—Sospechas casi justificadas. Si me amaras, ¿buscarías estas peleas? ¿No habrías estado contenta de verme? ¿No habrías sentido no sé qué sobresalto del corazón? En cambio yo, que no soy mujer, siento estremecimientos íntimos con tan sólo el sonido de tu voz. El deseo de saltarte al cuello me ha llegado a menudo en medio de un baile.

—¡Ah! Si tiene sospechas porque no le he saltado al cuello delante de todo el mundo, creo que seré sospechosa toda mi vida; ¡pero a su lado Otelo no es más que un niño![54].

—¡Ah! —dijo él con desesperación—. No soy amado.

—Al menos, en este momento, admita que no es amable.

—¿Aún tendré que complacerla?

—¡Ah! Así lo creo. Vamos —dijo ella con un pequeño aire imperativo —, salga, déjeme. Yo no soy como usted: yo quiero complacerle siempre…

Jamás mujer alguna supo, mejor que la señora de Langeais, poner tanta gracia en su impertinencia; y ¿eso no implica doblar su efecto? ¿No pondría furioso al hombre más frío? En ese momento sus ojos, el sonido de su voz, su actitud, confirmaron un modo de libertad perfecta que no se halla nunca en la mujer que ama, en presencia de aquél cuya sola visión debería hacerla palpitar. Espabilado por las opiniones del marqués de Ronquerolles, aún ayudado por esta rápida intususcepción que adquieren instantáneamente, gracias a la pasión, los seres menos sagaces, pero que se encuentra tan completa en los hombres fuertes, Armand adivinó la terrible verdad que traicionaba la naturalidad de la duquesa, y su corazón se hinchó, tormentoso, como un lago listo para revolverse.

—Si tú decías la verdad ayer, sé mía, mi querida Antoinette —exclamó —, quiero…

—Primero —dijo ella frenándole con fuerza y calma, al verle avanzar— no me comprometa. Mi ayuda de cámara le podría oír. Respéteme, se lo pido. Su familiaridad es muy buena, por la noche, en mi tocador; pero aquí no. Además, ¿qué significa su «quiero»? ¡Quiero! Nadie me ha dicho aún esta palabra. Me parece muy ridícula, perfectamente ridícula.

—¿No me concederá nada en este punto? —dijo él.

—¡Ah! Usted nombra un punto, la libre disposición de nosotros mismos: un punto muy capital, en efecto; y me permitirá ser, en este punto, completamente la dueña.

—¿Y si, fiándome de sus promesas, se lo exigiera?

—¡Ah! Me demostraría que estaba completamente equivocada al hacerle la más ligera promesa, no sería lo suficientemente boba como para mantenerla, y le pediría que me dejase tranquila.

Montriveau palideció, quiso lanzarse; la duquesa llamó, la ayuda de cámara apareció, y esa mujer le dijo sonriendo con gracia burlona:

—Tenga la bondad de volver cuando esté visible.

Armand de Montriveau sintió entonces la dureza de esa mujer fría y cortante como el acero, aplastante de desprecio. En un momento, había roto unos lazos que sólo eran fuertes para su amante. La duquesa había leído en la frente de Armand las exigencias secretas de aquella visita, y juzgó que había llegado el momento de hacer sentir a ese soldado imperial que las duquesas podían muy bien prestarse al amor, pero no se entregaban a él, y que su conquista era más difícil de realizar que en otro tiempo lo fuera la de Europa.

—Señora —dijo Armand—, no tengo tiempo para esperar. Soy, como ha dicho usted misma, un niño consentido. Cuando quiera seriamente aquello de lo que hemos hablado hace un momento, lo tendré.

—¿Lo tendrá? —dijo ella con un aire de altivez mezclado con cierta sorpresa.

—Lo tendré.

—¡Ah! Me complacería mucho queriéndolo. Por la peculiaridad del caso, estaría encantada de saber cómo lo intentaría…

—Estoy encantado —respondió Montriveau riendo de manera que aterrorizó a la duquesa— de dar un interés a su existencia. ¿Me permitirá venir a buscarla para ir al baile esta noche?

—Le doy mil gracias, pero el señor de Marsay se le ha adelantado. Lo he prometido.

Montriveau saludó gravemente y se retiró.

«Así que Ronquerolles tiene razón» —pensó—, «ahora vamos a jugar una partida de ajedrez».

Desde entonces escondió sus emociones bajo una completa calma. Ningún hombre es suficientemente fuerte como para soportar estos cambios, que hacen pasar rápidamente el alma del mayor bienestar al malestar supremo. ¿No había pues atisbado la vida dichosa sólo para sentir mejor el vacío de su vida precedente? Esto resultó un terrible revés; pero él sabía sufrir, y recibió el asalto de sus pensamientos tumultuosos como una roca de granito recibe las olas del océano encolerizado.

—No le he podido decir nada; en su presencia ya no tengo ánimo. No sabe hasta qué punto es vil y despreciable. Nadie ha osado poner a esta criatura delante de sí misma. Sin duda ha jugado con muchos hombres, los vengaré a todos.

Por primera vez quizá, en un corazón de hombre, el amor y la venganza se mezclaron a partes tan iguales que era imposible para el mismo Montriveau saber si sería el amor o la venganza quien le arrastraría. Se encontró la misma noche en el baile donde debía estar la duquesa de Langeais, y casi perdió la esperanza de alcanzar a aquella mujer a quien se sentía tentado de atribuir algo de demoníaco: se mostró para él graciosa y llena de agradables sonrisas, no quería sin duda dejar creer al mundo que estaba comprometida con el señor de Montriveau. Un enfurruñamiento mutuo delataba el amor. Pero que la duquesa no cambiara sus maneras en absoluto aunque el marqués estuviera sombrío y triste, ¿no era mostrar que Armand no había obtenido nada de ella? La sociedad sabe adivinar bien la desgracia de los hombres desdeñados, y no la confunde con las rupturas que ciertas mujeres ordenan fingir a sus amantes con la esperanza de esconder un amor mutuo. Y cada uno de ellos se burló de Montriveau que, no habiendo hecho caso a su guía, permaneció soñador, sufriente; mientras que el señor de Ronquerolles le habría prescrito quizá comprometer a la duquesa respondiendo a sus falsas amistades con demostraciones apasionadas.

Armand de Montriveau dejó el baile, sintiendo horror por la naturaleza humana, y apenas creyendo aún en tan absolutas perversidades.

—Si no hay verdugo para semejantes crímenes —dijo mirando las ventanas luminosas de los salones donde bailaban, conversaban y reían las mujeres más seductoras de París—, te agarraré por el moño del cuello,

señora duquesa, y te haré sentir un hierro más cortante que el cuchillo de la Grève[55]. Acero contra acero, veremos qué corazón será el más tajante.



Ilustración de William Boucher, en H. de Balzac, History of the Thirteen, *Filadelfia, George Barrie & Son, 1897.*

CAPITULO III

La mujer verdadera

Durante alrededor de una semana, la señora de Langeais esperó volver a ver al marqués de Montriveau; pero Armand se contentó enviando todas las mañanas su tarjeta al palacete de Langeais. Cada vez que esa tarjeta era remitida a la duquesa, ella no podía evitar estremecerse, afectada por pensamientos siniestros, pero tan imprecisos como lo es un presentimiento de desdicha. Al leer ese nombre, unas veces creía sentir en sus cabellos la mano poderosa de ese hombre implacable, otras veces el nombre le pronosticaba venganzas que su espíritu móvil le hacía atroces. Lo había estudiado demasiado bien como para no temerle. ¿Sería asesinada? Ese hombre de cuello de toro, ¿la destriparía arrojándola por encima de su cabeza? ¿La pisotearía? ¿Cuándo, o cómo, la atraparía? ¿La haría sufrir mucho, y qué tipo de martirio planeaba imponerle?**[56]**. Se arrepintió. En ocasiones, si él hubiera venido, se habría lanzado a sus brazos con completo abandono. Cada noche, al dormirse, volvía a ver la fisionomía de Montriveau bajo un aspecto distinto. A veces, su sonrisa amarga; a veces la contracción jupiteriana de sus cejas, su mirada de león, o algún altanero movimiento de espaldas, todo eso le hacía terrible a sus ojos. Al día siguiente, la tarjeta le parecía cubierta de sangre. Vivía agitada por ese nombre, más de lo que lo había estado por el amante fogoso, obstinado, exigente. Después sus aprensiones crecían aún en el silencio, estaba obligada a prepararse, sin ayuda ajena, para una lucha horrible de la que no se le permitía hablar. Esa alma, orgullosa y dura, era más sensible a los cosquilleos del odio de lo que lo había sido hacía tiempo a las caricias del amor. ¡Ah! Si el general hubiera podido ver a su amante en el momento en que amontonaba los pliegues de la frente entre

las cejas, sumergiéndose en pensamientos amargos, al fondo de ese tocador donde había saboreado tantas alegrías, quizá habría concebido grandes esperanzas. ¿No es el orgullo uno de los sentimientos humanos que sólo pueden engendrar acciones nobles? Aunque la señora de Langeais guardaba el secreto de sus pensamientos, hay que suponer que el señor de Montriveau ya no le resultaba indiferente. ¿No es una inmensa conquista para un hombre ocupar a una mujer? En ella, él debe hacer necesariamente algún progreso, en un sentido o en el otro. Poned a una criatura femenina bajo los pies de un caballo furioso, delante de algún animal terrible; caerá, ciertamente, de rodillas, esperará la muerte; pero si la bestia es clemente y no la mata del todo, amará al caballo, al león, al toro, hablará de él gustosamente. La duquesa se sentía bajo los pies del león: temblaba, no odiaba. Esas dos personas, tan singularmente situadas una frente a la otra, se encontraron tres veces en sociedad durante aquella semana. Cada vez, en respuesta a las interrogaciones coquetas, la duquesa recibía de Armand saludos respetuosos y sonrisas impregnadas de una ironía tan cruel que confirmaban todas las aprensiones inspiradas en la mañana por la tarjeta de visita. La vida no es más que lo que los sentimientos hacen de ella; los sentimientos habían cavado abismos entre esas dos personas.

La condesa de Sérizy, hermana del marqués de Ronquerolles, daba al principio de la semana siguiente un gran baile al que debía acudir la señora de Langeais. La primera figura que vio la duquesa al entrar fue la de Armand. Éste la esperaba esta vez; así lo pensó, al menos. Ambos intercambiaron una mirada. Un sudor frío emanó entonces de todos los poros de aquella mujer. Había creído a Montriveau capaz de alguna venganza inaudita, proporcional a su estado; la venganza se había hallado, estaba lista, estaba caliente, hervía. Los ojos de ese amante traicionado le lanzaron los destellos de un rayo y su rostro irradiaba un odio exultante. Asimismo, a pesar de la voluntad que la duquesa tenía de expresar frialdad e

impertinencia, su mirada permaneció taciturna. Fue a colocarse cerca de la condesa de Sérizy, que no pudo evitar decirle:

—¿Qué le sucede, querida Antoinette? Tiene un aspecto espantoso.

—Una contradanza me restablecerá —respondió ella, dando la mano a un joven que se avanzaba.

La señora de Langeais se puso a bailar un vals con una especie de furor y arrebato que redobló la mirada pesada de Montriveau. Él permaneció de pie, delante de los que se divertían viendo a los bailarines. Cada vez que su amante pasaba por delante suyo, sus ojos, como los de un tigre seguro de su presa, se clavaban en esa cabeza que daba vueltas. Terminado el vals, la duquesa vino a sentarse al lado de la condesa, y el marqués no dejó de mirarla mientras se entretenía con un desconocido.

—Señor —decía—, una de las cosas que más me impresionaron de este viaje…

La duquesa era toda oídos.

—… Es la frase que pronuncia el guardia de Westminster, al mostrar el hacha con que un enmascarado cortó, según se dice, la cabeza de Carlos I, en recuerdo del rey, que se lo dijo a un curioso[57].

—¿Qué dijo? —preguntó la señora de Sérizy.

—*No toquéis el hacha* —respondió Montriveau con un tono de voz en que había algo de amenaza.

—En realidad, señor marqués —dijo la duquesa de Langeais—, mira usted mi cuello con un aire tan melodramático al repetir esa vieja historia, conocida por quienquiera que vaya a Londres, que me parece verle con un hacha en la mano.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con risas, aunque un sudor frío se había apoderado de la duquesa.

—Pero esta historia resulta, por las circunstancias, muy nueva —respondió él.

—¿Cómo es eso? Le ruego, por favor, ¿en qué?

—En que, señora, usted ha tocado el hacha —le dijo Montriveau en voz baja.

—¡Qué encantadora profecía! —respondió ella, sonriendo con una gracia afectada—. ¿Y cuándo caerá mi cabeza?

—No deseo ver caer su bonita cabeza, señora. Sólo temo alguna gran desgracia para usted. Si alguien la esquilara, ¿no se lamentaría por estos cabellos tan adorablemente rubios de los que saca tan buen partido?

—Pero hay personas por quienes las mujeres adoran hacer este tipo de sacrificios, y a menudo incluso a hombres que no saben dar crédito a un cambio de ánimo.

—De acuerdo. Y bien, ¿si de golpe, por un procedimiento químico, un bromista le robase su belleza, le pusiera cien años cuando usted no tiene para nosotros más que dieciocho?

—Pero señor —dijo ella interrumpiéndole—, la pequeña viruela es nuestra batalla de Waterloo. Al día siguiente sabemos quién nos ama verdaderamente.

—Usted no lamentaría este delicioso rostro que…

—¡Ah! Mucho; pero menos por mí que por aquél a quien él diera alegría. Sin embargo, si yo fuera amada sinceramente, siempre, bien, ¿qué me importaría la belleza? ¿Qué dice usted, Clara?

—Es una especulación peligrosa, respondió la señora de Sérizy.

—Podríamos preguntarle a su majestad el rey de los brujos —contestó la señora de Langeais— cuándo he cometido la falta de tocar el hacha, yo que todavía no he estado en Londres…

—*Non so*[58] —hizo él dejando escapar una risa burlona.

—¿Y cuándo empezará el suplicio?

Aquí, Montriveau sacó fríamente su reloj y verificó la hora con una convicción verdaderamente terrorífica.

—El día no terminará sin que sufra usted una desgracia terrible…

—No soy una niña a quien se pueda asustar fácilmente, o más bien soy una niña que no conoce el peligro —dijo la duquesa— y voy a bailar, sin miedo, al borde del abismo.

—Estoy encantado, señora, de saberle tanto carácter —respondió él viéndola ocupar su lugar en una cuadrilla.

A pesar de su aparente desdén por las negras predicciones de Armand, la duquesa era presa de un verdadero terror. La opresión moral y casi física bajo la cual la tenía su amante apenas cesó cuando él abandonó el baile. Sin embargo, después de haber gozado durante un momento del placer de respirar a su aire, se sorprendió añorando las emociones del miedo, ya que la naturaleza femenina está ávida de sensaciones extremas. Este remordimiento no era amor, pero ciertamente pertenecía a los sentimientos que lo preparan. Entonces, como si la duquesa hubiera sentido de nuevo el efecto que el señor de Montriveau le había hecho sentir, se acordó del aire de convicción con que él acababa de mirar la hora, y, embargada por el terror, se retiró. Era entonces alrededor de la medianoche. Aquel de sus criados que la esperaba le puso la pelliza y anduvo delante de ella para hacer avanzar su coche; entonces, cuando ella se sentó en él, cayó en un ensueño bastante natural, provocado por la predicción del señor de Montriveau. Al llegar a su patio, entró a un vestíbulo parecido al de su palacete; pero de golpe no reconoció su escalera; entonces, en el momento en que se volvió para llamar a su gente, varios hombres la asaltaron con rapidez, le pusieron un pañuelo sobre la boca, le ataron las manos, los pies, y la raptaron. Lanzó fuertes gritos.

—Señora, tenemos órdenes de matarla si grita —le dijeron al oído.

El espanto de la duquesa fue tan grande, que no pudo jamás explicar por dónde ni cómo había podido ser transportada. Cuando recobró sus sentidos, se encontró los pies y los puños atados, con cuerdas de seda, acostada sobre el sofá de una habitación de soltero. No pudo contener un grito al encontrar los ojos de Armand de Montriveau, que, tranquilamente sentado en una butaca, y envuelto en su batín, fumaba un puro.

—No grite, señora duquesa —dijo él quitándose fríamente el puro de la boca—, tengo migraña. Por cierto, voy a desatarla. Pero

escuche bien lo que tengo el honor de decirle. —Desanudó delicadamente las cuerdas que apretaban los pies de la duquesa—. ¿De qué le servirán sus gritos? Nadie la puede oír. Está demasiado bien educada como para gesticular inútilmente. Si no está tranquila, si quiere luchar conmigo, le ataré de nuevo pies y manos. Creo que, considerándolo bien, se respetará lo bastante como para permanecer en este sofá, como si estuviera en su casa, en el suyo; fría aún, si quiere… Usted me ha hecho derramar, sobre este sofá, muchos llantos que yo ocultaba a ojos de todos.

Mientras Montriveau le hablaba, la duquesa lanzó a su alrededor esa mirada de mujer, mirada furtiva que sabe verlo todo pareciendo distraída. Le gustó mucho esa habitación tan parecida a la celda de un fraile. El alma y el pensamiento del hombre planeaban por allí. Ningún ornamento alteraba la pintura gris de las paredes vacías. En el suelo había un tapiz verde. Un sofá negro, una mesa cubierta de papeles, dos grandes butacas, una cómoda adornada con un despertador, una cama muy baja sobre la que había tirada una sábana roja bordada con una greca negra, anunciaban por su contextura los hábitos de una vida reducida a su más simple expresión. Una antorcha triple sobre la chimenea recordaba, por su forma egipcia, la inmensidad de los desiertos por donde ese hombre había errado durante tanto tiempo. Al lado de la cama, entre el pie que las enormes patas de esfinge hacían adivinar bajo los pliegues de la tela y uno de los muros laterales de la habitación, había una puerta escondida por una cortina verde con franjas rojas y negras sujetada a un asta por unos gruesos aros. La puerta por la que los desconocidos habían entrado tenía un dosel parecido, pero elevado por una abrazadera. Con la última mirada que la duquesa lanzó a las dos cortinas para compararlas, se dio cuenta de que la puerta próxima a la cama estaba abierta y que unos resplandores rojizos encendidos en la otra pieza se dibujaban bajo la franja inferior. Su curiosidad fue naturalmente excitada por aquella luz triste, que le permitía apenas distinguir en las tinieblas algunas formas extrañas;

pero en ese momento, no pensó que su peligro pudiera venir de allí, y quiso satisfacer un interés más ardiente.

—Señor, ¿sería una indiscreción preguntarle qué piensa hacer de mí? —dijo con una impertinencia y una mofa penetrantes.

La duquesa creía adivinar un amor excesivo en las palabras de Montriveau. Además, para raptar a una mujer, ¿no hace falta adorarla?

—Nada de nada, señora —respondió él exhalando con gracia su última bocanada de tabaco—. Está aquí por poco tiempo. Quiero primero explicarle lo que usted es y lo que yo soy. Cuando se contonea en su diván, en su tocador, no encuentro palabras para mis ideas. Entonces, en su casa, al menor pensamiento que le desagrada, tira del cordón de su campana, grita bien fuerte y pone a su amante en la puerta como si fuera el último de los miserables. Aquí, tengo el espíritu libre. Aquí nadie me puede mandar a la puerta. Aquí, usted será mi víctima por unos instantes, y tendrá la extrema bondad de escucharme. No tema nada. No la he raptado para exponerle mis injurias, para obtener de usted con violencia lo que no he sabido merecer, aquello que no me ha querido otorgar de buen grado. Sería una indignidad. Usted quizá concibe la violación; yo no la concibo.

Con un movimiento seco lanzó su puro al fuego.

—Señora, ¿el humo la incomoda, sin duda?

Inmediatamente se levantó, tomó del hogar un perfumador caliente donde quemó perfumes para purificar el aire. El asombro de la duquesa sólo era comparable a su humillación. Estaba en poder de ese hombre, y ese hombre no quería abusar de su poder. Ahora veía sus ojos, antaño tan brillantes de amor, calmados y fijos como las estrellas. Ella tembló. Entonces, el terror que Armand le inspiraba aumentó por una de esas sensaciones petrificantes, análogas a las agitaciones sin movimiento que se sienten en una pesadilla. Permaneció clavada por el miedo, creyendo ver el resplandor de detrás de la cortina tomar intensidad bajo las aspiraciones de un fuelle. De golpe, los reflejos que se habían vuelto más vivos

iluminaron a tres personas enmascaradas. Este aspecto horrible se desvaneció tan súbitamente que ella lo tomó por una fantasía óptica.

—Señora —prosiguió Armand contemplándola con una frialdad despectiva—, un minuto, uno sólo me bastará para alcanzarla en todos los momentos de su vida, la única eternidad de la que yo puedo disponer. No soy Dios. Escúcheme bien —dijo, haciendo una pausa para dar solemnidad a su discurso—. El amor siempre vendrá según su deseo; usted tiene sobre los hombres un poder sin límites; pero acuérdese de que un día usted llamó al amor: vino puro y cándido, tanto como pueda serlo en esta tierra; tan respetuoso como violento; cariñoso como lo es el amor de una mujer abnegada, o como lo es el de una madre por su hijo; en fin, tan grande que era una locura. Se ha reído de ese amor, ha cometido un crimen. El derecho de toda mujer es el de rechazar un amor que no puede compartir. El hombre que ama sin ser amado no sabría ser compadecido, y no tiene el derecho de quejarse. Pero, señora duquesa, atraer hacia sí a un desgraciado privado de todo afecto, fingiendo el sentimiento, hacerle comprender la felicidad en toda su plenitud, para arrancársela; robarle su futuro de felicidad; matarle, no sólo hoy sino en la eternidad de su vida, envenenando todas sus horas y todos sus pensamientos, ¡esto es lo que llamo un espantoso crimen!

—Señor…

—No puedo permitirle responderme aún. Escúcheme todavía. Por otra parte, tengo derechos sobre usted; pero no quiero más que los que tiene el juez sobre el criminal, con el fin de despertar su conciencia. Si a usted no le quedara conciencia, no la culparía; ¡pero es usted tan joven! Debe aún sentir vida en el corazón, me gusta pensarlo así. Aunque la creo suficientemente depravada como para cometer un crimen impune por las leyes, no me parece lo bastante degradada como para no comprender el alcance de mis palabras. Prosigo.

En este momento, la duquesa oyó el ruido sordo de un fuelle, con el que los desconocidos que acababa de entrever atizaban sin

duda el fuego cuya claridad se proyectaba sobre la cortina; pero la mirada fulgurante de Montriveau la obligó a mantenerse palpitante con los ojos fijos delante de él. Fuera cual fuese su curiosidad, el fuego de las palabras de Armand le interesaba aún más que la voz de ese fuego misterioso.

—Señora —dijo, después de una pausa—, cuando, en París, el verdugo debe poner la mano sobre un pobre asesino, y le acuesta en la tabla donde la ley quiere que un asesino sea acostado para perder la cabeza… Ya sabe, los periódicos lo advierten a ricos y pobres, para decirles a los unos que duerman tranquilos, y a los otros que velen por vivir. Y bien, usted que es religiosa, e incluso un poco devota, vaya a hacer decir misas por este hombre: usted es de su familia, pero de la rama primogénita. Ésta puede reinar en paz, existir feliz y sin preocupaciones. Empujado por la miseria o por la cólera, su hermano de presidio sólo ha matado a un hombre; ¡pero usted! Usted ha matado la felicidad de un hombre, su vida más bella, sus creencias más queridas. El otro ha esperado a su víctima muy ingenuamente; la ha matado a su pesar, por miedo al cadalso; ¡pero usted!… usted ha amontonado todos los crímenes de la debilidad contra una fuerza inocente; ha domesticado el corazón de su paciente para devorárselo mejor; lo ha hartado de caricias; no ha evitado ni una de las que le pudieran hacer suponer, soñar, desear las delicias del amor. Le ha pedido mil sacrificios para rechazarlos todos. Le ha hecho ver la luz antes de reventarle los ojos. ¡Admirable valentía! Tales infamias son un lujo que no comprenden esas burguesas de las que usted se burla. Ellas saben darse y perdonar; saben amar y sufrir. Ellas nos hacen pequeños por la grandeza de sus sacrificios. A medida que alguien va ascendiendo en la sociedad, encuentra tanto lodo como el que tiene por debajo; sólo que éste se endurece y se dora. Sí, para encontrar la perfección en lo inmundo, hace falta una buena educación, un gran nombre, una mujer hermosa, una duquesa. Para caer abajo de todo, hace falta estar encima de todo. Expreso mal mis pensamientos, aún sufro demasiado por las heridas que usted me ha causado; ¡pero no crea

que me quejo! No. Mis palabras no son la expresión de ninguna esperanza personal, y no contienen ninguna amargura. Sépalo bien, señora, la perdono, y este perdón es suficiente como para que no se lamente de haber venido a buscarlo a su pesar… Es sólo que podría abusar de otros corazones tan infantiles como el mío, y les debo ahorrar dolores. Me ha inspirado, pues, un pensamiento de justicia. Expíe su falta aquí abajo, Dios la perdonará quizá, así lo espero; pero Él es implacable y la golpeará.

A estas palabras, los ojos de esa mujer abatida, desgarrada, se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué llora? Sea fiel a su naturaleza. Ha contemplado sin emoción las torturas del corazón que destrozaba. Basta, señora, consuélese. No puedo sufrir más. Otros le dirán que les ha dado la vida, yo le digo con gusto que me ha dado la nada. Puede ser que usted adivine que ya no me pertenezco, que debo vivir para mis amigos, y que entonces tendré que soportar a la vez la frialdad de la muerte y las penas de la vida. ¿Tendría usted tanta bondad? ¿Sería usted como los tigres del desierto, que hacen primero la herida y luego la lamen?

La duquesa se fundió en lágrimas.

—Ahórrese esas lágrimas, señora. Si yo las creyera, sería para desconfiar de ellas. ¿Es éste o no uno de sus artificios? Después de todos los que ha empleado, ¿cómo pensar que puede haber en usted algo verdadero? Nada de usted tiene el poder de emocionarme de ahora en adelante. Lo he dicho todo.

La señora de Langeais se levantó con un movimiento a la vez lleno de nobleza y de humildad.

—Está en su derecho de tratarme duramente —dijo tendiéndole a ese hombre una mano que él no tomó— sus palabras no son aún suficientemente duras, y yo merezco este castigo.

—¡Yo, castigarla, señora! Pero castigar, ¿no es amar? No espere de mí nada que se parezca a un sentimiento. Podría ser, en mi propia causa, acusador y juez, sentencia y verdugo; pero no. Cumpliré ahora mismo un deber, y en absoluto un deseo de

venganza. La venganza más cruel, según yo lo veo, es el desdén a una posible venganza. ¡Quién sabe! Quizá seré el ministro de sus placeres. A partir de ahora, llevando elegantemente el triste uniforme con que la sociedad viste a los criminales, quizá se verá obligada a tener su honradez. ¡Y entonces amará!

La duquesa escuchaba con una sumisión que no era ni fingida ni coquetamente calculada; no tomó la palabra más que después de un intervalo de silencio.

—Armand —dijo— me parece que resistiendo al amor, obedecía a todos los pudores de la mujer, y no es de usted que hubiera esperado tales reproches. Usted se arma de todas mis debilidades para hacer de ellas crímenes. ¿Cómo no ha supuesto que si yo hubiera sido arrastrada más allá de mis deberes por todas las curiosidades del amor, al día siguiente estaría enfadada, desconsolada por haber ido demasiado lejos? Ay, fue pecar por ignorancia. Hubo, se lo juro, tanta buena fe en mis faltas como en mis remordimientos. Mis durezas traicionaron más amor del que acusaban mis complacencias. Por otra parte, ¿de qué se queja? El don de mi corazón no le ha bastado, usted ha exigido brutalmente mi persona…

—¡Brutalmente! —exclamó el señor de Montriveau. Pero se dijo a sí mismo: «Si me dejo embaucar con disputas de palabras, estoy perdido».

—Sí, usted llegó a mi casa como a la de una de esas malas mujeres, sin respeto, sin ninguna de las atenciones del amor. ¿No tenía yo derecho a reflexionar? Pues bien, he reflexionado. La inconveniencia de su conducta es excusable: el amor es su principio; déjeme creerlo y justificarle ante mí misma. ¡Pues bien! Armand, en el mismo momento en que usted me predecía la desgracia esta noche, yo creía en nuestra felicidad. Sí, confiaba en este carácter noble y orgulloso del que me ha dado tantas pruebas… Y era toda tuya —añadió inclinándose a la oreja de Montriveau—. Sí, tenía no sé qué deseo de hacer feliz a un hombre tan violentamente afectado por la adversidad. Dueño por dueño, quería un hombre grande.

Cuanto más arriba me sentía, menos quería bajar. Confiando en ti, veía toda una vida de amor en el momento en que me mostrabas la muerte… no hay fuerza sin bondad. Amigo, eres demasiado fuerte para volverte malo contra una pobre mujer que te ama. Si he tenido fallos, ¿no puedo, pues, obtener un perdón? ¿No los puedo reparar? Arrepentirse es la gracia del amor, quiero ser bien graciosa para ti. ¿Cómo no iba yo a compartir con todas las mujeres esas incertidumbres, esos temores, esas timideces que es tan natural sentir cuando una se liga para toda la vida y cuando vosotros rompéis tan fácilmente ese tipo de lazos? Esas burguesas con las que me comparas, se dan, pero luchan. Pues bien, yo he luchado, pero aquí me tienes… «¡Dios mío! ¡No me escucha!» —exclamó interrumpiéndose. Se retorcía las manos gritando—: «¡Pero te quiero! ¡Pero soy tuya!» —cayó a las rodillas de Armand— ¡Tuya! ¡Tuya, mi único, mi sólo dueño!

—Señora —dijo Armand queriéndola levantar—, Antoinette ya no puede salvar a la duquesa de Langeais. Ya no creo ni en la una ni en la otra. Usted se entregará hoy y lo rechazará quizá mañana. Ningún poder ni en los cielos ni en la tierra sabría garantizarme la dulce fidelidad de su amor. Las garantías pertenecen al pasado; pero ya no tenemos pasado.

En aquel momento, un fulgor brilló tan vivamente que la duquesa no pudo evitar girar la cabeza hacia la portezuela, y volvió a distinguir las tres hombres enmascarados.

—Armand —dijo—, no quisiera menospreciarle. ¿Cómo es que hay esos hombres? ¿Qué prepara contra mí?

—Estos hombres son tan discretos como yo mismo lo seré con lo que va a ocurrir aquí —dijo—. No vea en ellos más que mis brazos y mi corazón. Uno de ellos es un cirujano…

—Un cirujano —dijo ella—. Armand, amigo mío, la incertidumbre es el más cruel de los dolores. Hable entonces, dígame si quiere mi vida: yo se la daré, no me la quitará usted…

—Entonces, ¿no me ha comprendido? —replicó Montriveau—. ¿No le he hablado de justicia? Ahora —añadió fríamente cogiendo un

pedazo de acero que estaba encima de la mesa— para que cesen sus aprensiones, voy a explicarle lo que he decidido sobre usted.

Le mostró una cruz de Lorena adaptada a la punta de una vara de acero.

—Dos de mis amigos hacen enrojecer en este momento una cruz como ésta. Se la aplicaremos sobre la frente, ahí, entre los dos ojos, para que usted no pueda nunca esconderla con diamantes, y evitar así las interrogaciones del mundo. De este modo, tendrá sobre la frente la marca infamante aplicada en el hombro de sus hermanos, los presidiarios. El sufrimiento es poca cosa pero temía alguna crisis nerviosa, o alguna resistencia…

—Resistencia —dijo ella golpeteándose las manos de alegría—, no, no, quisiera ahora ver aquí al mundo entero. ¡Ah! Mi Armand, marca, marca rápido a tu criatura como una pobre cosita tuya. Pedías pruebas de mi amor; aquí las tienes todas en una sola. ¡Ah! No veo más que clemencia y perdón, y felicidad eterna en tu venganza… cuando hayas designado así una mujer como tuya, cuando tengas un alma esclava que lleve tu clave roja, bien, no podrás nunca abandonarla, serás mío para siempre. Aislándome en la tierra, estarás al cargo de mi felicidad, bajo pena de ser un cobarde, ¡y yo te sé noble, grande! Pero la mujer que ama se marca siempre a sí misma. Vengan, señores, vengan y marquen, marquen a la duquesa de Langeais. Ella es para siempre del señor de Montriveau. Entren rápido todos, mi frente me quema más que su hierro.

Armand se volvió rápidamente para no ver a la duquesa palpitante, arrodillada. Dijo una palabra que hizo desaparecer a los tres amigos. Las mujeres habituadas a la vida de los salones conocen bien el juego de los espejos. Así la duquesa, interesada en leer bien en el corazón de Armand, era toda ojos. Armand, que no desconfiaba de su espejo, dejó ver dos lágrimas rápidamente secadas. Todo el futuro de la duquesa estaba en esas dos lágrimas. Cuando volvió para levantar a la señora de Langeais, la encontró de pie, se creía amada. También debió palpitar vivamente, oyendo a

Montriveau decirle, con la firmeza que ella había sabido tomarse tan bien antaño cuando se reía de él:

—Le hago gracia, señora. Puede creerme, esta escena será como si no hubiera ocurrido jamás. Pero digámonos adiós aquí. Me gusta pensar que ha sido franca en su sofá con sus coqueterías, franca aquí con su efusión del corazón. Adiós. Ya no siento fe. Usted aún me atormentaría, aún sería duquesa. Y… pero adiós, no nos entenderemos jamás. ¿Qué desea, ahora? —Dijo, tomando un aire de maestro de ceremonias—. ¿Volver a su casa o al baile de la señora de Sérizy? He empleado todo mi poder en dejar su reputación intacta. Ni sus criados ni la sociedad pueden saber nada de lo que ha pasado entre nosotros desde hace un cuarto de hora. Su gente cree que está en el baile; su coche no ha dejado el patio de la señora de Sérizy. Su coupé puede encontrarse también en el de su palacete. ¿Dónde quiere estar?

—¿Cuál es su parecer, Armand?

—No hay más Armand, señora duquesa. Somos extraños el uno para el otro.

—Lléveme entonces al baile —dijo, curiosa aún de poner a prueba el poder de Armand—. Arroje al infierno de la sociedad a una criatura que sufría en ella, y que debe continuar sufriendo, si para ella no existe más la felicidad. ¡Oh! Amigo mío, yo le amo sin embargo como aman vuestras burguesas. Le amo como para saltarle al cuello en el baile, ante todo el mundo, si usted lo pidiera. Esa sociedad horrible no me ha corrompido. Venga, soy joven y me acabo de rejuvenecer todavía más. Sí, soy una niña, tu niña, me acabas de crear. ¡Oh! ¡No me destierres de mi Edén!

Armand hizo un gesto.

—¡Ah! Si salgo, déjame llevarme algo de aquí, ¡una tontería! Esto, para ponerlo esta noche sobre mi corazón —dijo, apropiándose del gorro de Armand, que enrolló en su pañuelo…

—No —prosiguió ella—, no soy de este mundo de mujeres depravadas; no lo conoces, y entonces no me puedes apreciar; sábelo, entonces! Algunas se entregan por unos escudos; otras son

sensibles a los regalos; todo es infame. ¡Ah! Quisiera ser una simple burguesa, una obrera, si tú prefieres a una mujer inferior a ti, antes que a una mujer en quien la abnegación se alía con las grandezas humanas. ¡Ah! Mi Armand, hay entre nosotros mujeres nobles, grandes, castas, puras, y entonces son deliciosas. Quisiera poseer todas las noblezas para sacrificártelas; la desgracia me ha hecho duquesa; quisiera haber nacido cerca del trono, no me faltaría nada para sacrificarte. Yo sería una modistilla para ti y una reina para los demás.

Él escuchaba mientras humectaba sus puros.

—Cuando quiera partir —dijo—, avíseme…

—Pero quisiera quedarme…

—¡Nada de eso! —dijo él.

—Mira, ¡éste estaba mal colocado! —exclamó ella apropiándose de un puro, y devorando lo que los labios de Armand habían dejado.

—¿Fumarías? —le dijo él.

—¡Oh! ¡Qué no haría yo por complacerte!

—Bien, váyase, señora…

—Obedezco —dijo ella llorando.

—Es preciso cubrirle la cara para no ver los caminos por los que va a pasar.

—Estoy lista, Armand —dijo, vendándose los ojos.

—¿Puede ver?

—No.

Él se puso despacio a sus rodillas.

—¡Ah! Te oigo —dijo ella dejando escapar un gesto lleno de cortesía, creyendo que ese fingido rigor iba a cesar.

Él quiso besarle los labios, ella se avanzó.

—Puede ver, señora.

—Es que soy un poco curiosa.

—Entonces, ¿aún me engaña?

—Ah! —dijo ella con la rabia de la grandeza incomprendida—. Quíteme este pañuelo y condúzcame, señor, no abriré los ojos.

Armand, seguro de la honradez al oír su llamada, guió a la duquesa que, fiel a su palabra, se hizo notablemente ciega; pero, tomándola paternalmente por la mano para hacerla subir, luego bajar, Montriveau estudió las vivas palpitaciones que agitaban el corazón de esa mujer tan rápidamente invadida por un amor verdadero. La señora de Langeais, contenta de poder hablarle así, se complació en decírselo todo, pero él permaneció inflexible; y cuando la mano de la duquesa le interrogaba, la suya permanecía muda. Por fin, después de haber caminado por algún tiempo juntos, Armand le dijo que avanzara, ella avanzó, y se dio cuenta de que él impedía que su vestido rozara las paredes de una obertura sin duda estrecha. La señora de Langeais se emocionó con este cuidado, que delataba aún un poco de amor; pero éste fue de alguna forma el adiós de Montriveau, ya que la dejó sin mediar palabra. Sintiéndose en una atmósfera cálida, la duquesa abrió los ojos. Se vio sola ante la chimenea del salón de la duquesa de Sérizy. Su primer cuidado fue el de reparar el desorden de su aspecto; rápidamente ajustó su vestido y restableció la poesía de su peinado.

—Y bien, mi querida Antoinette, la hemos buscado por todas partes —dijo la condesa abriendo la puerta del tocador.

—He venido a respirar aquí —dijo ella— en los salones hace un calor insoportable.

—Creíamos que se había ido; pero mi hermano Ronquerolles me ha dicho haber visto a sus criados que la esperan.

—Estoy destrozada, querida, déjeme descansar aquí un momento.

Y la duquesa se sentó en el diván de su amiga.

—¿Qué tiene, entonces? Está temblando toda.

El marqués de Ronquerolles entró.

—Temo, señora duquesa, que le ocurra algún accidente. Acabo de ver a su cochero bebido como los veintidós cantones[59].

La duquesa no respondió. Miraba la chimenea, los cristales, buscando en ellos las huellas de su pasaje; entonces, experimentó una sensación extraordinaria al verse en medio de las alegrías del

baile después de la terrible escena que acababa de dar otro curso a su vida. Se puso a temblar violentamente.

—Tengo los nervios exasperados por la predicción que me ha hecho aquí el señor de Montriveau. Aunque sea una broma, voy a ver si su hacha de Londres me turbará incluso en sueños. Adiós pues, querida. Adiós, señor marqués.

Atravesó los salones, donde fue detenida por aduladores que le causaron lástima. La sociedad le pareció pequeña al sentir que ella, tan humillada, tan pequeña, era su reina. Por lo demás, ¿qué eran los hombres, delante del que ella amaba verdaderamente y cuyo carácter había retomado las proporciones gigantescas que habían sido disminuidas momentáneamente por ella, pero que entonces ella misma aumentaba quizá sobremanera? No pudo evitar mirar a aquel de sus criados que la había acompañado, y le vio bien dormido.

—¿No ha salido de aquí? —le preguntó.

—No, señora.

Al subir a su carroza, efectivamente observó a su cochero en un estado de embriaguez del que se hubiera asustado en cualquier otra circunstancia; pero las grandes sacudidas de la vida despojan al miedo de sus alimentos vulgares. Por lo demás, llegó a su casa normalmente; pero se sentía cambiada y presa de sentimientos completamente nuevos. Para ella no existía ya más que un hombre en el mundo, es decir que ella deseaba tener algún valor a partir de ahora para él solo. Si los fisiólogos pueden rápidamente definir el amor ciñéndose a las leyes de la naturaleza, los moralistas se sienten más incómodos al explicarlo cuando lo quieren considerar en todos los aspectos que la sociedad le ha dado. Sin embargo existe, a pesar de las herejías de las mil sectas que dividen la iglesia amorosa, una línea recta y marcada que parte netamente sus doctrinas, una línea que las discusiones nunca curvarán, y cuya inflexible aplicación explica la crisis en la que, como casi todas las mujeres, la duquesa de Langeais estaba sumida. Todavía no amaba, tenía una pasión.

El amor y la pasión son dos estados del alma diferentes que poetas y gente de mundo, filósofos y bobos, confunden continuamente. El amor implica una mutualidad de sentimientos, una certeza de gozo que nada puede alterar, así como un constante intercambio de placeres, una adherencia demasiado completa de los corazones como para incluir a los celos. La posesión es, entonces, un medio y no un objetivo; una infidelidad hace sufrir, pero no desprende; el alma no es ni más ni menos ardiente ni está más o menos enturbiada, sino que es incesantemente feliz; al fin, el deseo esparcido por un soplo divino de un extremo al otro en la inmensidad del tiempo nos lo tiñe de un mismo color: la vida es azul como un cielo puro. La pasión es el presentimiento del amor y del infinito al que aspiran todas las almas que sufren. La pasión es una esperanza que quizá será burlada. Pasión significa a la vez sufrimiento y transición; la pasión cesa cuando la esperanza muere. Tanto hombres como mujeres pueden concebir varias pasiones sin verse deshonrados: ¡es tan natural lanzarse hacia la felicidad! Pero en la vida no hay más que un amor. Todas las discusiones sobre los sentimientos, escritas o verbales, pueden entonces verse resumidas por estas dos preguntas: ¿Es una pasión? ¿Es el amor? El amor no existe sin el conocimiento íntimo de los placeres que lo perpetúan, la duquesa estaba, pues, bajo el yugo de una pasión: por tanto, experimentó sus agitaciones voraces, sus cálculos involuntarios, sus deseos desecantes, en fin, todo lo que la palabra «pasión» expresa: sufrió. En medio de las confusiones de su alma, encontraba torbellinos levantados por su vanidad, por su amor propio, por su orgullo o su arrogancia: todas estas variedades del egoísmo se sostienen mutuamente. Le había dicho a un hombre: «¡Te amo, soy tuya!». ¿Podía la duquesa de Langeais haber proferido semejantes palabras inútilmente? Debía ser amada o abdicar de su rango social. Sintiendo entonces la soledad de su lecho voluptuoso donde la voluptuosidad todavía no había posado sus pies calientes, allí se revolcaba y se agitaba, repitiéndose: «¡Quiero ser amada!». Y la fe que todavía quedaba en ella le daba la esperanza de conseguirlo. La

duquesa había sido picada, la vanidosa parisina estaba humillada, la mujer verdadera podía entrever la dicha, y su imaginación, vengadora del tiempo perdido por la naturaleza, disfrutaba haciendo prender en ella los fuegos inextinguibles del placer. Casi alcanzaba las sensaciones del amor; puesto que, en la duda de ser amada que la golpeaba, se complacía diciéndose a sí misma «¡Le amo!». Deseaba arrojar la sociedad y a Dios a los pies de él. Ahora Montriveau era su religión. Pasó el día siguiente en un estado de estupor moral mezclado con agitaciones corporales que no podrían expresarse. Rompió tantas cartas como había escrito, e hizo mil suposiciones imposibles. A la hora en que Montriveau solía venir, quiso creer que llegaría y se complació esperándole. Su vida se concentraba únicamente en el sentido del oído. A menudo cerraba los ojos y se esforzaba en escuchar a través de los espacios. Entonces deseaba el poder de destruir cualquier obstáculo entre ella y su amante con el fin de obtener el silencio absoluto que permite percibir el ruido a distancias enormes. En ese recogimiento, las pulsaciones de su péndulo le resultaban odiosas, eran una especie de cháchara siniestra que ella misma detuvo. En el salón sonó la medianoche.

«¡Dios mío!» —se dijo ella— «verle aquí sería la felicidad. Sin embargo, antes venía, guiado por el deseo. Su voz llenaba este tocador. ¡Y ahora, nada!».

Al recordar las escenas de coquetería interpretadas por ella misma, y que se lo habían arrebatado, sus ojos vertieron lágrimas de desesperación durante mucho tiempo.

—Señora duquesa —le dijo su ayudante de cámara—, quizá no sabe que son las dos de la madrugada, he creído que la señora se encontraba indispuesta.

—Sí, voy a acostarme; pero recuerde, Suzette —dijo la señora de Langeais secando sus lágrimas—, no entre nunca en mi tocador sin mi permiso, y no se lo diré por segunda vez.

Durante una semana, la señora de Langeais fue a todas las casas donde esperaba encontrar al señor de Montriveau. Contrariamente a

sus costumbres, llegaba temprano y se retiraba tarde; ya no bailaba, sólo fingía. ¡Tentativas inútiles! No pudo llegar a ver a Armand, de quien no osaba ni tan sólo pronunciar el nombre. Sin embargo, una noche, en un momento de desesperación, dijo a la señora de Sérizy con tanta indiferencia como pudo simular:

—¿Así, está usted enemistada con el señor de Montriveau? Ya no le veo en su casa.

—¿Que ya no viene aquí? —respondió la condesa riéndose—. Por otra parte, no se le ve en ningún lugar, sin duda estará ocupado con alguna mujer.

—Creía —retomó la duquesa con suavidad—, que el marqués de Ronquerolles era uno de sus amigos…

—Nunca he oído decir a mi hermano que le conociese.

La señora de Langeais no respondió. La señora de Sérizy creyó entonces poder fustigar impunemente una amistad discreta que le había resultado amarga durante tanto tiempo, y retomó la palabra.

—Entonces añora a ese triste personaje. He oído decir cosas monstruosas de él: si le ofende, no volverá jamás porque no perdona nada; si le ama, la esclavizará. A todo esto que digo de él, uno de aquellos que lo ponen por las nubes me respondía siempre con lo mismo: «¡Él sabe amar!». No dejan de repetirme: «Montriveau lo dejará todo por su amigo, tiene un alma inmensa». ¡Ah! ¡Bah! La sociedad no necesita almas tan grandes. Los hombres con ese carácter están muy bien en su casa, que se queden allí y nos dejen nuestras pequeñeces. ¿Qué opina, Antoinette?

A pesar de sus hábitos mundanos, la duquesa pareció agitada, pero sin embargo dijo con una naturalidad que engañó a su amiga:

—Estoy enfadada por no verle. Tenía bastante interés por él y le profesaba una sincera amistad. Quizá me encuentra ridícula, amiga mía, me gustan las grandes almas. Entregarse a un tonto, ¿no es admitir claramente que una se guía sólo por los sentidos?

La señora de Sérizy nunca había *distinguido* sino a gentes vulgares, y en ese momento era amada por un buen hombre, el marqués de Aiglemont.

La condesa abrevió su visita, podéis creerlo. Entonces, la señora de Langeais, que veía una esperanza en el retiro completo de Armand, enseguida le escribió una carta humilde y tierna que le debía conducir hasta ella, si todavía la amaba. Al día siguiente hizo llevar la carta por su ayuda de cámara y, cuando éste volvió, le preguntó si se la había entregado a Montriveau en persona; entonces, ante la afirmación, no pudo contener una expresión de júbilo. ¡Armand estaba en París y se encontraba solo en su casa, sin salir a la sociedad! Era amada, entonces. Durante todo el día esperó una respuesta, pero ésta no llegó. En medio de las continuas crisis que le daba la impaciencia, Antoinette justificaba esa demora: Armand estaría avergonzado y la respuesta vendría por correo; pero por la noche ya no podía engañarse más. Un día horrible, mezclado de sufrimientos que complacen, de palpitaciones que abruman, excesos de corazón que desgastan la vida. Al día siguiente envió a buscar una respuesta a casa de Armand.

—El señor marqués ha hecho decir que vendría a casa de la duquesa —respondió Julien.

Ella se escapó para no dejar ver su felicidad y fue a echarse en su sofá para devorar sus primeras emociones.

—¡Va a venir! —Este pensamiento le desgarró el alma—. Son desdichados, en efecto, los seres para los que la espera no es la más horrible de las tempestades y la fecundación de los placeres más dulces; esas gentes no tienen en ellos la llama que despierta las imágenes de las cosas, y que duplica a la naturaleza atándonos tanto a la esencia pura de los objetos como a su realidad. ¿En el amor, esperar no es agotar incesantemente una esperanza cierta, librarse al flagelo terrible de la pasión, que se ve feliz sin los desencantos de la verdad? Emanación constante de fuerza y deseos, la espera ¿no es para el alma humana lo mismo que son, para ciertas flores, sus exhalaciones perfumadas? Pronto hemos abandonado los relucientes y estériles colores del coreopsis o de los tulipanes, y volvemos a aspirar sin cesar los deliciosos aromas del naranjo o la volkameria, dos flores cuyas patrias han comparado

involuntariamente con jóvenes prometidas llenas de amor, bellas por su pasado, bellas por su futuro.

La duquesa se instruyó sobre los placeres de su nueva vida sintiendo con una especie de embriaguez estas flagelaciones del amor; con su cambio de sentimientos, encontró otros destinos y un mejor sentido para las cosas de la vida. Precipitándose a su tocador, comprendió lo que son los refinamientos en la apariencia, los cuidados corporales más minuciosos, cuando son ordenados por el amor y no por la vanidad; estos arreglos ya le ayudaban a soportar la duración del tiempo. Una vez terminado su aseo, volvió a sus agitaciones excesivas, a las fulminaciones nerviosas del horrible poder que hace fermentar todas las ideas, y que quizá no sea más que una enfermedad cuyos sufrimientos son deseados. La duquesa estaba lista a las dos de la tarde; el señor de Motriveau todavía no había llegado a las once y media de la noche. Explicar las angustias de esa mujer, que podía pasar por una niña consentida por la civilización, equivaldría a querer decir cuántas poesías el corazón puede concentrar en un pensamiento; querer pesar la fuerza exhalada por el alma al son de una campanilla, o estimar cuánta vida consume el abatimiento causado por el rodar de un coche que pasa sin detenerse.

—¿Se burla de mí? —dijo al oír sonar la medianoche.

Palideció, sus dientes chocaban, y se frotó las manos al abalanzarse hacia ese tocador donde antiguamente, pensó, él aparecía sin tan siquiera ser llamado. Pero se resignó. ¿Ella no le había hecho palidecer y sobresaltarse bajo las flechas afiladas de su ironía? La señora de Langeais comprendió el horror del destino de las mujeres que, privadas de todos los medios de acción que los hombres poseen, deben esperar cuando aman. Ir por delante de su amado es una falta que pocos hombres saben perdonar. La mayoría de ellos ve una degradación en este halago celestial; pero Armand tenía un alma grande y debía formar parte del pequeño número de hombres que saben saldar con un amor eterno tal exceso de amor.

«Pues bien, iré yo» —se dijo ella volviéndose en la cama sin poder atrapar el sueño— «iré a él, le tenderé la mano sin cansarme de dársela. Un hombre de elite ve promesas de amor y constancia en cada uno de los pasos que una mujer da hacia él. Sí, los ángeles deben bajar de los cielos para venir a los hombres, y quiero ser un ángel para él».

Al día siguiente escribió una de esas tarjetas donde destaca el espíritu de las diez mil Sévignés con que ahora cuenta París[60]. Sin embargo, para escribir esa deliciosa tarjeta, hacía falta ser la duquesa de Langeais y haber sido educada por la señora princesa de Blamont-Chauvry, saber quejarse sin rebajarse, volar con las dos alas desplegadas sin arrastrarse humildemente, gruñir sin ofender, rebelarse con gracia, perdonar sin comprometer la dignidad personal, decirlo todo sin reconocer nada. Julien se marchó. Julien era, como todos los ayudas de cámara, la víctima de los movimientos y contramovimientos del amor.

—¿Qué le ha respondido? ¿El señor de Montriveau? —le dijo a Julien con tanta indiferencia como pudo cuando él fue a rendirle cuentas de su misión.

—El señor marqués me ha pedido que le diga a la señora duquesa que está bien.

¡Horrible reacción del alma sobre ella misma! Recibir los asuntos del corazón ante testigos curiosos y no murmurar, y verse forzada al silencio. ¡Uno de los mil dolores del rico!

Durante veintidós días, la señora de Langeais escribió al señor de Montriveau sin obtener respuesta. Terminó por decir que estaba enferma con tal de excusarse de sus deberes, ya fuera hacia la princesa, a quien se sentía unida, o bien hacia la sociedad. No recibía más que a su padre, el duque de Navarreins, a su tía, la princesa de Blamont-Chauvry, al viejo vídamo de Pamiers, su tío-abuelo materno, y al tío de su marido, el duque de Grandlieu. Estas personas se creyeron fácilmente la enfermedad de la señora de Langeais, al encontrarla cada día más abatida, pálida y delgada. Los vagos ardores de un amor real, las irritaciones del orgullo herido, la

picadura constante del único desprecio que podía alcanzarla, sus arrebatos hacia placeres perpetuamente deseados, perpetuamente traicionados; en fin, todas sus fuerzas excitadas inútilmente, minaban su doble naturaleza. Pagaba los atrasos de su vida equivocada. Al fin salió para asistir a un desfile donde debía encontrar al señor de Montriveau. Situada en el balcón de las Tullerías, junto a la familia real, la duquesa tuvo una de esas fiestas de las que el alma guarda un largo recuerdo.

Apareció sublime de languidez, y todos los ojos la saludaron con admiración. Intercambió algunas miradas con Montriveau, cuya presencia la hacía tan bella. El general desfiló casi a sus pies en todo el esplendor de su uniforme militar, cuyo efecto en la imaginación femenina es reconocido incluso por las personas más mojigatas. Para una mujer bien educada que no había visto a su amante en dos meses, ese momento fugaz ¿no debió parecerse a esa fase de los sueños en que nuestra vista abraza fugazmente a una naturaleza sin horizontes? Así, sólo las mujeres o los jóvenes pueden imaginarse la avidez estúpida y delirante que expresaron los ojos de la duquesa. En cuanto a los hombres, si durante su juventud han sentido tales fenómenos de la capacidad nerviosa en el paroxismo de sus primeras pasiones, más tarde los olvidan tan completamente que llegan a negar esos exuberantes éxtasis, único nombre que puede darse a esas magníficas intuiciones. El éxtasis religioso es la locura del pensamiento liberado de las ataduras corporales; mientras que, en el éxtasis amoroso, las fuerzas de nuestras dos naturalezas se confunden, se unen y se abrazan. Cuando una mujer es presa de las tiranías furiosas bajo las que la señora de Langeais se doblegaba, las resoluciones definitivas se suceden tan rápidamente que es imposible dar cuenta de ellas. Los pensamientos, entonces, nacen los unos de los otros, y corren en el alma como esas nubes llevadas por el viento sobre un fondo grisáceo que vela el sol. Desde entonces, los hechos lo dicen todo. Veamos pues los hechos. El día después del desfile, la señora de Langeais envió su coche y su hombre de librea a esperar a la puerta del marqués de Montriveau

desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Armand residía en la calle Seine, a unos pasos de la cámara de los pares, donde aquel día debía celebrarse una sesión. Pero mucho tiempo antes de que los pares llegaran a su palacio, algunas personas pudieron ver el coche y la librea de la duquesa. Un joven oficial desdeñado por la señora de Langeais, y recogido por la señora de Sérizy, el barón de Maulincour, fue el primero en reconocerles. Fue en el acto a contarle a su amante, bajo secreto, esa extraña locura. Enseguida la noticia fue llevada telegráficamente al conocimiento de todas las camarillas del faubourg Saint-Germain, llegó al castillo, al Elysée-Bourbon[61], se convirtió en el rumor del día, en el tema de todas las conversaciones, del mediodía a la noche. Casi todas las mujeres negaban el hecho, pero de una manera que lo hacía creer; y los hombres lo creían, manifestando el interés más indulgente por la señora de Langeais.

—Ese salvaje de Motriveau tiene un carácter de bronce, sin duda habrá exigido este escándalo —decían unos, echándole la culpa a Armand.

—Pues bien —decían los otros— ¡la señora de Langeais ha cometido la más noble de las imprudencias! Ante todo París, renunciar por su amante a la sociedad, a su rango, a su fortuna, a la consideración, es un golpe de estado femenino, hermoso como el golpe de cuchillo de ese peluquero que tanto emocionó a Canning en el tribunal de lo penal[62]. Ninguna de las mujeres que culpan a la duquesa haría una declaración como ésta, digna de los tiempos antiguos. La señora de Langeais es heroica al ponerse a sí misma en evidencia de manera tan franca. Ahora ya no puede amar más que a Montriveau. ¿No hay cierta grandeza para una mujer en decir «no tendré más que una pasión»?

—¿En qué se convertirá la sociedad, señor, si se honra así al vicio, sin respeto por la virtud? —dijo la esposa del procurador general, la condesa de Grandville.

Mientras el castillo, el faubourg y la Chaussée-d'Antin charlaban sobre el naufragio de esa virtud aristocrática; mientras los jóvenes

apresurados corrían a caballo para asegurarse, al ver el coche en la calle Seine, de que la duquesa estaba realmente en casa del señor de Montriveau, ella yacía palpitante al fondo de su tocador. Armand, que no había dormido en casa, paseaba por las Tullerías con el señor de Marsay. Finalmente, los mayores de la señora de Langeais se visitaban unos a otros y se citaban en su casa para advertirle y pensar en los medios de detener el escándalo causado por su conducta. A las tres, el señor duque de Navarreins, el vídamo de Pamiers, la anciana princesa de Blamont-Chauvry y el duque de Grandlieu se encontraban reunidos en el salón de la señora de Langeais y la esperaban allí. A ellos, igual que a varios curiosos, les habían dicho que la señora había salido. La duquesa no había exceptuado a nadie de aquella consigna. Estos cuatro personajes, ilustres en la esfera aristocrática a la que el almanaque de Gotha consagra anualmente las revoluciones y pretensiones hereditarias, requieren un rápido esbozo sin el cual este cuadro social quedaría incompleto[63].

La princesa de Blamont-Chauvry era, en el mundo femenino, el despojo más poético del reinado de Luis XV, a cuyo renombre ella había contribuido en buena parte, según se decía, durante su hermosa juventud. De sus antiguos encantos sólo le quedaba una nariz notablemente prominente, delgada, curvada como una persiana, ornamento principal en una figura parecida a un viejo guante blanco; también algunos cabellos cardados y empolvados; las chinelas con tacones, el gorro de encaje, mitones negros y *satisfacciones perfectas*. Pero, para hacerle justicia, es necesario añadir que tenía una idea tan alta de sus ruinas que se escotaba por las noches, llevaba guantes largos, y aún se teñía las mejillas con el clásico colorete de Martin[64]. Una amabilidad temible en sus arrugas, un fuego prodigioso en sus ojos, una dignidad profunda en toda su persona, en su lengua un espíritu de triple aguijón, en su cabeza una memoria infalible, hacían de esa anciana mujer una verdadera potencia. Tenía, en el pergamino de sus sesos todo el gabinete de títulos y conocía las alianzas de las casas principescas,

ducales y condales de Europa, hasta llegar a conocer dónde se encontraban los últimos descendientes de Carlomagno. Tampoco se le podía escapar ninguna usurpación de título. Los jóvenes que querían ser bien considerados, los ambiciosos, las muchachas, le rendían homenaje constantemente. Su salón era una autoridad en el faubourg Saint-Germain. Las palabras de ese Talleyrand femenino permanecían como sentencias. Ciertas personas iban a su casa para obtener consejos sobre etiqueta o costumbres, y para buscar lecciones de buen gusto. Ciertamente, ninguna anciana sabía embolsarse la tabaquera como ella; y tenía unos movimientos de falda, al sentarse o cruzar las piernas, de una precisión, de una gracia que desesperaba a las jóvenes más elegantes. Durante un tercio de su vida la voz le había permanecido en la cabeza, pero no había podido evitar que descendiera a las membranas de la nariz, lo que la hacía sonar de manera extrañamente significativa. De su gran fortuna le quedaban ciento cincuenta mil *libras* en bosques, generosamente aportadas por Napoleón. Así todo en ella, bienes y persona, era considerable. Esta curiosa antigüedad se hallaba en una poltrona, al lado de la chimenea, charlando con el vídamo de Pamiers, otra ruina contemporánea. Aquel viejo señor, antiguo comandante de la Orden de Malta, era un hombre alto, largo y flaco, que llevaba el cuello siempre apretado de manera que le comprimía las mejillas, que rebosaban ligeramente de la corbata, manteniéndole la cabeza alta; actitud llena de suficiencia en algunas personas, pero justificada en él por un espíritu volteriano. Sus ojos, a flor de cabeza, parecían verlo todo y efectivamente lo habían visto todo. Se metía algodón en las orejas. En fin, su persona ofrecía en conjunto un modelo perfecto de las líneas aristocráticas, líneas menudas y frágiles, flexibles y agradables, que, similares a las de la serpiente, pueden curvarse, erguirse, hacerse fluidas o agarrotarse a voluntad.

El duque de Navarreins se paseaba de un lado al otro del salón con el señor duque de Grandlieu. Ambos tenían cincuenta y cinco años y eran hombres todavía lozanos, robustos y bajos, bien

alimentados, con la tez algo colorada, los ojos fatigados y los labios inferiores ya caídos. Sin el tono exquisito de su lenguaje, sin la afable cortesía de sus maneras, sin su soltura, que podía de golpe transformarse en impertinencia, un observador superficial les habría podido tomar por banqueros. Pero todo error se disipaba al escuchar su conversación armada de precauciones hacia aquéllos a quienes temían, seca o vacía con sus iguales, pérfida para los inferiores, a quienes los cortesanos o los hombres de Estado saben domesticar con delicadezas verbosas y bendecir con una palabra inesperada. Tales eran los representantes de esa gran nobleza que quería morir o permanecer entera, que merecía tanto elogio como censura, y que será siempre juzgada imperfectamente hasta que un poeta la haya mostrado satisfecha de obedecer al rey al expirar bajo el hacha de Richelieu, y al despreciar la guillotina del 89 como una sucia venganza.

Estos cuatro personajes se distinguían todos por una voz aguda, particularmente en armonía con sus ideas y su compostura. Por lo demás, entre ellos reinaba la más perfecta igualdad. La costumbre de esconder sus emociones, adquirida en la corte, les evitaba sin duda manifestar el disgusto que les causaba la extravagancia de su joven pariente.

Para evitar que las críticas tachen de pueril el principio de la escena siguiente, puede ser necesario observar aquí que Locke, en compañía de señores ingleses renombrados por su ingenio, tan distinguidos por sus maneras como por su coherencia política, se divirtió cruelmente taquigrafiando su conversación con un procedimiento particular, y les hizo partirse de risa cuando se la leyó, para saber lo que se podía sacar de ellos[65]. En efecto, las clases elevadas tienen en todos los países una jerga de relumbrón que, lavada en las cenizas literarias o filosóficas, deja poquísimo oro en el crisol. En todos los niveles de la sociedad, salvo en algunos salones parisinos, el observador encuentra los mismos ridículos, diferenciados tan sólo por la transparencia o el grosor de su barniz. Así, las conversaciones sustanciales son la excepción social, y la

ignorancia predomina en las distintas zonas de la sociedad. Si necesariamente se habla mucho en las altas esferas, también se piensa poco. Pensar es fatigoso, y a los ricos les gusta ver fluir la vida sin grandes esfuerzos. Es también así, al comparar el meollo de las chanzas en las diferentes clases sociales, desde el chaval de París hasta el par de Francia, que el observador comprende la sentencia del señor de Talleyrand: *las maneras lo son todo,* traducción elegante del siguiente axioma judicial: *la forma determina el fondo.* A ojos del poeta, la ventaja será para las clases inferiores, que no dejan nunca de dar a sus pensamientos una ruda capa de poesía. Esta observación quizá hará comprender la infertilidad de los salones, su vacío, su poca profundidad, y la repugnancia que las gentes superiores experimentan al hacer el mal negocio de intercambiar allí sus ideas.

El duque se paró de golpe, como si hubiera tenido una idea luminosa, y dijo a su vecino:

—Entonces, ¿ha vendido a Thornton?

—No, está enfermo. Tengo miedo de perderle, quedaría desolado; es un caballo excelente para la caza. ¿Sabe usted cómo está la duquesa de Marigny?

—No, no he ido esta mañana. Salía para verla cuando usted ha venido a hablarme de Antoinette. Pero estaba muy mal ayer, estábamos desesperados. Le han dado la extremaunción.

—Su muerte cambiará la posición de su primo.

—En absoluto; ha dejado hechas sus reparticiones en vida y se había reservado una pensión que le pagaba su sobrina, la señora de Soulanges, a quien ha dado las tierras de Guébriant como renta vitalicia.

—Será una gran pérdida para la sociedad. Era una buena mujer. Su familia echará de menos una persona cuyos consejos y experiencia tenían un buen alcance. Sea dicho entre nosotros, ella era el cabeza de familia. Su hijo, Marigny, es un hombre amable; es agudo; sabe conversar. Es agradable, muy agradable; ¡oh! Es agradable sin duda; pero… sin ingenio en su conducta. ¡Y bien, cosa

extraordinaria!, es muy refinado. El otro día, cenaba en el Círculo con todos los ricachones de la Chaussée-d'Antin, y el tío de usted (que siempre va a hacer su partida) le vio. Sorprendido al verle, le pregunta si es del Círculo[66]. «Sí, ya no salgo a la sociedad, vivo con los banqueros». ¿Sabe usted por qué? —dijo el marqués lanzando una sutil sonrisa al duque[67].

—No.

—Está encaprichado de una recién casada, esa pequeña señora Keller, hija de Gondreville, una mujer que parece estar muy de moda en esos círculos.

—Pero Antoinette tampoco se aburre, por lo que parece —dijo el viejo vídamo.

—El afecto que siento por esta pequeña dama me resulta un singular pasatiempo en este momento —le respondió la princesa guardándose la tabaquera.

—Mi querida tía —dijo el duque deteniéndose—, estoy desesperado. Sólo un hombre de Bonaparte sería capaz de exigir semejantes inconveniencias a una mujer respetable. Entre nosotros, Antoinette debería haber escogido mejor.

—Querido —respondió la princesa—, los Montriveau son antiguos y están bien relacionados. Están ligados a toda la alta nobleza de Borgoña. Si los Rivaudoult de Arschoot, de la rama Dulmen, se extinguieran en Galicia, los Montriveau recibirían los bienes y títulos de los Arschoot; los heredarían por su bisabuelo.

—¿Está segura?

—Lo sé mejor de lo que lo sabía su propio padre, a quien veía a menudo y a quien enseñé. Aunque era caballero de las órdenes del rey[68], se burlaba de ello; era un enciclopedista. Pero su hermano se aprovechó bien de ello en su emigración. He oído decir que sus parientes del norte habían sido perfectos para él…

—Sí, ciertamente. El conde de Montriveau murió en Petersburgo donde yo le conocí —dijo el vídamo—. Era un hombre gordo con una increíble pasión por las ostras.

—¿Cuantas solía comer, entonces? —dijo el duque de Grandlieu.

—Diez docenas cada día.

—¿Sin sentirse mal?

—En absoluto.

—¡Oh! ¡Pero es extraordinario! Esta debilidad ¿no le causó ni piedras, ni gota, ni molestia alguna?

—No, se encontraba perfectamente y murió por accidente.

—¡Por accidente! La naturaleza le había mandado comer ostras, seguramente porque le eran necesarias; pues, hasta cierto punto, nuestros gustos predominantes son condiciones de nuestra existencia.

—Opino como usted —dijo la princesa, con una sonrisa.

—Señora, siempre entiende las cosas maliciosamente —dijo el marqués.

—Sólo quiero hacerles comprender que una mujer joven entendería muy mal estos asuntos —respondió.

Se interrumpió para decir:

—Pero ¿y mi sobrina? ¡Mi sobrina!

—Querida tía —dijo el señor de Navarreins—, todavía no puedo creerme que haya ido a casa del señor de Montriveau.

—¡Bah! —hizo la princesa.

—¿Cuál es su opinión, vídamo? —preguntó el marqués.

—Si la duquesa fuera ingenua, creería…

—Pero una mujer que ama se vuelve ingenua, mi pobre vídamo. ¿Está usted envejeciendo?

—En fin, ¿qué hacer? —dijo el duque.

—Si mi querida sobrina es prudente —respondió la princesa—, esta noche irá a la corte, ya que, por suerte, hoy es lunes, día de recepción; deberían ustedes rodearla bien y desmentir todo este rumor ridículo. Hay mil maneras de explicar las cosas; y si el marqués de Montriveau es un hombre galante, se prestará a ello. Haremos entrar en razón a esos chiquillos…

—Pero es difícil hacer frente al señor de Montriveau, querida tía, es un alumno de Bonaparte, y tiene una posición. ¡Cómo, pues! Es un noble de moda, tiene un cargo importante en la Guardia, donde

es muy útil. No tiene la menor ambición. A la primera palabra que le disguste, es capaz de decirle al rey: «He aquí mi dimisión, déjenme tranquilo».

—¿Qué ideas tiene, entonces?

—Muy malas.

—Verdaderamente —dijo la princesa—, el rey sigue siendo lo que siempre ha sido, un jacobino flordelisado[69].

—¡Oh! Un poco moderado —dijo el vídamo.

—No, hace mucho que le conozco. El hombre que decía a su mujer, el día en que ella asistió a su primera gran recepción: «¡Éstos son los nuestros!», mostrándole la corte, no podía ser más que un oscuro canalla. Reconozco perfectamente a un burgués en el rey. El mal hermano que votó tan mal en su despacho de la Asamblea Constituyente debe pactar con los liberales, dejarles hablar, discutir[70]. Esa filosofía hipócrita será tan peligrosa para el menor como lo fue para el primogénito; ya que no sé si su sucesor podrá librarse de los apuros que ese hombrón de pequeño espíritu se complace en causarle; por otra parte, lo execra, y sería feliz si pudiera decirse al morir: No reinará mucho tiempo.

—Tía, es el rey, tengo el honor de pertenecerle, y…

—Pero, querido, ¡su cargo le quita el derecho de hablar! Usted es de tan buena familia como los Borbones. Si los Guise hubieran tenido un poco más de decisión, Su Majestad sería hoy un pobre hombre. Me marcho de este mundo a tiempo, la nobleza ha muerto. Sí, todo está perdido para vosotros, hijos míos —dijo mirando al vídamo—. ¿La conducta de mi sobrina debe tener ocupada a toda la ciudad? Se ha equivocado, no la apruebo, un escándalo inútil es una falta; además, todavía dudo de ese descuido de las conveniencias, yo la eduqué y sé que…

En aquel momento la duquesa salió de su tocador. Había reconocido la voz de su tía y oído pronunciar el nombre de Montriveau. Iba con un salto de cama, y cuando se mostró, el señor de Grandlieu, que miraba despreocupadamente por la ventana, vio el coche de su sobrina regresando sin ella.

—Mi querida hija —le dijo el duque tomándole la cabeza y besándola en la frente— ¿es que no sabes lo que ocurre?

—¿Sucede algo extraordinario, padre querido?

—Todo París te cree en casa del señor de Montriveau.

—Querida Antoinette, no has salido, ¿verdad? —dijo la princesa tendiéndole la mano, que la duquesa besó con respetuoso cariño.

—No, querida madre, no he salido. Y he querido que todo París me creyera en casa del señor de Montriveau —dijo, volviéndose para saludar al vídamo y al marqués.

El duque alzó las manos al cielo, dio una palmada desesperada y se cruzó de brazos.

—Pero, ¿es que no sabe lo que va a resultar de este arrebato? —dijo por fin.

La anciana princesa se había alzado súbitamente sobre sus talones y miró a la duquesa, que a su vez se ruborizó y bajó la mirada; la señora de Chauvry la atrajo suavemente hacia ella y le dijo:

—Deje que la bese, mi pequeño ángel. —Entonces la besó en la frente muy afectuosamente, le estrechó la mano y prosiguió, sonriendo—: Ya no estamos bajo los Valois, querida hija. Ha comprometido a su marido, y a su estatus en la sociedad; sin embargo, pensaremos cómo arreglarlo.

—Pero no quiero arreglar nada, querida tía. Deseo que todo París sepa o diga que esta mañana estuve en casa del señor de Montriveau. Destruir este rumor, por falso que sea, es perjudicarme en gran manera.

—Hija mía, ¿quiere usted perderse y afligir a su familia?

—Padre: mi familia, sacrificándome a sus intereses, me ha condenado sin querer a desgracias irreparables. Puede reprocharme que busque alivios, pero también me compadecerá, desde luego.

—¡Tómense, pues, tanto trabajo para establecer convenientemente a sus hijas! —murmuró el señor de Navarreins al vídamo.

—Querida pequeña —dijo la princesa sacudiendo los granos de tabaco que habían caído en su vestido—, sea feliz si puede; no se trata de nublar su dicha, sino de adecuarla a las costumbres. Todos los que estamos aquí sabemos que el matrimonio es una institución defectuosa templada por el amor. Pero ¿hace falta hacerse la cama en el Carrousel, cuando se tiene un amante? Venga, sea un poco razonable y escúchenos.

—Escucho.

—Señora duquesa —dijo el duque de Grandlieu—, si se obligase a los tíos a cuidar a sus sobrinas, tendrían una posición en el mundo; la sociedad les debería honores, recompensas, tratos como se les da a las gentes del rey. Pero no he venido a hablarle de mi sobrino sino de sus intereses. Calculemos un poco. Si disfruta provocando un escándalo, conozco al marido, aunque no le aprecie mucho. Langeais es bastante avaro y el diablo en persona; se separará de usted, se quedará su fortuna, la dejará pobre y, en consecuencia, sin consideración. Las cien mil libras de renta que ha heredado recientemente de su tía-abuela materna pagarán los placeres de sus amantes, y se encontrará usted atada, amarrada por las leyes, obligada a decir *amén* a estos acuerdos. ¿Que el señor de Montriveau la dejará? Por Dios, querida sobrina, no nos equivoquemos, un hombre no la abandonará siendo joven y bella; sin embargo, ¡hemos visto a tantas mujeres hermosas desamparadas, incluso entre las princesas! Permítame una suposición casi imposible —así quiero creerlo—; ¿qué sería de usted sin marido? Cuídelo tanto como cuida su propia belleza, que es, después de todo, el paracaídas de las mujeres, tanto como lo es un marido. La creo siempre dichosa y amada; no tengo noticia de ningún acontecimiento desgraciado. Siendo así, tendrá hijos, por suerte o por desgracia. ¿Qué será de ellos, otros Montriveau? Pues bien, no heredarán toda la fortuna de su padre. Usted les querrá legar toda la suya, y él, toda la que a él le pertenece. Dios mío, no hay nada más natural. Encontrará las leyes contra usted. ¡Cuántos procesos hemos visto por parte de herederos legítimos contra los

hijos del amor! Oigo hablar de ello en todos los tribunales del mundo. Usted recurrirá a algún *fideicomiso:* si la persona en quien deposita su confianza la engaña, la justicia humana no sabrá nada de la verdad, pero sus hijos estarán arruinados. ¡Escoja bien, pues! Vea en qué dilemas se encuentra. De todas formas, sus hijos necesariamente serán sacrificados a la fantasía de su corazón y privados de su estatus. Dios mío, mientras sean pequeños, serán encantadores; pero un día le reprocharán que haya pensado más en usted que en ellos. Todo esto lo sabemos ya nosotros, ancianos gentilhombres. Los niños se hacen hombres y los hombres son ingratos. ¿No he oído al joven de Horn, en Alemania, decir después de cenar: «Si mi madre hubiera sido una mujer honesta, yo sería príncipe reinante?»[71]. Nos hemos pasado la vida oyendo decir este «Sí» a los plebeyos, y han hecho la revolución. Cuando los hombres no pueden acusar ni a su padre ni a su madre, culpan a Dios de su mala suerte. En resumen, querida niña, estamos aquí para iluminarla. Pues bien, concluiré con una palabra que deberá meditar: una mujer no debe darle motivos a su marido jamás.

—Tío, he calculado hasta tal punto que no amaba. Como usted, entonces veía sólo intereses allí donde no hay ya más que sentimientos para mí —dijo la duquesa.

—Pero, pequeña, la vida es simplemente una complicación de intereses y sentimientos —le contestó el vídamo—, y para ser feliz, sobre todo en la posición en la que se encuentra, hay que hacer concordar los sentimientos con los intereses. Se puede entender que una modistilla haga el amor a su fantasía; pero usted posee una bonita fortuna, una familia, un título, un lugar en la corte, y no debe tirarlo todo por la ventana. Para conciliarlo todo, ¿qué venimos a pedirle? Que manipule hábilmente la ley de las conveniencias, en lugar de violarla. Dios mío, pronto tendré ochenta años y no me acuerdo de haber encontrado, bajo ningún régimen, un amor que valiese el precio que usted quiere pagar por el de ese joven afortunado.

La duquesa, con su mirada, impuso silencio al vídamo; y si Montriveau lo hubiera visto, se lo habría perdonado todo.

—Esto haría un bonito efecto en el teatro —dijo el duque de Grandlieu—, y no significa nada cuando se trata de su parafernalia, de su posición y de su independencia. No es agradecida, querida sobrina. No encontrará muchas familias en las que los padres sean tan valientes como para ofrecer las enseñanzas de la experiencia y hacer oír el lenguaje de la razón a las jóvenes cabezas locas. Renuncie a su salvación en dos minutos, si desea condenarse; ¡de acuerdo! Pero reflexione bien cuando se trata de renunciar a sus rentas. No conozco confesor que nos absuelva de la miseria. Me creo en el derecho de hablarle así ya que, si usted se pierde, sólo yo podré ofrecerle asilo. Casi soy el tío de Langeais, y sólo yo tendría razón echándole a él la culpa.

—Hija mía —dijo el duque de Navarreins despertándose de una dolorosa meditación—, ya que habla de sentimientos, permítame hacerle observar que una mujer que lleva su nombre se debe a otros sentimientos distintos a los de la gente común. ¿Quiere entonces darle la razón a los liberales, a esos jesuitas de Robespierre que se esfuerzan en deshonrar la nobleza? Hay ciertas cosas que una Navarreins no puede hacer sin faltar a toda su dinastía. No sería usted la única deshonrada.

—Vamos —dijo la princesa— ya se trata de la deshonra… Hijos míos, no armen tanto escándalo por el paseo de un coche vacío, y déjenme sola con Antoinette. Vengan los tres a cenar conmigo. Yo me encargaré de arreglar las cosas convenientemente. Ustedes, hombres, no comprenden nada y ya empiezan a decir palabras con amargura, y no quiero verles reñidos con mi querida hija. Háganme el favor de marcharse.

Los tres caballeros adivinaron, sin duda, las intenciones de la princesa; saludaron a sus parientas, y el señor de Navarreins fue a besar a su hija en la frente, diciéndole: «Vamos, querida niña, sé buena. Si quieres, todavía estás a tiempo».

—¿No podríamos encontrar en la familia algún buen muchacho que le buscase problemas a ese Montriveau? —dijo el vídamo bajando las escaleras.

—Tesoro mío —dijo la princesa haciendo señal a su discípula para que se sentase en una sillita baja, a su lado, cuando se quedaron a solas—, no conozco nada más calumniado en este mundo terrenal que Dios y el siglo XVIII, ya que, recordando las cosas de mi juventud, no me acuerdo de que una sola duquesa pisoteara las convenciones como usted lo acaba de hacer. Los novelistas y escritorcillos han deshonrado el reinado de Luis XV; no les crea. La Du Barry, querida, valía tanto como la viuda de Scarron, y era mejor persona[72]. En mis tiempos, una mujer sabía guardar su dignidad en medio de las galanterías. Las indiscreciones nos han perdido. De ahí viene todo el mal. Los filósofos, esos don nadie que admitíamos en nuestros salones, han tenido la inconveniencia y la ingratitud de hacer el inventario de nuestros corazones, de desprestigiarnos en masa, en detalle, y de despotricar contra nuestro siglo, a cambio de nuestras bondades. El pueblo, mal situado para juzgar lo que sea, vio el fondo de las cosas sin ver su forma. Pero en aquel tiempo, corazón mío, los hombres y mujeres fueron tan excepcionales como en otras épocas de la monarquía. Ninguno de vuestros Werther, ninguna de vuestras notabilidades, como se dice ahora, ninguno de vuestros hombres con guantes amarillos y cuyos pantalones disimulan la pobreza de sus piernas, atravesaría Europa, disfrazado de vendedor ambulante, para ir a encerrarse, arriesgando la vida y desafiando las puñaladas del duque de Módena, en el cuarto de baño de la hija del regente[73]. Ninguno de vuestros pequeños tísicos con gafas de concha se escondería en un armario durante seis semanas, como lo hizo Lauzun para dar ánimos a su amante mientras esta alumbraba[74]. ¡Había más pasión en el meñique del señor de Jaucourt que en toda vuestra raza de discutidores que abandonan a las mujeres por una enmienda legal! ¡Encuéntreme usted hoy pajes que se dejen destrozar y sepultar bajo tierra por ir a besar el dedo enguantado de una Königsmark![75]. Hoy en día,

verdaderamente, parece que se hayan cambiado los papeles y que las mujeres deban sacrificarse por los hombres. Estos señores valen menos y se valoran demasiado. Créame, querida, todas las aventuras que han resultado públicas y de las que se arman hoy para injuriar a nuestro buen Luis XV eran ante todo secretas. A no ser por un montón de poetastros, rimadores y moralistas que entretenían a nuestras ayudas de cámara y escribían sus calumnias, nuestra época habría tenido costumbres literarias. Justifico el siglo, y no sus limitaciones. Quizá haya habido cien mujeres de calidad perdidas, pero los bribones dicen que fueron un millar, tal y como hacen los gacetilleros cuando cuentan los muertos del bando perdedor. Por otra parte, no sé lo que la Revolución y el Imperio nos pueden reprochar: ¡esos tiempos fueron licenciosos, sin espíritu, groseros! ¡Uf! Todo eso me subleva. ¡Son los malos momentos de nuestra historia! Este preámbulo, querida niña —siguió después de una pausa—, es para llegar a decirte que si Montriveau te gusta, eres dueña de amarle como quieras y tanto como puedas. Sé por experiencia (a menos que te encerremos, pero ya nadie encierra a nadie hoy en día) que harás lo que te plazca; y eso es lo que yo habría hecho a tu edad. La única diferencia, tesoro mío, es que yo no habría abandonado el derecho de hacer nuevos duques de Langeais. Así que compórtate decentemente. El vídamo tiene razón, ningún hombre vale uno sólo de los sacrificios con los que estamos dispuestas a hacer la locura de pagar por su amor. Ponte entonces en posición de poder encontrarte aún como esposa del señor de Langeais, por si alguna vez tuvieras la desgracia de arrepentirte. Cuando seas vieja, estarás a gusto oyendo misa en la corte y no en un convento de provincia, he aquí toda la cuestión. Una imprudencia significaría una pensión, una vida errante, estar a la merced de un amante; significaría el hastío de oír las impertinencias de las mujeres que valdrán menos que tú, precisamente porque ellas habrán sido innoblemente perspicaces. Habría sido cien veces mejor ir a casa de Montriveau por la noche, en coche de punto, disfrazada, que enviar tu coche en pleno día. ¡Eres una pequeña boba, querida niña! Tu

coche ha halagado su vanidad, tu persona le hubiera robado el corazón. Te he dicho lo que es justo y verdadero, pero no te lo tengo en cuenta. Eres de dos siglos atrás, con tu falsa grandeza. Vamos, déjanos arreglar tus asuntos, diremos que ese Montriveau ha embriagado a tus gentes para satisfacer su amor propio y comprometerte…

—En nombre del cielo, tía —exclamó la duquesa de un salto—, no le calumnie.

—¡Oh! Querida niña —dijo la princesa, cuyos ojos se animaron—, quisiera ver en ti ilusiones que no te fueran funestas, pero toda ilusión debe detenerse. Me enternecerías si no tuviera mi edad. Vamos, no des malestar a nadie, ni a él ni a nosotros. Me encargaré de contentar a todo el mundo; pero prométeme no permitirte dar ningún paso más sin antes consultármelo. Cuéntamelo todo, quizá te llevaré por buen camino.

—Tía, le prometo…

—Decírmelo todo…

—Sí, todo, todo lo que pueda decirse.

—Pero, corazón, aquello que no puede decirse es precisamente lo que quiero saber. Entendámonos. Vamos, déjame apoyar mis labios secos en tu bonita frente. No, déjame hacer, te prohíbo besar mis huesos. Los viejos tenemos nuestra propia cortesía… Vamos, llévame hasta mi carroza —dijo, tras haber besado a su sobrina.

—Querida tía, ¿entonces puedo ir a su casa disfrazada?

—Pues claro, eso siempre puede negarse después —dijo la anciana.

La duquesa sólo había comprendido claramente esta idea de todo el sermón que la princesa acababa de pronunciar. Cuando la señora de Chauvry se hubo sentado en la esquina de su coche, la señora de Langeais le dio un adiós gracioso y volvió a subir a su casa contenta.

—Mi persona le habría robado el corazón; mi tía tiene razón. Un hombre no debe rechazar a una mujer hermosa, cuando ella sabe ofrecerse bien.

Por la noche, en el círculo de la señora duquesa de Berri, el duque de Navarreins, el señor de Pamiers, el señor de Marsay, el señor de Grandlieu y el duque de Maufrigneuse desmintieron victoriosamente los rumores ofensivos que corrían sobre la duquesa de Langeais. Tantos oficiales y tantas personas testimoniaron que habían visto a Montriveau paseando en la Tullerías durante la mañana, que aquella estúpida historia fue atribuida al azar, que toma todo aquello que se le da. De ese modo, al día siguiente, la reputación de la duquesa se volvió limpia y clara como el yelmo de Mambrino[76] después de que Sancho lo lustrase, a pesar de aquella parada de su coche. Únicamente, en el bosque de Bolonia, a las dos, el señor de Ronquerolles pasando al lado de Montriveau por un camino desierto, le dijo sonriendo:

—¡Está bien, tu duquesa! Igual que siempre —añadió con un significativo golpe de fusta a su yegua, que salió como una bala.

Dos días después de su inútil arranque, la señora de Langeais escribió una carta al señor de Montriveau que quedó sin respuesta como las anteriores. Esta vez había tomado medidas y sobornado a Auguste, el ayuda de cámara de Armand. Así, por la noche, a las ocho, fue introducida en casa de Armand, en una habitación distinta a aquélla donde sucedió la escena que había permanecido secreta. La duquesa supo que el general no volvería. ¿Tenía dos domicilios? El sirviente no quiso responderle. La señora de Langeais había comprado la llave de esa habitación, pero no toda la integridad de ese hombre. Cuando se quedó sola vio sus catorce cartas encima de un viejo velador; no estaban ni arrugadas, ni abiertas; no habían sido leídas. Viendo esto, se echó en un sillón y perdió el conocimiento durante un momento. Al despertar, percibió a Auguste, que le hacía respirar vinagre.

—Un coche, rápido —dijo.

Cuando el coche llegó, bajó con una rapidez convulsiva, volvió a su casa, se metió en la cama e hizo guardar su puerta. Permaneció veinticuatro horas acostada, sin dejar que se le acercara más que su ayuda de cámara, que le llevaba algunas tazas de infusión de flor de

naranjo. Suzette oyó a su ama quejarse y vio lágrimas en sus ojos brillantes pero ojerosos. A los dos días, después de haber meditado en las lágrimas de la desesperación el partido que quería tomar, la señora de Langeais tuvo una conferencia con su hombre de negocios, y le encargó con determinación algunos preparativos. Después envió a buscar al viejo vídamo de Pamiers. Esperando al comandante, escribió al señor de Montriveau. El vídamo fue puntual. Encontró a su joven prima pálida, abatida, pero resignada. Eran alrededor de las dos de la tarde. Aquella divina criatura nunca había resultado más poética que entonces, en la languidez de su agonía.

—Querido primo —dijo al vídamo—, sus ochenta años le valen esta cita. ¡Oh! No sonría, se lo ruego, ante una pobre mujer en el colmo de su desdicha. Es usted un hombre galante, y quiero creer que las aventuras de su juventud le han inspirado alguna indulgencia por las mujeres.

—Ni la más mínima —dijo él.

—¡Vaya!

—Son afortunadas en todo —respondió él.

—¡Ah! Bien, usted está en el centro de mi familia; seguramente será el último pariente, el último amigo a quien habré estrechado la mano; puedo entonces reclamarle una buena ayuda. Querido vídamo, hágame un favor que no sabría pedirle a mi padre, ni a mi tío Grandlieu, ni a ninguna mujer. Tiene que comprenderme. Le suplico que me obedezca y que olvide que me ha obedecido, sea cual sea el resultado de sus trámites. Se trata de ir con esta carta a casa del señor de Montriveau, verle, enseñársela y pedirle —como saben ustedes pedirse las cosas de hombre a hombre, ya que tienen entre ustedes una honorabilidad, unos sentimientos que olvidan con nosotras— si querría leerla; no en su presencia, pues los hombres se esconden ciertas emociones. Le autorizo, si lo juzga necesario, y para hacerle decidir, a decirle que de ello depende mi vida o mi muerte. Si se digna…

—¡Dignarse! —dijo el comandante.

—Si se digna leerla —prosiguió con dignidad la duquesa— hágale una última observación. Le verá hoy a las cinco en su casa, cena a esa hora, lo sé; pues bien, por toda respuesta él debe venir a verme. Si tres horas más tarde, si a las ocho no ha salido, todo estará dicho. La duquesa de Langeais habrá desaparecido de este mundo. No moriré, querido, no; pero ningún poder humano podrá encontrarme en esta tierra. Venga a cenar conmigo, al menos tendré a un amigo para asistirme en mis últimas angustias. Sí, esta noche, querido primo, mi vida estará decidida; y, pase lo que pase, sólo puede ser cruelmente ardiente. Vamos, silencio, no quiero oír nada que se parezca a observaciones u opiniones. Charlemos, riamos —dijo ella tendiéndole la mano, que él besó—. Seamos como dos ancianos filósofos que saben disfrutar de la vida hasta el momento de su muerte. Me ataviaré, seré bien coqueta para usted. Quizá usted sea el último hombre que habrá visto a la duquesa de Langeais.

El vídamo no respondió nada, saludó, tomó la carta y fue a hacer el encargo. Regresó a las cinco y encontró a su prima minuciosamente arreglada, deliciosa. El salón estaba adornado con flores como para una fiesta. La comida fue exquisita. Para aquel anciano, la duquesa hizo gala de toda la brillantez de su ingenio, y se mostró más atractiva que nunca. El comandante quiso ver en todos esos aprestos una broma de mujer joven; pero, de vez en cuando, la falsa magia de las seducciones desplegadas por su prima palidecía. En ocasiones, la sorprendía temblando emocionada por una especie de terror repentino; y luego parecía que escuchaba en el silencio. Entonces, si él le decía:

—¿Qué le pasa?

—¡Silencio! —respondía ella.

A las siete, la duquesa dejó por un momento al anciano, y regresó rápidamente, pero vestida como lo podía haber estado su criada para un viaje; reclamó el brazo de su comensal, al que solicitó como acompañante, y se metió en un coche de alquiler. Ambos estuvieron, hacia las ocho menos cuarto, ante la puerta del señor de Montriveau.

Armand, por su parte, había estado meditando en ese rato sobre la siguiente carta:

Amigo mío, he pasado algunos momentos en su casa sin usted saberlo: he cogido de allí mis cartas. ¡Oh! Armand, no puede haber indiferencia de usted hacia mí, y el odio actúa de otra forma. Si me ama, termine con este juego cruel. Me mataría. Más tarde, estaría desesperado al saber cuánto le he amado. Si desgraciadamente le he comprendido, si sólo siente aversión por mí, la aversión provoca desprecio y asco, y entonces toda esperanza me abandona: los hombres jamás regresan de estos dos sentimientos. Tan terrible como lo pueda ser, este pensamiento traerá consuelo a mi largo dolor. Un día ya no tendrá remordimientos. ¡Remordimientos! Ah, mi Armand, que yo los ignore. ¡Si le causara uno solo…! No, no quiero decirle qué estragos causaría en mí. Viviría sin poder volver a ser su mujer. Después de haberme dado enteramente a usted en pensamiento, ¿a quién podría darme?… A Dios. Sí, los ojos que usted ha amado durante un instante no volverán a ver un rostro de hombre; y ¡que pueda cerrarlos la Gloria de Dios! No volveré a oír una voz humana después de haber escuchado la suya, tan dulce al principio, tan terrible ayer, pues siempre es el día siguiente a su venganza para mí; ¡que la palabra de Dios pueda consumirme! Entre su cólera y la vuestra, amigo mío, no habrá para mí más que lágrimas y rezos. Quizá se pregunte por qué le escribo. ¡Ay! No me censure por conservar un ápice de esperanza, por lanzar todavía un suspiro a la vida feliz antes de abandonarla para siempre. Me encuentro en una horrible situación. Tengo toda la serenidad que comunica al alma una gran decisión, y aún oigo los últimos rugidos de la tempestad. En aquella terrible aventura que me unió tanto a usted, Armand, usted iba del desierto al oasis, conducido por un buen guía. Pues bien, yo me arrastro del oasis al desierto y usted ha resultado para mí un guía sin piedad. Sin embargo, usted es el único, amigo mío, que puede comprender la melancolía de las últimas miradas que lanzo a la felicidad, y usted es el único a quien puedo quejarme sin ruborizarme. Si usted me complace, seré dichosa; si se vuelve inexorable, expiaré mis faltas. En fin, ¿no es natural que una mujer quiera permanecer en la memoria de su amado, cubierta de todos los sentimientos nobles? ¡Oh! ¡Mi único amor! Deje que su criatura se sepulte con la convicción de que la creerá grande. Su severidad me ha hecho reflexionar; y desde que le amo, me siento menos culpable de lo que usted piensa. Escuche pues mi justificación, se la debo; y usted, que lo es todo en este mundo para mí, me debe al menos un instante de justicia.

Por mis propios dolores he sabido hasta qué punto mi coquetería le ha hecho sufrir; pero entonces yo era completamente ignorante en el amor. Usted, en cambio, se encuentra en el secreto de esas torturas, y me las quiere imponer. Durante los primeros ocho meses que usted me otorgó, no se hizo amar en absoluto. ¿Por qué, amigo mío? Yo ya no sé cómo decírselo, así como no puedo explicarle por qué le amo. ¡Ah! Realmente me sentía halagada por ser el objeto de sus discursos apasionados, de recibir sus miradas de fuego; pero me dejaba usted fría y sin deseos. No, yo no era

mujer, no concebía ni la abnegación ni la felicidad de nuestro sexo. ¿De quién es la culpa? ¿No me habría despreciado, si me hubiese librado de usted sin más? Quizá lo sublime de nuestro sexo sea entregarse sin recibir ningún placer; pero ¿acaso no hay ningún mérito en abandonarse a unos goces conocidos y ardientemente deseados? Ay, amigo, se lo puedo decir, yo tenía estos pensamientos cuando era tan coqueta para usted; pero ya le encontraba tan grande que no quería que me aceptase por lástima… ¿Qué palabra acabo de escribir? ¡Ah! He cogido todas mis cartas de su casa, ¡las arrojo al fuego! Están ardiendo. Nunca sabrás cuánto amor, cuánta pasión y cuánta locura revelaban… Me callo, Armand, me detengo, no quiero decirle nada más de mis sentimientos. Si mis deseos no han sido comprendidos de alma a alma, yo, mujer, tampoco admitiría obtener su amor a causa de su lástima. Quiero ser amada irresistiblemente o abandonada despiadadamente. Si rechaza leer esta carta, también ella arderá. Si, habiéndola leído, no es usted mi único esposo para siempre al cabo de tres horas, ya no sentiré vergüenza al saberla entre sus manos: el orgullo de mi desesperación guardará mi memoria de toda injuria, y mi final será digno de mi amor. Aunque esté viva, al no encontrarme jamás en esta tierra, no podrá pensar usted sin estremecerse en una mujer que dentro de tres horas no respirará más que para colmarle de su ternura, en una mujer consumida por un amor sin esperanza y fiel, no a los placeres compartidos, sino a los sentimientos incomprendidos. La duquesa de Lavallière lloró una felicidad perdida, su poder desvanecido; mientras que la duquesa de Langeais será feliz con sus llantos y seguirá siendo una influencia para usted. Sí, me echará de menos. Noto que yo no pertenecía a este mundo, y le agradezco que me lo haya demostrado. Adiós, ya no volverá a tocar mi hacha; la suya era la del verdugo, la mía es la de Dios; la suya mata, la mía salva. Su amor era mortal, no sabía soportar ni el desdén ni la burla; el mío lo puede aguantar todo sin debilitarse, es inmortalmente vigoroso. ¡Ah! Siento una felicidad sombría al aplastarle, a usted, que se cree tan grande, al humillarle con la sonrisa tranquila y protectora de los ángeles débiles que adquieren, al acostarse a los pies de Dios, el derecho y la fuerza de velar en su nombre sobre los hombres. No ha tenido usted más que deseos pasajeros; mientras que la pobre religiosa le iluminará sin descanso con sus ardientes oraciones, y le cubrirá siempre con las alas del amor divino. Presiento su respuesta, Armand, y le doy una cita… en el cielo. Amigo, la fuerza y la debilidad se admiten allí por igual; ambas son sufrimientos. Este pensamiento calma las agitaciones de mi prueba final. Aquí me tienes, tan en calma que temería no amarte ya, si no fuera porque abandono este mundo por ti.

Antoinette

—Querido vídamo, dijo la duquesa al llegar a la casa de Montriveau, hágame el favor de preguntar en la puerta si se encuentra en casa.

El comandante, obedeciendo a la manera de los hombres del siglo XVIII, bajó y volvió para decirle a su prima un «sí» que la hizo estremecer. A esta palabra, tomó al comandante, le estrechó la mano, se dejó besar por él en ambas mejillas, y le rogó que la abandonase sin espiarla ni quererla proteger.

—¿Y los transeúntes? —dijo él.

—Nadie me puede faltar al respeto —dijo ella.

Éstas fueron las últimas palabras de la mujer de moda y de la duquesa. El comandante se marchó. La señora de Langeais permaneció bajo el umbral de la puerta, envuelta en su abrigo, y esperó a que sonaran las ocho. El tiempo expiró. Esa desgraciada mujer se dio diez minutos, un cuarto de hora; al final, quiso ver una nueva humillación en ese retraso, y la fe la abandonó. No pudo contener esta exclamación: «Oh, ¡Dios mío!». Y abandonó aquel umbral funesto. Fueron las primeras palabras de la carmelita.

Montriveau tenía una reunión con algunos amigos; les hizo apresurarse, pero su reloj se retrasaba, y sólo pudo salir hacia el palacete de Langeais en el momento en que la duquesa, arrebatada por una fría rabia, huía a pie por las calles de París. Ella lloró al alcanzar el *boulevard* d'Enfer. Allí, por última vez, contempló el París humeante, ruidoso, cubierto por esa atmósfera rojiza que causan sus luces; entonces cogió un coche de alquiler, y salió de aquella ciudad para no regresar jamás. Cuando el marqués de Montriveau llegó al palacete de Langeais, no encontró a su amante y se creyó burlado. Entonces corrió hacia la casa del vídamo, y fue recibido en el momento en que el buen señor se estaba poniendo la bata mientras pensaba en la suerte de su bella pariente. Montriveau le lanzó esa mirada terrible cuya conmoción eléctrica golpeaba a hombres y mujeres de igual manera.

—Señor, ¿se habría usted prestado a alguna broma cruel? —exclamó—. Vengo de casa de la señora de Langeais y sus criados dicen que ha salido.

—Sin duda ha ocurrido una gran desgracia por su culpa —respondió el vídamo—. He dejado a la duquesa ante su puerta…

—¿A qué hora?

—A las ocho menos cuarto.

—Le saludo —dijo Montriveau, que volvió precipitadamente a su casa para preguntar al portero si había visto a una mujer en la puerta durante la noche.

—Sí señor, una mujer hermosa que parecía tener un buen disgusto. Lloraba como una Magdalena, sin hacer ruido, y se aguantaba más tiesa que una estaca. Al final ha dicho un «Oh, ¡Dios mío!» cuando se iba, que nos ha partido el corazón, con perdón, a mi esposa y a mí, que estábamos allí sin que ella nos viera.

Estas pocas palabras hicieron palidecer a aquel hombre tan firme. Escribió algunas líneas al señor de Ronquerolles y se las envió en el acto, y volvió a subir a su apartamento. El marqués de Ronquerolles llegó hacia la medianoche.

—¿Qué tienes, mi buen amigo? —dijo al ver al general.

Armand le dio a leer la carta de la duquesa.

—¿Y bien? —le preguntó Ronquerolles.

—Estaba en mi puerta a las ocho, y ha desaparecido a las ocho y cuarto. ¡La he perdido, y la amo! ¡Ah! ¡Si mi vida me perteneciera, ya me habría hecho saltar los sesos!

—¡Bah! ¡Bah! —dijo Ronquerolles—, cálmate. Las duquesas no alzan el vuelo como las avecillas. No irá a más de tres leguas por hora; mañana, nosotros iremos a seis.

—¡Ah! ¡Maldición! —continuó— la señora de Langeais no es una mujer ordinaria. Mañana montaremos todos a caballo. Durante el día, sabremos por la policía a dónde ha ido. Le hace falta un coche, estos ángeles no tienen alas. Tanto si se ha puesto en camino como si se esconde en París, la encontraremos. ¿No tenemos el telégrafo para detenerla sin seguirla? Estarás contento. Pero, querido hermano, has cometido una falta de la que se hacen más o menos culpables todos los hombres de tu energía. Juzgan a las otras almas a partir de la suya, y tensan las cuerdas de la humanidad sin saber por dónde se romperán. ¿Por qué no me dijiste tan sólo una palabra? Te habría dicho: «¡Sé exacto!». Hasta mañana, pues —

añadió estrechando la mano de Montriveau, que permanecía mudo —. Duerme, si puedes.

Pero los más inmensos recursos de los que cualquier poder humano —hombres de Estado, soberanos, ministros, banqueros— se haya investido socialmente, fueron desplegados en vano. Ni Montriveau ni sus amigos pudieron hallar pistas de la duquesa. Obviamente, se había enclaustrado. Montriveau decidió registrar o hacer registrar todos los conventos del mundo. Necesitaba a la duquesa, aunque ello costara la vida a toda una ciudad. Para rendir justicia a aquel hombre extraordinario, hay que decir que su furor apasionado se levantó igual de ardiente cada día durante cinco años. Sólo en 1829, el duque de Navarreins supo, por casualidad, que su hija se había ido a España, como ayuda de cámara de lady Julia Hopwood, y que había dejado a esta dama en Cádiz, sin que lady Julia se hubiera dado cuenta de que la señorita Caroline era la ilustre duquesa cuya desaparición ocupaba a la alta sociedad parisina.

Los sentimientos que animaron a los dos amantes al encontrarse en la reja de las carmelitas y en presencia de una madre superiora se pueden comprender ahora en toda su extensión, y su violencia, despertada en ambas partes, explicará sin duda el desenlace de esta aventura.

CAPÍTULO IV

Dios crea el desenlace

Así pues, en 1823, habiendo fallecido el duque de Langeais, su mujer era ya libre[77]. Antoinette de Navarreins vivía consumida por el amor en una costa del Mediterráneo; pero el papa podía romper los votos de la hermana Thérèse. La felicidad comprada con tanto amor podía florecer para los dos amantes. Estos pensamientos hicieron volar a Montriveau de Cádiz a Marsella, de Marsella a París. Algunos meses después de su llegada a Francia, un bergantín de comercio armado para la guerra partió del puerto de Marsella e hizo toda la ruta hacia España. Esa nave estaba tripulada por varios hombres distinguidos, casi todos franceses que, prendados de una gran pasión por el Oriente, querían visitar sus regiones. Los grandes conocimientos de Montriveau sobre las costumbres de esos países hacían de él un preciado compañero de viaje para aquellas personas, que le pidieron que fuera de los suyos, y él consintió. El ministro de la Guerra le nombró teniente general y le situó en el comité de artillería para facilitarle aquel viaje de placer.

El bergantín se detuvo, veinticuatro horas después de su partida, al noroeste de una isla con vistas a las costas de España. La nave había sido escogida lo suficientemente fina de carena, lo suficientemente ligera de arboladura para que pudiera anclarse sin peligro a aproximadamente media legua de los arrecifes que, de aquel lado, defendían de forma segura el abordaje de la isla. Si alguna barca o habitante veía el bergantín en ese fondeo, no podía, en principio, inquietarse en absoluto. Así, fue fácil

justificar inmediatamente su anclaje. Antes de llegar a ver la isla, Montriveau ordenó que se izara la bandera de los Estados Unidos. Los marineros reclutados para servir en el barco eran americanos y sólo hablaban inglés. Uno de los compañeros del señor de Montriveau los embarcó a todos en un bote y los llevó a un albergue de la pequeña ciudad, donde los mantuvo en tal estado de embriaguez que no les dejó la lengua libre. Después dijo que el bergantín estaba tripulado por buscadores de tesoros, gentes conocidas en Estados Unidos por su fanatismo, y cuya historia había sido contada por uno de los escritores de aquel país[78]. Así, la presencia del barco en los arrecifes quedó suficientemente justificada. Los armadores y los pasajeros buscaban allí, según el supuesto contramaestre de los marineros, los restos de un galeón embarrancado en 1778 con tesoros enviados desde México. Los alberguistas y las autoridades locales no preguntaron más.

Armand y los amigos abnegados que le secundaban en su difícil empresa pensaron en un principio que ni la astucia ni la fuerza podrían conseguir la liberación o el secuestro de la hermana Thérèse desde el lado de la pequeña ciudad. Entonces, de común acuerdo, esos hombres audaces resolvieron coger al toro por los cuernos. Quisieron trazarse un camino hasta el convento por los lugares mismos en los que todo acceso parecía impracticable, y vencer a la naturaleza, como la había vencido el general Lamarque en el asalto de Capri[79]. En tal circunstancia, los riscos de granito escarpados en el extremo de la isla les ofrecían menos asidero que los de Capri habían ofrecido a Montriveau (que formó parte de aquella increíble expedición), y las monjas le parecían más temibles de lo que lo fuera sir Hudson Lowe[80]. Raptar a la duquesa con estrépito cubriría a esos hombres de vergüenza. Habría valido lo mismo sitiar la ciudad, el convento y no dejar ni un solo testigo de su victoria, a la manera de los piratas. Así, para ellos aquella empresa no tenía más que dos caras. O algún incendio, algún hecho de armas que asustase a Europa sin explicar la razón del crimen, o un secuestro aéreo, misterioso, que convenciera a las monjas de que el diablo las había visitado. Este último recurso había triunfado en el consejo secreto celebrado en París antes de la partida. Luego, todo había

sido previsto para el éxito de una empresa que ofrecía una verdadera diversión a esos hombres cansados de los placeres de París.

Una especie de piragua de ligereza extrema, fabricada en Marsella a partir de un modelo malayo, permitió navegar entre los arrecifes hasta el lugar donde dejaban de ser practicables. Dos cables de alambre, tensados paralelamente a una distancia de algunos pies sobre inclinaciones inversas, y sobre los cuales debían deslizarse unas cestas, también de alambre, sirvieron de puente, como en China, para ir de una roca a la otra. Los escollos fueron así unidos unos a otros por un sistema de cables y cestas que parecían los hilos sobre los que se desplazan ciertas arañas y con los que pueden envolver un árbol; obra de instinto que los chinos, ese pueblo esencialmente imitador, fue el primero en copiar, históricamente hablando. Ni las olas ni los caprichos del mar podían perturbar esas frágiles construcciones. Las cuerdas tenían suficiente juego como para ofrecer al furor de las olas esa curvatura estudiada por el ingeniero Cachin, el inmortal creador del puerto de Cherburgo[81], la línea sabia a partir de la cual cesa el poder del agua enfurecida; curva establecida a partir de una ley robada a los secretos de la naturaleza por el genio de la observación, que constituye casi todo el genio humano.

Los compañeros del señor de Montriveau estaban solos en esa nave. Ningún ojo humano podía alcanzarlos. Los mejores catalejos apuntados desde lo alto de las tillas por los marinos de las naves que iban pasando no habrían dejado descubrir ni a las cuerdas perdidas en los arrecifes ni a los hombres escondidos en las rocas. Después de once días de trabajos preparatorios, ésos trece demonios humanos llegaron al pie del promontorio que se alzaba unas treinta toesas sobre el nivel del mar, bloque tan difícil de escalar para los hombres como pueda serlo para un ratón trepar por los contornos pulidos del vientre de un jarrón de porcelana. Afortunadamente, aquella losa de granito estaba resquebrajada. Su fisura, cuyos labios tenían la rigidez de la línea recta, permitía fijar en ella, a un pie de distancia, gruesas cuñas de madera en las que los audaces trabajadores clavaron ganchos de hierro. Estos ganchos, preparados de antemano, terminaban en una paleta agujereada sobre la que fijaron un peldaño realizado con una plancha de abeto, extremadamente liviana, que se adaptaba a las muescas de

un mástil tan alto como el promontorio, y que fue sujetado a la roca abajo, en la arena. Con una habilidad digna de esos hombres resolutivos, uno de ellos, profundo matemático, había calculado el ángulo necesario para ir abriendo gradualmente los escalones a lo alto y a lo bajo del mástil, a fin de ubicar en medio del mismo el punto a partir del cual los peldaños de la parte superior alcanzarían en abanico la cima del peñasco; figura igualmente representada, pero en sentido contrario, por los peldaños de abajo. Esta escalera, de una ligereza milagrosa y una solidez perfecta, costó veintidós días de trabajo. Un mechero fosfórico, una noche y la resaca del mar bastarían para hacer desaparecer sus restos eternamente. Así, ninguna indiscreción era posible, y ninguna investigación contra los profanadores del convento podría tener éxito.

En la cima del peñasco se hallaba una plataforma, bordeada en derredor por el precipicio escarpado. Los trece desconocidos se habían asegurado, examinando el terreno con sus lentes desde lo alto de la cofa, de que, a pesar de algunas asperezas, podrían llegar fácilmente a los jardines del convento, cuyos árboles suficientemente espesos ofrecían un escondite seguro. Allí, sin duda, deberían posteriormente decidir por qué medios se consumaría el rapto de la religiosa. Después de tan grandes esfuerzos, no querían comprometer el éxito de su empresa arriesgándose a ser percibidos, y se vieron obligados a esperar a que el último cuarto de luna expirase.

Montriveau permaneció, durante dos noches, envuelto en su abrigo y acostado sobre la roca. Los cánticos vespertinos y los de la mañana le causaron delicias indescriptibles. Fue hasta el muro para poder escuchar la música de los órganos, y se esforzó por distinguir una voz entre aquella masa de voces. Pero, a pesar del silencio, la distancia no dejaba llegar a sus oídos más que los efectos confusos de la música. Eran armonías suaves en que los defectos de la ejecución ya no eran apreciables, y en que el pensamiento puro del arte se liberaba al comunicarse al alma, sin pedirle ni los esfuerzos de la atención ni las fatigas del entendimiento. Terribles recuerdos para Armand, cuyo amor rebrotaba por completo en esa brisa de música, donde quiso hallar promesas aéreas de felicidad. Al día siguiente de la última noche, descendió antes de la salida del sol, después de haber permanecido con los ojos clavados a la ventana de una celda sin reja

durante varias horas. Sobre aquellos abismos, las rejas no eran necesarias. Había visto luz allí durante toda la noche. Ahora bien, ese instinto del corazón que tan pronto engaña como dice la verdad, le había gritado: «¡Allí está!».

«Está allí, sin duda, y mañana la tendré» —se dijo mientras sus pensamientos jubilosos se mezclaban con los tañidos de una campana que sonaba lentamente. ¡Qué rara extravagancia del corazón! Amaba con más pasión a la religiosa desmejorada por las punzadas del amor, consumida por las lágrimas, los ayunos, las vigilias y la oración, a la mujer de veintinueve años duramente puesta a prueba, de lo que había amado a la muchacha ligera, a la mujer de veinticuatro años, a la sílfide. Pero ¿no tienen los hombres de alma vigorosa una inclinación que les arrastra hacia las expresiones sublimes grabadas sobre el rostro de una mujer por nobles desgracias o por los impetuosos movimientos del pensar? La belleza de una mujer doliente ¿no es la más atrayente de todas para los hombres que sienten en su corazón un tesoro inagotable de consolaciones y ternuras que esparcir sobre una criatura graciosa por su debilidad, y fuerte a causa del sentimiento? La belleza fresca, colorida, coherente, en una palabra, lo *bonito*, es el atractivo vulgar del que se prende la mediocridad. Montriveau debía amar los rostros en los que el amor se despierta entre los pliegues del dolor y las ruinas de la melancolía. Un amante ¿no hace brotar entonces, al son de sus poderosos deseos, a un ser completamente nuevo, joven, palpitante, que abre sólo para él una envoltura que le resulta hermosa, aunque esté destruida para el mundo? ¿No posee entonces dos mujeres: la que se presenta a los demás pálida, descolorida, triste; y también la de su corazón, a la que nadie ve, un ángel que comprende la vida a través del sentimiento, y que sólo aparece en toda su gloria para las solemnidades del amor? Antes de dejar su puesto, el general oyó unos acordes tenues que salían de aquella celda, voces dulces llenas de ternura. Al volver bajo la roca al pie de la cual se encontraban sus amigos, les dijo en pocas palabras, impregnadas de aquella pasión comunicativa aunque discreta cuya expresión grandiosa es siempre respetada por los hombres, que nunca en su vida había experimentado felicidades más cautivadoras.

Al día siguiente por la noche, once fieles compañeros se izaron en la sombra hasta lo alto de aquellas rocas, cada uno con un puñal, una provisión de chocolate, y todos los instrumentos que requiere el oficio de los ladrones. Una vez llegados a la muralla, la franquearon mediante las escaleras que habían fabricado, y se encontraron en el cementerio del convento. Montriveau reconoció la larga galería abovedada por la que había llegado anteriormente al locutorio, así como las ventanas de aquella sala. Su plan fue concebido y ejecutado en el acto. Abrirse paso por la ventana de aquel locutorio que alumbraba la parte destinada a las carmelitas, penetrar en los pasillos, ver si los nombres estaban inscritos sobre cada celda, ir a la de la hermana Thérèse, sorprender y amordazar a la religiosa mientras dormía, atarla y raptarla, todas esas partes del programa eran fáciles para hombres que añadían a la audacia, a la habilidad de los condenados, conocimientos particulares propios de la gente de mundo, y a quienes resultaba indiferente asestar una puñalada para comprar el silencio.

La reja de la ventana fue serrada en dos horas. Tres hombres se pusieron en guardia en el exterior, y dos más se quedaron en el locutorio. Los demás, descalzos, se situaron a cierta distancia los unos de los otros a través del claustro donde Montriveau se había aventurado escondido tras un joven, el más hábil de entre ellos, Henri de Marsay, que por prudencia se había ataviado con un hábito de carmelita absolutamente parecido a los del convento. El reloj dio las tres cuando la falsa religiosa y Montriveau alcanzaron el dormitorio. Enseguida hubieron inspeccionado la disposición de las celdas. Entonces, al no oír ruido alguno, leyeron, a la luz de una linterna sorda, los nombres afortunadamente escritos en cada puerta y acompañados de lemas místicos, de retratos de santos o santas que cada religiosa inscribe en forma de epígrafe sobre su nuevo papel en la vida, y en que ella revela su pensamiento definitivo. Al llegar a la celda de la hermana Thérèse, Montriveau leyó esta inscripción: *Sub invocatione sanctae matris Theresae!* La divisa era: *Adoremus in aeternum*[82]. De repente su compañero le puso la mano en el hombro, y le hizo ver un vivo resplandor que iluminaba las losas del pasillo por la ranura de la puerta. En aquel momento, el señor de Ronquerolles se unió a ellos.

—Todas las religiosas están en la iglesia y empiezan el oficio de difuntos —dijo.

—Me quedo —respondió Montriveau—; replegaos en el locutorio y cerrad la puerta de ese pasillo.

Entró con presteza, haciéndose preceder por la falsa religiosa, que se puso el velo de nuevo. Entonces vieron, en la antecámara de la celda, a la duquesa muerta, tendida en el suelo sobre la tabla de su lecho e iluminada por dos cirios. Ni Montriveau ni De Marsay dijeron una palabra ni lanzaron grito alguno, pero se miraron. Luego, el general hizo un gesto que quería decir: «Llevémonosla».

—¡Huid! —exclamó Ronquerolles— La procesión de las religiosas se pone en marcha; van a sorprenderos.

Con la rapidez mágica que un deseo extremo comunica a los movimientos, la muerta fue llevada al locutorio, sacada por la ventana y transportada al pie de los muros, en el momento en que la abadesa, seguida por las religiosas, llegaba para tomar el cuerpo de la hermana Thérèse. La hermana encargada de velar a la fallecida había cometido la imprudencia de registrar su habitación para conocer los secretos de la misma, y estaba tan ocupada con esa búsqueda que no oyó nada, y salía entonces aterrorizada al no encontrar ya el cuerpo. Antes de que aquellas mujeres estupefactas pensaran en realizar búsquedas, la duquesa había sido bajada con una cuerda hasta el pie de las rocas, y los compañeros de Montriveau habían destruido su obra. A las nueve de la mañana no existía resto alguno de la escalera ni de los puentes de cuerda; el cuerpo de la hermana Thérèse estaba a bordo; el bergantín llegó al puerto para embarcar a sus marineros, y desapareció durante el día. Montriveau se quedó solo en su camarote con Antoinette de Navarreins, cuyo rostro, durante algunas horas, resplandeció complacientemente para él con la sublime hermosura debida a la calma particular que la muerte presta a nuestros despojos mortales.

—¡Ah! Esto —dijo Ronquerolles a Montriveau cuando éste reapareció en el puente superior— era una mujer, ahora ya no es nada. Atémosle una bala de cañón a cada pie, arrojémosla al mar, y no pienses en ella más que como pensamos en un libro que leímos en nuestra infancia.

—Sí —dijo Montriveau—, pues ya no es más que un poema.

—Veo que has aprendido. De ahora en adelante, ten pasiones; pero el amor hay que saber ubicarlo bien, y tan sólo el último amor de una mujer puede satisfacer el primer amor de un hombre.

Ginebra, en Pré-Lévêque, 26 de enero de 1834



HONORÉ DE BALZAC. Nació el 20 de mayo de 1799 en Tours (Francia). Cursó estudios en el Colegio de Vendôme y más tarde de Derecho en la Sorbona por deseo de su padre entre 1818 y 1821. Posteriormente trabajó como pasante de un notario pero lo abandonó pese a la oposición paterna para dedicarse a la escritura. Desde 1821 trabajó con Auguste Lepoitevin en el taller de escritores a destajo de éste, y donde bajo seudónimos diversos, empezó a escribir novelas comerciales. Entre 1822 y 1829 vivió en la más absoluta pobreza, mientras escribía teatro trágico y novelas melodramáticas que apenas tuvieron éxito. En 1825 probó fortuna como editor e impresor, pero se vio obligado a abandonar en 1828 al borde de la bancarrota y endeudado para el resto de su vida.

En 1829 escribió la novela *Los chuanes*, la primera que lleva su nombre, basada en la vida de los campesinos bretones y su papel en la insurrección monárquica de 1799, durante la Revolución Francesa. Trabajador infatigable, produciría cerca de 95 novelas y numerosos relatos cortos, obras de teatro y artículos de prensa en los 20 años siguientes.

En 1832 mantuvo contacto a través de cartas con una condesa polaca, Eveline Hanska, quien prometió casarse con él tras la muerte de su marido. Éste murió en 1841, pero no se casaron hasta marzo de 1850.

En 1834 concibió la idea de fundir todas sus novelas en una obra única, *La comedia humana*, que pretendía ofrecer un retrato de la sociedad francesa en todos sus aspectos, desde la Revolución hasta su época. En un primer momento quiso llamarla *Estudios de costumbres del siglo XIX*, correlato social de lo que había intentado Buffon en sus estudios sobre la Naturaleza. En una introducción escrita en 1842 explicaba la filosofía de la obra, en la cual se reflejaban algunos de los puntos de vista de los escritores naturalistas Jean Baptiste de Lamarck y Étienne Geoffroy Saint-Hilaire. La obra incluiría 150 novelas, divididas en tres grupos principales: Estudios de costumbres, Estudios filosóficos y Estudios analíticos.

Entre las novelas más conocidas de la serie destacan *Papá Goriot* (1834), *Eugénie Grandet* (1833), *La prima Bette* (1846), *La búsqueda del absoluto* (1834) y *Las ilusiones perdidas* (1837-1843). Entre sus numerosas obras destacan, además de las ya citadas, las novelas *La piel de zapa* (1831), *El lirio del valle* (1835-1836), *César Birotteau* (1837), *Esplendor y miseria de las cortesanas* (1837-1843) y *El cura de Tours* (1839); los *Cuentos libertinos* (1832-1837); la obra de teatro *Vautrin* (1839); y sus célebres *Cartas a la extranjera*, que recogen la larga correspondencia que mantuvo desde 1832 con Eveline Hanska.

En abril de 1845 recibió la Legión de Honor.

Honoré de Balzac falleció el 18 de agosto de 1850. Fue enterrado en el camposanto Père Lachaise; Victor Hugo pronunció el discurso fúnebre.

[1] «No existe monumento de cultura que no sea, a la vez, un documento de barbarie». Walter Benjamin, «Angelus Novus», citado en Martín de Riquer y José M. Valverde, *Historia de la Literatura Universal*, vol. 9, Barcelona, Planeta, 1986, p. 51. **<<**

[2] Honoré de Balzac, *Correspondance,* edición de Roger Pierrot, París, Garnier, 1960-1969, vol. II, pp. 36-37. **<<**

[3] Citada por Carlos Pujol en su estudio clásico *Balzac y «La comedia humana»,* Barcelona, Bruguera (1974, reed.), p. 60. **<<**

[4] Honoré de Balzac, *Lettres à Madame Hanska*, edición de Roger Pierrot, París, Laffont, 1990, vol. I, p. 25. **<<**

[5] Honoré de Balzac, *Le Médecin de Campagne,* en *La Comédie Humaine*, ed. colectiva en La Pléiade, París, Gallimard, 1977-1981, vol. IX, p. 1430. **<<**

[6] Balzac conocía personalmente al compositor Franz Lizst, y lo trató repetidamente (no sin roces) en los círculos sociales parisinos. La importancia de la música en esta novela justifica sobradamente la dedicatoria. **<<**

[7] Esta isla mediterránea sin nombre es una recreación literaria de Mallorca, completamente adaptada a los propósitos del novelista. **<<**

[8] Se refiere a la toma de Cádiz por las tropas francesas en octubre de 1823, bajo el mando del duque de Angulema, y que culminó con la liberación de Fernando VII. La misión francesa en el Mediterráneo consistía en hacer reconocer la autoridad del rey español. **<<**

[9] *Mosè in Egitto* (1822), ópera de Rossini muy apreciada por Balzac, que la cita en diversas obras de *La comedia humana.* Dado que la acción de esta parte de la novela sucede en 1823, es difícil pensar que la duquesa (aquí monja desde unos años atrás) hubiese podido conocerla. **<<**

[10] El teatro Favart o sala Favart era la sede de la *Opéra-Comique* en París, y un importante centro de representaciones operísticas. **<<**

[11] Es decir: ella se alegra del triunfo francés (por tanto, de Luis XVIII) en la toma de Cádiz. **<<**

[12] *Fleuve du Tage,* canción de tema nostálgico compuesta por Benoît Pollet, muy interpretada en los *salons* del París posnapoleónico, y que sería posteriormente transformada en romanza por Hector Berlioz. **<<**

[13] Como se verá inmediatamente, la parroquia de Santo Tomás de Aquino en París corresponde a la zona centrada en el faubourg Saint-Germain. **<<**

[14] Las próximas páginas se ocupan de la cultura de los varios «hôtels» o palacetes parisinos en los que se reunía la aristocracia francesa durante la restauración monárquica (y posnapoleónica), desde 1815 en adelante. **<<**

[15] Balzac atribuye aquí un fuerte valor representativo al primer palacete de Uzès por error, dado que el duque de Uzès no llegó nunca a vivir en el mismo, y falleció poco después de la construcción del edificio, que tuvo lugar hacia 1767. **<<**

[16] «Que sean como son, o que no sean»; Balzac atribuye esta cita a un papa, pero pertenece de hecho al padre Rizzi, que fue prelado general de los jesuitas. La frase es de 1762, y fue la respuesta a una petición de reforma de la orden. **<<**

[17] Rothschild y Fugger son ilustres dinastías de banqueros; Balzac tomó varias características de James de Rothschild (1792-1868) para el personaje del barón de Nucingen, muy recurrente en *La comedia humana*. **<<**

[18] Se refiere al duque de Montmorency-Laval (1723-1798), embajador francés en Roma, muy conocido por su habilidad negociadora con las potencias extranjeras. **<<**

[19] Se refiere a Alphonse de Lamartine (1790-1869), Jean-Marie de La Mennais (1780-1860) y Charles de Montalembert (1810-1870), tres escritores románticos de distintas generaciones que coincidieron en renovar los modos de pensar y representar el cristianismo. **<<**

[20] Referencia a la boda, forzada por Napoleón en 1802, de Charles de Talleyrand con su notoria amante, madame de Grand. Talleyrand (1754-1838) era a la vez admirado y denostado en los círculos de la Restauración tras haber sido un político monárquico, revolucionario, napoleónico y de nuevo monárquico, en la época en que se sitúa la novela. **<<**

[21] Se refiere al científico, abogado y político Charles Dupin (1784-1873), que defendió la supresión del carácter hereditario del título de par de Francia. Enfrente tuvo a Pierre-Paul Royer-Collard (1763-1845), mencionado también aquí. **<<**

[22] Cuatro ilustres y famosos conspiradores de la historia francesa, en sus correspondientes momentos históricos. Nótese que Balzac escoge, intencionadamente, a personajes conocidos por su ambigüedad moral, pero capaces de intervenir decisivamente en circunstancias de crisis política profunda. **<<**

[23] Es decir: Luis XVIII iba a ser, tras el imperio de Napoleón, un rey moderado, sin la asertividad y la fuerza de un Luis XI, hasta que la llamada revolución «de los Cien Días» (1815, desde el retorno de Napoleón de Elba hasta la Restauración), le hizo recapacitar. **<<**

[24] El caballero de Folard (1669-1752) fue conocido por su excelente servicio bajo las órdenes del duque de Vendôme, durante la Guerra de Sucesión española. **<<**

[25] Las Dominaciones son los ángeles que reinan por encima de los arcángeles, pero por debajo de los querubines y serafines. **<<**

[26] Antiguos nobles que habían perdido su condición aristocrática y su título durante la Revolución francesa. **<<**

[27] Batalla de Novi, en 1799, entre la monarquía de Habsburgo, aliada con Rusia, contra el ejército republicano francés. El general Barthélemy Joubert (1769-1799), a quien se alude aquí, estuvo al mando del ejército francés y murió heroicamente en el combate. **<<**

[28] El tratado de Fontainebleau, firmado en 1814, puso fin al imperio de Napoleón Bonaparte y conllevó su exilio inmediato en Elba. **<<**

[29] Esta aventura de Montriveau (casi un *morceau* narrativo completo en sí mismo) puede relacionarse con otros relatos de aventuras exóticas que Balzac había escrito en años anteriores a la *Historia de los Trece* (por ejemplo, *Une Passion dans le Désert*, de 1830). **<<**

[30] Se refiere al general Jean-Baptiste Kléber (1753-1800), famoso como militar tanto durante la Revolución francesa como en la campaña napoleónica en Egipto, donde fue asesinado. **<<**

[31] La famosa comedia es efectivamente de Lope de Vega y no de Calderón de la Barca, a pesar de las dudas mostradas aquí por Balzac; fue impresa en 1618, y seguramente representada desde 1613. **<<**

[32] Se refiere al escritor Maxime de Chamfort (1741-1794) y específicamente a su frase, incluida en *Maximes et Pensées*: «Ôtez l'amour-propre de l´amour, il en reste peu de chose». **<<**

[33] Se refiere a *Les Amours de Faublas* (alrededor de 1790) de Louvet de Combrai (1760-1797), una novela picaresca que fue popular a principios del siglo XIX. **<<**

[34] Un rumor popular atribuía al duque de Crillon (1717-1796) una fuerte exaltación religiosa, que se habría manifestado cuando en una ocasión, escuchando un sermón sobre la agonía de Cristo, desenvainó su espada al grito de: «¿Dónde estabas entonces, Crillon?». **<<**

[35] El archiduque Carlos de Habsburgo (1771-1847), se enfrentó a Napoleón en las batallas de Essling y de Wagram (ambas tuvieron lugar en 1809). En la segunda de estas batallas, las tropas del archiduque debieron batirse en retirada. **<<**

[36] Es decir, la duquesa hacía avanzar y retroceder una y otra vez su relación con Montriveau, del mismo modo en que Penélope tejía y destejía continuamente la mortaja del rey Laertes en ausencia de Ulises. **<<**

[37] En el original, «la coquetterie faubourg-Saint-Germanesque», neologismo balzaquiano creado únicamente para esta frase, y que no hemos osado imitar en castellano. **<<**

[38] La vizcondesa de Beauséant, personaje balzaquiano recurrente, es abandonada de manera humillante por su amante, el marqués de Ajuda-Pinto, en cuanto éste ve la oportunidad de hacer una boda provechosa. Ello sucede en *Papá Goriot,* de 1835; en *L´Interdiction,* de 1836, se alude también al modo en que la duquesa de Langeais —nuestra protagonista— ocupa brevemente el lugar de la vizcondesa en el centro de la buena sociedad parisina. **<<**

[39] Alusión al ensayo *Le Génie du Christianisme* (1802), de François-René de Chateaubriand (1768-1848), obra de influencia incalculable en su reivindicación de la civilización, el arte y la sensibilidad cristianas. Una pieza fundamental del Romanticismo francés y europeo. **<<**

[40] Efectivamente, los obispos ingleses estaban a principios del siglo XIX (y están todavía ahora) representados en la Cámara de los Lores inglesa, ocupando un total de 26 escaños. **<<**

[41] Se refiere al período del Terror durante la Revolución francesa, entre el otoño de 1793 y la primavera de 1794. **<<**

[42] Lucio Cornelio Sylla, general y político romano (138 a.C-78 a.C.), que llegó a ostentar el título de dictador. **<<**

[43] Palabras atribuidas a Catalina de Medicis cuando creyó perdida la batalla de Dreux (19 de diciembre de 1562) ante los hugonotes; al final, sin embargo, fueron los católicos quienes vencieron aquel día. **<<**

[44] Se refiere al edicto de Nantes, firmado por Enrique IV en 1598; garantizaba una cierta libertad religiosa en Francia, con el objetivo de alcanzar la paz entre católicos y calvinistas, aunque los derechos de estos últimos continuaban siendo muy limitados fuera de las zonas donde se autorizaban sus formas de culto. **<<**

[45] Se refiere a la Constitución otorgada o «Charte octroyée» de 1814, con la que Luis XVIII pudo asegurar su reinado, certificando el mantenimiento de ciertos derechos obtenidos por los ciudadanos franceses durante el periodo revolucionario, reservándose él el poder ejecutivo. **<<**

[46] *Andiamo, mio ben* es una difícil y breve pieza para soprano perteneciente al primer acto de la ópera *Amadigi di Gaula* (1715) de Georg Friedrich Händel. La satisfactoria ejecución de la misma dependerá, como implica aquí Balzac, de la sensibilidad interpretativa de la cantante. **<<**

[47] Término sin equivalencia precisa en castellano. Se trata de un instrumento musical francés, parecido a un organillo, que imitaba los sonidos de las aves. **<<**

[48] Alusión un tanto banal a los discípulos del filósofo Pirrón de Elis (360 a.C.-270 a.C.), de muy poca obra conservada, y conocido por su escepticismo radical. Pirrón no negaba el movimiento en sí, sino los fundamentos del aristotelismo, que pretendía explicar toda la naturaleza. **<<**

[49] Popea (30 d.C.-65 d.C.) fue la segunda esposa de Nerón; según el historiador Suetonio, fue asesinada por su esposo a resultas de una pelea provocada por la presencia continuada de éste en los juegos deportivos. **<<**

[50] Referencia a las seis esposas de Enrique VIII de Inglaterra (1491-1547), dos de las cuales fueron ejecutadas a órdenes de él mismo. **<<**

[51] Obsérvese que en este párrafo aumentan significativamente las implicaciones de peligro, no exentas de connotaciones masoquistas, en la relación entre Antoinette y Armand. **<<**

[52] El marqués de Ronquerolles, hombre práctico, cínico y de recursos casi ilimitados, es uno de los grandes conspiradores de *La comedia humana* y miembro de los Trece, asociación de la que procede su amistad con Montriveau. Nótese que este último le evita en los salones, para ocultar la pertenencia de ambos a la misma sociedad secreta. **<<**

[53] Seguramente se refiere a Lais de Corinto (finales de siglo V a.C.) célebre «hetera» o mujer de compañía de algunos filósofos. **<<**

[54] Referencia al Otelo shakespeariano, personaje repetidamente invocado a lo largo de *La comedia humana*, donde los celos son materia recurrente. La referencia no es casual ni inocente en boca de Antoinette: recordemos que Otelo fue el asesino de Desdémona. **<<**

[55] Es decir, la hoja de la guillotina. La plaza de la Grève fue uno de los escenarios principales de las ejecuciones en París durante la Revolución francesa, especialmente entre 1794 y 1795. **<<**

[56] Montriveau se configura aquí, simbólicamente, como un ser semianimalístico, casi un minotauro, en la fantasía de Antoinette. Esa transformación imaginaria continúa a lo largo de todo este párrafo. **<<**

[57] Anécdota atribuida durante mucho tiempo al guardia de Westminster que mostraba el hacha con que se ejecutó a Carlos I de Inglaterra, en 1649. La frase «Ne touchez pas à la hache» fue, de hecho, el título que Balzac dio a esta novela hasta su edición de 1839, en que finalmente lo cambió por el más neutro *La Duchesse de Langeais*. **<<**

[58] *Non so,* es decir, «no sé»: Montriveau responde aquí con palabras de opereta italiana, suavizando por un momento la amenaza que está enviando a Antoinette. **<<**

[59] Es decir: como si hubiera consumido la cantidad de alcohol correspondiente a los veintidós cantones en que se divide Suiza. **<<**

[60] Comentario irónico: París estaría llena, según esto, de grandes émulas de la escritora clásica Madame de Sévigné (1626-1696); autora, por cierto, profundamente admirada por Balzac. **<<**

[61] Actual palacio del Eliseo, y residencia de los duques de Berry en la época en que se sitúa la novela. **<<**

[62] George Canning (1770-1827), ministro de Asuntos Exteriores inglés, había estado varias veces en París durante la Restauración monárquica. La anécdota específica a que se refiere aquí Balzac no ha podido ser aclarada todavía por sus editores y críticos. **<<**

[63] El «almanaque de Gotha» o *Gothaischer Hofkalender* empezó a ser publicado, una vez al año, en 1763, y continuó a lo largo del siglo XIX. La publicación iba actualizando los árboles genealógicos y las fortunas de las familias nobles más importantes de Europa. **<<**

[64] Se refiere a un tipo de barniz creado por los hermanos Martin en el siglo XVIII. **<<**

[65] Se refiere a John Locke, filósofo inglés (1632-1704). La anécdota referida aquí es, muy probablemente, apócrifa. **<<**

[66] Se refiere muy probablemente al Jockey Club de París, lugar de encuentro de los aristócratas más activos socialmente. **<<**

[67] El original lee efectivamente «marquis», y así lo traducimos, pero aquí estamos ante un error de Balzac: ambos personajes (el que habla, Grandlieu, y su interlocutor Navarreins) son duques. **<<**

[68] Las órdenes militares de San Miguel y del Santo Espíritu, concedidas en los siglos XVIII y XIX como signos de distinción. **<<**

[69] Es decir, jacobino en el fondo y monárquico sólo en las formas (cubierto por la flor de lis). **<<**

[70] Duras acusaciones de liberalismo lanzadas contra Luis XVIII, visto como tolerante con los jacobinos en muchas ocasiones, como al concederles espacio en la Asamblea Constituyente. **<<**

[71] Claes-Frederick Horn (1763-1823), involucrado en el asesinato de Gustavo III, que tuvo lugar en 1792. **<<**

[72] Jeanne Bécu, condesa Du Barry (1743-1793), fue guillotinada públicamente en las represalias revolucionarias contra la nobleza. Françoise d'Aubigné (1635-1719), viuda del poeta Paul Scarron, fue la esposa secreta del rey Luis XIV desde 1683, y una figura de incalculable influencia en la aristocracia francesa. **<<**

[73] Famosa anécdota, recogida en *La vida privada del mariscal de Richelieu* (1791). **<<**

[74] Balzac debió leer este episodio en las *Memorias* del duque de Lauzun, publicadas en 1822. **<<**

[75] Aventura protagonizada por el conde Arnail-François de Jaucourt (1757-1852). Balzac hizo referencia a ella en varias novelas de *La comedia humana*. **<<**

[76] Se refiere al «yelmo de Mambrino» (en realidad, una simple bacía de barbero) que Don Quijote luce en su cabeza desde el capítulo 21 de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha* (1605), de Miguel de Cervantes. **<<**

[77] La novela se cierra volviendo a su inicio. Volvemos ahora a 1823, y a la isla mediterránea donde se abría el relato. **<<**

[78] Se refiere al escritor norteamericano James Fenimore Cooper (1789-1851), especialmente en sus novelas *The Pilot* (1824) y *The Red Rover* (1828). **<<**

[79] Asalto de las tropas napoleónicas a la isla de Capri, en mayo de 1808, dirigidas por Jean-Maximilien Lamarque (1770-1832). **<<**

[80] Hudson Lowe (1769-1844), comandante anglo-irlandés en Capri durante el ataque napoleónico sobre la isla, mencionado en la nota anterior. **<<**

[81] Joseph Cachin (1757-1825), siempre muy admirado por Balzac, fue el arquitecto del puerto de Cherburgo. **<<**

[82] «Bajo la invocación de la santa madre Teresa. Adoremos eternamente». **<<**